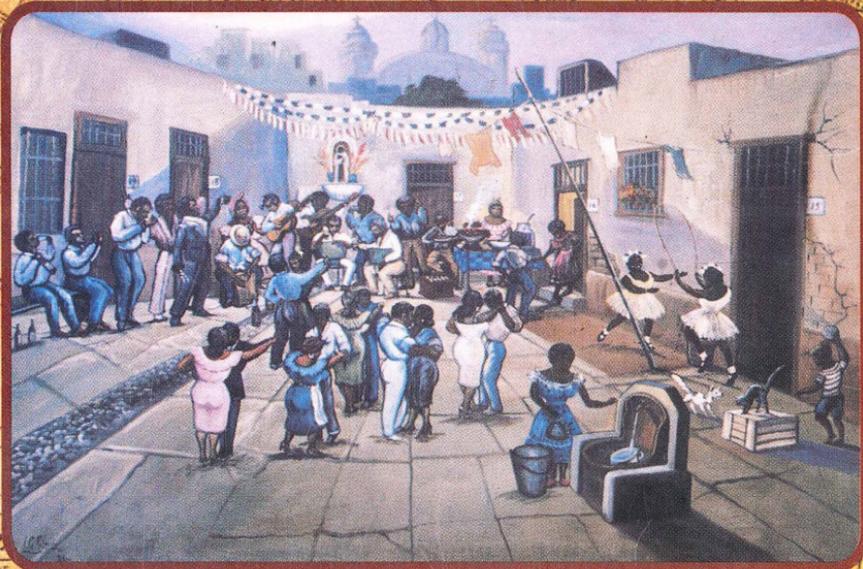


Alicia del Aguila

CALLEJONES Y MANSIONES

Espacios de opinión pública y redes sociales
y políticas en la Lima del 900



PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ
FONDO EDITORIAL 1997

OFRECIENDO
FORMACIÓN
80
años
INTEGRAL

La política vista en la cercanía cotidiana, en el «día a día» de los ciudadanos: tal es la mirada que la autora nos propone en esta aproximación a la Lima de la «República Aristocrática» (1895-1919). De este modo, busca ir más allá del marco legal institucional y de la estructura económica para explicar el funcionamiento de un orden político basado en la exclusión, pero que sobrevivió con una relativa estabilidad por más de dos décadas. Para elaborar una respuesta a esta cuestión, la autora reconstruye la vida social en los espacios cotidianos de la política (salones, clubes, callejones, chicherías, picanterías, pulperías, etc), prestando especial atención a las redes de fidelidades (compadrazgos y padrinzagos) e intermediarios políticos (capituleros). Es una reconstrucción que hurga tanto en los tiempos de rutina como en los de festividades (rituales), en las jornadas electorales como en los días de cotidianidad. Se trata de un trabajo original que, en todo caso, propone de un modo ecléctico una mirada a nuestra historia ciudadana.

Alicia del Aguila (Lima, 1966), socióloga. Cursó estudios en la Universidad Católica del Perú y obtuvo el *Master* en Ciencias Sociales en FLACSO, México. Entre sus publicaciones se encuentra un avance de este libro, aparecido en la revista *Estudios Sociológicos* de El Colegio de México, vol. XIII, n°39, 1995. También ha realizado investigaciones periodísticas, especialmente sobre temas de cultura, coyuntura política y económica para medios de prensa nacionales como *Página Libre*, *Expreso* y *Qué Hacer*, y para *El Mundo* de Madrid. En otro ámbito, el literario, cuenta con relatos incluidos en los libros *La tentación de escribir* (eds. Flora Tristán, 1992) y *Encuentro de narradores* (Appac, 1990), así como en revistas especializadas.

CALLEJONES Y MANSIONES

Alicia del Aguila Peralta

CALLEJONES Y MANSIONES

Espacios de opinión pública y redes sociales y
políticas en la Lima del 900



**PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATOLICA DEL PERU
FONDO EDITORIAL 1997**



Primera edición; julio de 1997

Cubierta: AVA diseños

Ilustración: L. Palacios "El callejón de un solo caño"

Colección: Carlos Carrión Ortíz

Callejones y Mansiones.

Copyright © 1997 por Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú. Av. Universitaria, cuadra 18, San Miguel. Lima, Perú.
Tlfs. 462-6390, 462-2540 Anexo 220

Derechos Reservados

ISBN- 9972-40-087-5

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.

Impreso en el Perú - Printed in Peru.

*Para Juan,
terco amor*

AGRADECIMIENTOS

En primer lugar, mi agradecimiento al Consejo del Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú y a Guillermo Rochabrún y Margarita Guerra, quienes evaluarán con buenos ojos este trabajo. A Catalina Romero y Aldo Panfichi, mi reconocimiento por las gestiones que realizaron para que la publicación se hiciera realidad.

Este libro es una versión corregida y aumentada de la tesis presentada a FLACSO (sede México) para obtener el grado de Magister en Ciencias Sociales. Mantengo mi deuda con dicha institución, por los amigos y las ideas que allí encontré, así como con Fernando Escalante, asesor de la tesis. Igualmente, agradezco a Willy Nugent, Gonzalo Portocarrero y Romeo Grompone sus comentarios y observaciones.

Las gracias también a las autoridades de la Biblioteca Nacional, del Instituto Riva Agüero y de la Biblioteca de Ciencias Sociales de la Universidad Católica —en especial a Ana María Maldonado, directora Ejecutiva de Investigaciones de la BN—, y a los bibliotecarios Elinos Caravasi y Víctor Hugo Mendoza.

A mis hermanos. En especial a Luis, quien de niña me llevó a conocer el Centro de Lima. Y a mis padres, por sus recuerdos de la ciudad.

Finalmente, a Juan, por las cosas que van más allá de mi trabajo; y a Gabriela Illariy, contemporánea de esta criatura. Por las palabras no escritas, las nuestras.

*Por la ciudad en ruinas todo invita al olvido...
los viejos portalones y la plaza desierta,
el templo abandonado... la ciudad se ha dormido...
no hagáis ruido!... parece como que se despierta.*

A. Valdelomar, *Evocación de la ciudad dormida*

La ciudad no está hecha de esto, sino de relaciones entre las medidas de su espacio y los acontecimientos de su pasado: la distancia hasta el suelo de una farola y los pies colgantes de un usurpador aborcado; el hilo tendido desde la farola hasta la barandilla de enfrente y las guirnaldas que empavesan el recorrido del cortejo nupcial de la reina; la altura de aquella barandilla y el salto del adúltero que se descuelga de ella en el alba; la inclinación de una canaleta y el gato que la recorre majestuosamente para colarse por la misma ventana; la línea de tiro de la cañonera que aparece de pronto desde detrás del cabo y la bomba que destruye la canaleta; los rasgones de las redes de pescar y los tres viejos que sentados en el muelle para recomendarlas se cuentan por centésima vez la historia de la cañonera del usurpador de quien se dice que era un hijo adulterino de la reina, abandonado en pañales allí en el muelle.

En esta ola de recuerdos que refluye la ciudad se embebe como una esponja y se dilata.

Italo Calvino *Las ciudades invisibles*

Indice

INTRODUCCION.....	15
1. DEFINICION DE LOS ESPACIOS PUBLICOS	25
Sistema social y «enunciación» de las prácticas sociales..	27
Macro espacios: los barrios de Lima	30
Micro espacios públicos. Distribución de acuerdo a los niveles de inclusión	43
2. EL PODER Y LA EXCLUSION: EL MUNDO DE LOS NOTABLES	63
El mundo de los notables	66
El Partido Civil	71
Los clubes sociales	74
San Marcos.....	86
3. EL RUMOR DE LOS CALLEJONES: RELACIONES HORIZONTALES DE SOCIALIDAD Y LOS PRIMEROS INTERMEDIARIOS	91
La socialidad del callejón	93
Pasando la calle	109

4. LA ARTICULACION INTERESPACIAL 1. PADRINAZGOS Y ESCALAS DE INTEGRACION VERTICAL	117
Padrinos y patrones. Distinciones y características comunes	119
Caridad y diversión: la «bondad» del patrón	125
La vía del chisme. La construcción de las verdades sociales	130
Vinculación interespacial: una propuesta de esquema explicativo	134
5. LA ARTICULACION INTERESPACIAL 2. LAS CALLES LIMEÑAS SE VISTEN DE FIESTA	137
El Domingo de Ramos. Una secuencia espacial	143
El Señor de los Milagros: los dos rostros de la imagen ..	146
Las Fiestas Patrias	153
6. LA DINAMICA ELECTORAL	161
El sistema electoral	163
El «negocio» político	166
La campaña de 1904	175
Las elecciones de 1912	178
7. EPILOGO. EL SPLEEN DE LA BELLE EPOQUE	189
La conciencia del tedio	194
La rebelión de los cafés	196
Toros y caballos: espectáculos masivos	199
Metáfora del spleen: muerte de dos mayordomos.....	201
REFLEXIONES FINALES	207
ANEXO. CIUDADANOS EN LOS DISCURSOS DE LA PRENSA CIVILISTA Y LIBERAL	213
BIBLIOGRAFIA	235

Introducción

Por diferentes razones, los últimos años han obligado a politólogos y sociólogos a una búsqueda explicativa más allá del marco formal institucional de la política. En el caso peruano -donde aún hoy predomina en muchos aspectos el acuerdo particular y la arbitrariedad sobre la norma general- analizar las relaciones informales que inciden en la política resulta imprescindible.

Justamente, este trabajo es un esfuerzo por estudiar la política (en un período histórico concreto: la Lima del 900) desde la experiencia cotidiana. Es decir, desde el entramado de redes que tejen los ciudadanos en su día-a-día. En el caso que estudiamos tenían especial relevancia las relaciones de carácter informal, es decir, al margen de la política oficial. A pesar de su carácter «soterrado», son fundamentales para la comprensión de la consistencia y estabilidad del período (y probablemente de otros).

No nos parecen suficientes las explicaciones dadas para entender la relativa estabilidad del orden civilista (1895-1919). En primer lugar, tenemos las que apelan a subjetivismos, ya sea desde una perspectiva conservadora («calidad de la élite civilista») o en una línea marxista («falta de conciencia de clase de los sectores populares»). Tampoco la coerción sería una respuesta per se satisfactoria para entender la estabilidad de dicho orden, ya que no puede decirse que, al menos en las ciudades, hubiera existido una represión constante e intensa.

La estabilidad de la República de notables no fue el resultado

de una imposición sin más de una minoría sobre una mayoría; tampoco se debió a una violencia permanente de los sectores dominantes hacia los dominados. Como hemos dicho más arriba, esas son explicaciones insuficientes. En cambio, si acercamos la mirada a la cotidianidad, a la experiencia política de los ciudadanos, si analizamos las redes sociales en la ciudad, encontramos razones, si no para la legitimidad, al menos para la aceptación del orden oligárquico. Cómo se «tejió» socialmente la política? Tal podría ser la pregunta central del texto.

Antecedentes históricos

Nuestro trabajo trata de explorar el modo de funcionamiento de la república aristocrática peruana (1896-1919) a la que denominaremos república de notables (siguiendo a algunos autores que han defendido la corrección de este último término).

Antes que nada, una guía cronológica para evitar extravíos: entre 1895 y 1899 gobernó Nicolás de Piérola, del partido demócrata, considerado por muchos como un modernizador del país. Desde entonces hasta 1912, se suceden los presidentes del Partido Civil Eduardo López de Romaña, Manuel Candamo (fallecido a menos de un año de ser elegido), José Pardo y Augusto B. Leguía. En ese año asciende al poder Guillermo Billinghurst, gracias a una ya fuerte corriente antioligárquica. Es derrocado en 1914 por el general Benavides y al año siguiente es elegido de nuevo José Pardo. En 1919, Leguía ocupa nuevamente el poder, pero para acabar con el civilismo.

En la historia del Perú, este período fue la ocasión más clara que tuvo la oligarquía para ejercer la dirección política (y cultural) de la nación. Si bien la represión, sobretodo en la sierra fue un factor importante para evitar las disrupciones del sistema, no puede decirse que fue el elemento explicativo para la permanencia del civilismo (el partido más representativo de esa oligarquía y su entorno) en el gobierno. Hubo elementos legitimadores: redes compli-

casas de compadrazgos y clientelismo, vinculadores de espacios socialmente tan distantes como los callejones más paupérrimos y Palacio de Pizarro. Sin ello no hubiera habido esa relativa tranquilidad social que gozó la república de notables¹. En este aspecto -el legitimador- nos centramos en nuestro trabajo, pues pretendemos reconstruir ese sistema político, tratar de explicar cómo funcionaba a pesar de las exclusiones políticas.

Según datos del Ministerio de Fomento, en 1896 Lima albergaba 100,194 habitantes. Seis años más tarde, la población se estimaba en 130,289. Para 1908, las cifras del censo de ese año calculaban 140,884 personas; en 1920, al final de este período, los pobladores de Lima llegaban a 173,007.

Sobre la población electoral, las cifras no son muy precisas. Los datos del censo de 1920 estiman 36,519 ciudadanos habilitados como electores. Es decir, aproximadamente una quinta parte. Estas personas podían ejercer su derecho previa inscripción en el Padrón de Sufragio, antes de cada elección. Estas cifras, sin embargo, no parecen corresponder a elecciones anteriores a 1919. Si consideramos el censo de 1908, los ciudadanos habilitados sólo llegaban al 13.3% (es decir, se estimaban en 18,731).

A nivel nacional estas cifras descendían. En 1895, sólo ejercían su derecho el 1% y, para fines de la época, entre el 3 y el 5%. Votaban los varones mayores de 21 años y contribuyentes (propietarios rurales y urbanos, comerciantes, profesionales, artesanos, etc), siempre y cuando fueran alfabetos. Criterios con los cuales, de plano, la gran mayoría de campesinos indígenas quedaba prácticamente relegada. Además, como veremos más adelante, en la realidad hubo formas de eliminar la condición de votantes de algunos ciudadanos y «revivir» muertos. De este modo, el partido Civil consiguió permanecer en el poder durante casi todo ese período, sin oposición significativa.

1 Aunque no del todo. En la sierra se sucedieron distintos movimientos con carácter indigenista. La de Rumi Maqui fue la más significativa.

Para entender la época, no es irrelevante el mostrar el contexto económico. No creemos en la determinación de la estructura productiva sobre la realidad, pero menos aún creemos que lo económico pueda ser desestimado como elemento de análisis.

Creemos necesario mostrar bajo qué condiciones materiales se desarrolló la República de notables.

Varios autores coinciden en calificar la última década del siglo XIX y la primera del XX como un período de expansión. Significó el boom del despegue industrial que trajo, como consecuencia, que entre 1895 y 1907 las importaciones se vieran considerablemente reducidas, sobretodo en el sector textil. Por eso, R. Thorp (1978: 36) considera que para el final del XIX se perfilaba un cierto grado de desarrollo autónomo, tendencia que fue revirtiéndose para el final de la república de notables. Esta relativa autonomía pudo sostenerse debido a una cierta diversificación de los principales productos exportados (no usual en la mayoría de los países del continente).

Sin embargo, como se ha adelantado, la tendencia fue revertida, principalmente por el retorno al modelo dependiente exportador y, luego, a partir de los años 20, al adquirir mayor relevancia los productos mineros sobre los agrícolas, controlados aquellos por el capital extranjero.

1901-02 fueron los años del triunfo del capital norteamericano sobre el británico (Chavarría, 1978). La Cerro de Pasco Corp., que explotaba las minas de Morococha y Cerro de Pasco, en pocos años pasó a extraer del 90% del total producido en el país. Otra empresa importante comprada por el capital norteamericano, en 1916, fue la Pacific Petroleum Company.

En el campo, las haciendas de la costa norte fueron las más dinámicas. Sus principales dueños fueron llamados los «barones del azúcar», dando cuenta con ese nombre de su poder señorial. De hecho, de la élite costeña salieron los principales líderes del Civilismo (Aspillaga, Leguía, López de Romaña, etc.).

Poco a poco los gamonales de la sierra fueron perdiendo importancia en las decisiones de la política nacional, aunque no así en la local: una suerte de pacto implícito relegaba ese poder a la élite de la costa, a condición de preservar el estado de cosas en sus provincias. La producción de la lana constituyó la principal exportación de la sierra, particularmente en el sur. Sin embargo, los principales beneficios quedaron en las ciudades donde se establecieron los comerciantes que la exportaban (Flores Galindo, 1977).

A fines del XIX y comienzos del XX se dio una expansión de las grandes haciendas, a expensas de las comunidades campesinas. Muchos indígenas tuvieron que buscar trabajo en los enclaves mineros, una suerte de «territorios liberados» controlados por el capital extranjero.

En cuanto a la industria, habíamos mencionado el boom que significó la última década del XIX. El sector de avanzada fue el textil. Para 1895, la fuerza eléctrica llegaba a estas fábricas. De la industria textil saldrían también algunos de los sindicatos más fuertes del país.

Como en el resto de América Latina, el comercio urbano estaba en manos de extranjeros (Chavarría, 1978). Este período fue también el de la modernización de la banca y los seguros. Augusto B. Leguía fue uno de los empresarios más prósperos, propietario de la Compañía de Seguros Rímac (1896).

A partir de 1913, la economía nacional empieza a tener sobresaltos. De allí hasta 1929 (la gran crisis), siguió dándose un cierto desarrollo económico, pero de modo fluctuante y con crisis periódicas.

El Estado se caracterizó por carecer de un alcance nacional. Castilla a mediados del siglo XIX y sobre todo Piérola a fines del mismo siglo, modernizaron parcialmente algunos aparatos administrativos. La fragmentación regional caracterizó a la sociedad peruana. Las haciendas constituían verdaderos límites de poder, al margen del Estado; por eso varios autores calificaban al Perú como esencialmente feudal. Tanto en el interior de esos territorios como en las ciudades, imperaba el paternalismo², «derivación lógica de la

privatización de la vida política y existía gracias al débil desarrollo del Estado y de sus aparatos ideológicos y represivos» (Flores-Galindo, 1984: 93). Señores como los Aspíllaga trataban a sus subordinados como «hijos», a los que debía cuidar, impartir justicia y velar por su formación cristiana. Y es que la Iglesia Católica cumplía también una función importante en la justificación de ese poder señorial.

Los jóvenes inconformes tomaban como camino la evasión. Así, lo más brillante de la intelectualidad se orientó o bien a la erudición pasadista (como Riva Agüero), o a los paraísos del opio (Valdelomar).

Los nuevos espacios públicos que comenzaron a abrirse sobre todo a partir del año 10, no fueron siempre gustosamente aceptados por los oligarcas (Flores-Galindo, idem). Tal fue el caso del Palais Concert, el café emblemático de la época. Y es que, como queremos demostrar, esos cambios espaciales tuvieron que ver con nuevas prácticas sociales que terminaron socavando el orden social y político.

Aclaraciones metodológicas

El objetivo de este trabajo, como hemos dicho, es explicar el funcionamiento de esa democracia restringida, tratar de entender la lógica de ese sistema político. Para ello, consideramos como unidades ordenadoras del análisis los espacios públicos, en tanto a partir de ellos se armaba la trama de la acción política y social. Por eso, en el primer capítulo definimos primero los macro espacios (barrios) principales; segundo, los micro espacios (calles, cafés, salo-

-
- 2 Relación de subordinación basada en lazos de fidelidad con un *pater* o sujeto protector. La vida pública asume la lógica del hogar. El «padre de familia» ampara a todos los familiares y gente a su servicio, obteniendo a cambio el reconocimiento de jefe de clan, con prerrogativas tales como la de hacer justicia al interior del grupo.

nes, etc.) de acuerdo a su nivel de inclusión. Esta primera parte, que presenta un «mapeo» de lo público en Lima, es un pre-texto necesario para los demás capítulos del libro. El habernos explayado en este primer capítulo adquirirá sentido al ir articulándose con las diferentes partes del trabajo. Posteriormente, en el segundo capítulo, queremos mostrar la relación entre los distintos centros de notables (restringidos y exclusivos), es decir, la red del poder. En qué espacios se legitimaba y ejercía; cómo se daba la competencia intelectualitaria, etc. Y, sobre todo, cómo se definía la exclusividad social.

En el tercer capítulo damos una mirada a las relaciones horizontales y de solidaridad en la base de la pirámide social. El compadrazgo como modo de relación fundamental, a partir de la cual se inicia la red de reciprocidad social. También, presentamos a algunos intermediarios vinculados a los barrios populares en sus momentos de ocio. Intermediarios que tienen la cualidad de poder «subir» en la escala jerárquica.

En el cuarto capítulo nos centramos en los padrinos y patronos, el otro extremo de la red de reciprocidad.

En el quinto, la ritualización tanto de las relaciones horizontales como de las jerárquicas en la Lima del 900.

En el siguiente capítulo tratamos los modos de acción política en los períodos electorales.

Finalmente, en el último capítulo intentamos dar algunas pistas sobre los procesos que pudieron haber mermado el sistema político, contribuyendo de alguna manera a su descomposición.

Debemos señalar que hemos querido explicar el funcionamiento de esa democracia restringida a partir de sí misma, especialmente en su cotidianidad (caps. 2-4) pero también en los momentos festivos o celebraciones colectivas (5) como en la coyuntura electoral (6). El último capítulo resulta un epílogo a modo de impresiones sobre la crisis del orden oligárquico.

Finalmente, queremos señalar que nuestra intención, en última instancia, es avanzar en cuanto a la reconstrucción que pre-

tendemos hacer de la vida democrática peruana, de la historia de sus ciudadanos.

Sin embargo, más allá de esta reconstrucción interpretativa de un caso particular, hemos pretendido construir un marco de análisis que, elaborado a partir de los conceptos «espacios públicos/ciudad» pueda ayudar a abordar otros casos de otras sociedades previas a los medios masivos de comunicación (cuando el sentido de opinión pública cambia sustancialmente con la separación entre espacio y lugar³). No quisimos realizar un trabajo casuístico; buena parte de nuestro esfuerzo estuvo justamente en construir este esquema de análisis político a partir de los espacios públicos y las prácticas sociales que allí se ejercen. Dicho sea de paso, no pretendemos originalidad: existen textos al respecto. Sin embargo, para América Latina es poco lo que se ha trabajado orientado al análisis político. Existen sobre todo textos teóricos, de carácter filosófico o vinculados a las ciencias de la comunicación. La política, en estas últimas propuestas, no es abordada sino de modo tangencial.

La ciudad es el gran marco de análisis. En nuestro caso, la ciudad de Lima, capital y centro del poder político. Es un corte ciertamente discutible: se puede aducir que el Perú a comienzos de siglo era eminentemente rural, con una inmensa mayoría campesina (4/5 de la población). Además, existían otras ciudades donde hubo importantes movimientos intelectuales, políticos y estudiantiles que enfrentaron el monopolio de la capital. Pensemos en Arequipa y

3 Anthony Giddens menciona como una de las características de la modernidad el desarrollo del «espacio vacío», es decir, la separación entre espacio y lugar (entendido como local). En sociedades premodernas siempre coinciden, puesto que «las dimensiones espaciales de la vida social, en muchos aspectos y para la mayoría de la población, están dominadas por la `presencia`, por actividades localizadas. El advenimiento de la modernidad (...) fomenta las relaciones entre los `ausentes` localizados a distancia de cualquier situación de interacción cara-a-cara. En las condiciones de la modernidad, el lugar se hace crecientemente fantasmagórico» (1992: 30). Para la sociedad que estudiamos, el espacio se encuentra por lo general en coincidencia con el lugar, predominando las relaciones cara-a-cara.

Trujillo. La primera, la ciudad de los complots en el siglo pasado; la segunda, centro intelectual de una pujante clase media, contexto en el cual surgiera luego el aprismo.

Sin embargo, pensemos en un escenario de representación de la política nacional, donde las relaciones paternalistas, clientelistas, las exclusiones y los privilegios se exhibieran. Todo eso puede observarse en el escenario limeño. Ciertamente no de igual forma que en las haciendas ayacuchanas o en los ingenios azucareros del norte. Resulta más o menos como lo que explicaba N. Elías de las cortes francesas del siglo XVII: constituían la representación de la nación; las decisiones, a veces recubiertas de frivolidad, repercutían en beneficio o malestar de tales o cuales provincias.

Nuestra opción -analizar la política nacional a partir de las prácticas sociales en diversos espacios públicos de Lima- es tan arbitrario como otros cortes. Creemos, sin embargo, que se justifica al darnos respuestas sobre nuestro tema de interés.

**Definición
de los espacios públicos**

1. SISTEMA SOCIAL Y «ENUNCIACION» DE LAS PRACTICAS SOCIALES.

La noción de espacio -en especial el espacio urbano- es útil para entender el orden social. Así, para Giddens (1994) el «problema del orden» se refiere al cómo los sistemas sociales se integran en el tiempo y el espacio.

Dentro de otra perspectiva, para De Certeau el concepto de «ciudad» está estrechamente vinculado al de «pluralidad». Es por eso que planificar un espacio urbano lleva a pensar en el ordenamiento de dicha pluralidad (1990: 143). Precisamente en la articulación de sus diversos elementos se presentan las diferencias (sociales, ecológicas, culturales, etc). Así, el poder mismo está expresado en el ordenamiento urbano. Por eso es posible realizar una lectura política de la geometría de una ciudad, de las distancias, del tipo de centro, la composición de sus barrios, la frecuencia y amplitud de sus parques, etc.

Es un lugar común afirmar que las prácticas sociales están condicionadas por diversas estructuras en las que están inmersas, entre ellas las espaciales. También lo son los argumentos en el otro sentido: son las prácticas las que construyen y modifican esas estructuras, al fin y al cabo, los actores en cada presente. Así, nuestra dicotomía espacio/ prácticas sociales es similar al del fruc-

tífero e inacabable debate sobre sistema/actores y, de otro modo, a lengua/habla. Siguiendo a De Certeau, optaremos por el análisis de la «*enunciation piétionniere*»; es decir, de las prácticas de los sujetos sobre los distintos espacios.

Pero primero consideramos necesario establecer un ordenamiento «público espacial» de dichas prácticas, en tanto condicionante de aquello que nos interesa: las expresiones políticas. Algo así como presentar la gramática y sintaxis, para poder dar lectura a esas «*enunciaciones*».

¿Por qué los espacios públicos? Porque por definición son éstos los lugares de la discusión política, al menos en la modernidad pre-mediática. *El tipo de «publicidad» de un orden político es un aspecto central en la estructura regulativa de cada sistema.*

Hemos dicho que los espacios delimitan las discusiones, esto es, la confianza para abordar temas, el modo de hacerlo e incluso los sujetos de diálogo. Como señala Da Matta (1987: 51), no se trata de «*máscaras*» que la gente se pone o se saca, según se encuentre en la casa o en la calle. Ocurre que son **esferas de sentido** que norman el comportamiento. Cualquier evento puede ser «leído» desde la perspectiva de la casa (básicamente conservadora, renuente a los cambios, al individualismo), o la de la calle (donde existe la *posibilidad* de más apertura, hasta de desenfado). Cuando se dice que hay cosas que en el hogar no se pueden decir, o más bien deben decirse de otro modo, no se está estableciendo una norma hipócrita. Resulta, simplemente, que su lógica jerárquica no tiene nada que ver con los criterios de individualidad ciudadana. Los espacios delimitan, más que temas, la lógica e incluso el estilo argumentativo (Fernández, 1991).

Ahora bien, estos espacios delimitan en sus dos dimensiones:

a. **Como lugares físicos.** Definidos en su materialidad. Así, por ejemplo, una calle ancha facilitará las marchas masivas más que las pequeñas, pero también hará más fácil la represión, si tiene pocas salidas y *recovecos*.

b. **Como espacios «practicados» o simbólicos.** Es decir, el sentido que adquieren los lugares físicos al ser recorridos, resemanizados por los actores. Por ejemplo, una calle es, en principio, un vía de comunicación al interior de una ciudad; se entrecruza con otras y forman así una red de tránsito. Sin embargo, adquiere significados diversos para los transeúntes, más allá de esa función, ya sea como espacio comercial, de recreación, de reunión política, o «popular», «burguesa», de bohemia, etc. Es lo que denomina Merleau-Ponty «espacio antropológico». No son distintos a los espacios físicos; son los lugares mismos, al ser caminados por diversas personas. Cuando en el trabajo nos referimos a espacios es en este sentido (que incluye al material).

A partir de los espacios públicos trabajamos las prácticas que se daban de modo *predominante*⁴ en cada uno de ellos, orientadas a una acción política o que conlleven a una vinculación de ese orden. Nuestro interés, lo hemos mencionado en la introducción, es buscar entender la dinámica de un sistema político particular, así como dar algunos indicios sobre su crisis. Para ello debemos entender las prácticas sociales como no necesariamente determinadas por la «disciplina» del poder (Foucault). Creemos que se debe aceptar que son posibles aquellas experiencias que, sin jugar fuera del ámbito disciplinario (en nuestro trabajo: el sistema político), tengan resultados no del todo controlados desde las diversas esferas de poder (De Certeau, op. cit.).

Para empezar, entonces, desarrollaremos el diseño de nuestro «mapa» urbano de los espacios públicos, a partir del cual construiremos nuestra red de prácticas políticas.

Una diferencia básica la establecemos entre **micro** y **macro espacios**. Lo que denominamos micro-espacios, como las calles, las plazas, los cafés o los callejones -a los cuales dedicamos la sec-

4 Si bien existen tantos espacios semantizados como sentidos imputados por los sujetos, en este trabajo no pretenderemos explorar esa riqueza de pluralidad.

ción 3 de este capítulo, los consideramos como las unidades diferenciales del comportamiento público (en el sentido que hemos explicado más arriba).

Sin embargo, creemos que existe otro nivel de espacialidad urbano más amplio y también significativo: los barrios. Más aún cuando la época en que situamos nuestro estudio (comienzos del siglo XX), Lima no estaba tan articulada como en el presente, por lo que los barrios constituyeron los espacios de referencia más importantes. Un barrio, a diferencia de como lo entendemos ahora, podía ser un par de calles, dos o tres manzanas.

2. MACRO ESPACIOS: LOS BARRIOS DE LIMA.

Como hemos señalado en la Introducción, en 1898 Lima tenía unos 113,409 habitantes. Diez años más tarde, la población calculada era de 140,884⁵, y para 1920 173,007. La capital del Perú era una ciudad que, en unas cuantas décadas, había superado los límites de sus murallas y se expandía especialmente hacia el mar y el suroeste. A fines del siglo pasado, el Callao se integró al conjunto urbano de Lima, así como los pueblos de las zonas agrícolas y de balnearios, como Chorrillos, Barranco, Miraflores y Magdalena (las cuales, junto a la ciudad de Lima, conformaban la provincia de Lima). Fue la vía férrea la primera en dar esa integración entre Lima y Callao (1851) y luego entre la capital y Miraflores, Chorrillos y Magdalena Vieja (Driant, 199: 40). Esta ampliación espacial de Lima conllevó cambios en las costumbres y socialidad de sus ciudadanos.

Recordando sus tiempos de infancia, cuando la revolución de 1895, José Gálvez evoca una Lima de «aldea», según sus propias palabras, donde el tiempo era marcado por las campanas de las

5 Para Tizón i Bueno (1916) superaban los 142,000.

iglesias y la tranquilidad y el sosiego acompañaban los paseos de los buenos limeños⁶.

Esta imagen de Lima, evocada con nostalgia tiene algo de cierto y otro poco de recuerdo idealizado. La *Lima que se va* era la de los faites, las jaranas, los mataperros, las conversaciones de balcón a balcón, las serenatas, los paseos en la Alameda, las tertulias, las fonditas. Todo eso fue cediendo paso a las luz eléctrica, los tranvías, el cine, los restaurantes extranjeros y algunas grandes avenidas. Esta transformación había empezado a darse en la década anterior a la Guerra del Pacífico, cuando el presidente Balta ordenó la demolición de las murallas de Lima y encargó al ingeniero norteamericano, Enrique Meiggs, obras como el Palacio y los Jardines de la Exposición. La Guerra y la posterior crisis interrumpieron ese desarrollo, el cual fue retomado a fines del siglo pasado en el gobierno de Piérola. Durante su gestión se inició el Paseo Colón, destinado a reemplazar al tradicional de la Alameda, ubicado en el popular distrito de Abajo el Puente (Rímac); también la avenida La Colmena, al estilo de las grandes avenidas que diseñara Haussmann⁷ para la ciudad de París. Lima empezaba a cambiar, a articularse, se hacía cada vez menos aldeana, aunque todavía el ambiente y «espíritu de barrio» marcaban el sentimiento de pertenencia de los sujetos, por encima de la referencia «ciudadana».

«Lima (...) era más la conjunción de una serie de barrios con cierta autonomía e identidad antes que una ciudad moderna. Existía una cultura de barrio, local, que justamente tenía sus máximas expresiones en los sectores populares que buscaban alguna identidad ya sea en la música, la danza, la jarana, etc.

6 González Prada expresa de modo irónico: «hasta el perro era más dulce y manso en Lima que en parte alguna» (1938, 21). Para este ácido crítico de las costumbres nacionales, los limeños se distinguían por lo «cortesanescos» y «diplomáticos». Salazar Bondy afirmaría algo parecido medio siglo más tarde (ver *Lima la Horrible*, especialmente el capítulo sobre la «lisura» y el humor limeños).

fenómeno que no ocurría en los barrios de las clases altas». (Stein, 1986: I, 144)

Por un lado, autonomía barrial, por otro, identidad cultural. Stein hace referencia a los «sectores populares» y a las «clases altas». Puede parecer una distinción gruesa, pero resulta la primera y más notoria diferenciación de la ciudad de Lima de entonces:

«El (río) Rímac constituye de hecho un *límite social*. Más allá del Rímac, para el limeño, es huachafería. Más aquí del Rímac es aristocracia. Así es que fundamentalmente las calles de Lima las podríamos dividir en calles aristocráticas y calles huachafas» (Otero, 1926: 32-33). [La cursiva es nuestra]

Centro de Lima: «aristocracia» / Abajo el Puente: «pueblo». Dos espacios cortados por el paso del río Rímac. Esta era la distinción más importante de la capital peruana a principios de siglo⁸.

7 Sin embargo, en realidad sólo puede decirse que **Buenos Aires, Montevideo y Río de Janeiro** realizaron una transformación de acuerdo a la concepción del espacio en Haussmann. En Buenos Aires esto significó una previa demolición de buena parte del Centro; en Río de Janeiro hubo de ser demolidas 700 casas sólo para abrir la Avenidad Central (luego Río Branco), y toda la zona antigua sufrió las transformaciones. Ello, en cambio, no ocurrió en ciudades como Lima, ya que allí se procuró no tocar el casco antiguo, apenas se construyeron algunas avenidas a partir de los límites del Centro, en los nuevos espacios urbanizados o por urbanizar (Romero: 1976, 275-276).

8 La percepción de la clase media está más bien asociada a una suerte de gente con condiciones insuficientes para estar «arriba» o «abajo». Así, por ejemplo, un informe oficial (Boletín del Ministerio de Fomento, fascículo de la Dirección de Salubridad Pública, mayo 1907) ubicaba la clase media como un sector de la «clase obrera del Perú». Esta se componía sustancialmente de «mujeres en su mayor parte» (p.6). Para David Parker (1995: 166), los «pobres de la clase media» se distinguían de los «pobres» por que cumplían los «requisitos de decencia (pues) eran blancos, educados y, sobre todo, de apellidos conocidos. 'Clase media', entonces, parecía una descripción apta (...) para estas personas que difícilmente se ubicaban dentro de uno u otro de estos dos estamentos».

Centro de Lima.

En los solares del centro aún vivían, en 1895, las principales familias de la oligarquía. Las tiendas en torno estaban marcadas por las modas extranjeras, las calles eran recorridas por coches particulares, sus residentes frecuentaban los teatros, iban a los conciertos, los bailes de sociedad, los clubes sociales, etc. (Gamarra, citado por Ortega, 1986: 99). Sin embargo, no se trataba de un *ghetto*: había también calles populares y otras intermedias⁹. Por ejemplo, escribe Gamarra, existían calles como la del callejón de Petateros, «pasadizo lleno de fonditas de chinos, de tiendecitas y panaderías, desaseado, ruinoso, callejuela del pueblo, adefesio acurruado entre las sedas del Portal de Botoneros y los artículos de fantasía de los almacenes» (Ortega, op. cit.).

Ahora bien, el Centro como tal ha variado en sus delimitaciones. Lo que hoy llamamos Centro Histórico corresponde poco menos al trazado del Damerao de Pizarro. En la división urbana de 1904, abarca parte de los cuarteles primero y segundo. En la distribución del censo de 1908, el distrito segundo, tercero y una cuadra del primero. En el informe de ese mismo censo queda de manifiesto que la élite limeña efectivamente prefería el Centro. (distritos 2 y 3).

En este Centro, las calles dedicadas al comercio eran espacios particularmente propicios para los encuentros sociales. Inicialmente adquirieron sus nombres de los productos que podía encontrarse en ellas, pero los usos cambiaron con el tiempo. Así, la de Mantas era la calle de los bebedores; la del Rastro, de cueros y zapatos; la de Polvos Azules, de baúles, colchones; la del Chivato y Borricos, de «movida», pianitos ambulantes, flores de anís, etc (Gamarra,

9 En una calle del Centro podían convivir casonas fastuosas, con más de un patio, junto a otras remodeladas al estilo «americano», y pulperías de clientela popular (Sánchez, 1974: 62).

idem.). También eran calles de espectáculos variados, de acuerdo a la imaginación popular. Según una crónica de Mariátegui (1991: 85) fechada en 1915 «hasta hace poco se exhibían en las calles más céntricas de la ciudad, un oso, un pandero y un hombre. La gente se arremolinaba y el oso cantaba, y el pandero tañía y el hombre ganaba».

Pero la gran calle «neutral» era el Jirón de la Unión. Tal vez más bien burguesa, por la proliferación de cafés (sobre todo a partir del año 10), tiendas a la moda y algunos periódicos en sus calles aledañas. De hecho, Nolo Beaz (es decir, el viajero boliviano Gustavo Adolfo Otero), lo describía como «la calle de todos» (1926: 33).

A pesar de estas distinciones intraespaciales, podemos decir que, aún cuando estuviera abierta a todos, la gente debía ingresar y comportarse *tomando en cuenta* el valor del Centro como tal, es decir, como sede de los poderes político, social y religioso y lugar donde vivía y se exhibía la élite del país.

Sus calles no eran como cualquier otra. La gente se *exhibía*, buscaba ser reconocida, identificada dentro de la jerarquía social (por supuesto la autopercepción de su ubicación no necesariamente coincidía con la apreciación de los otros). Así, el privilegio por la primacía en la vereda podía ser una causa de litigio bastante serio. Así por lo menos lo consideraron dos generales, quienes en 1904¹⁰ llegaron a las manos por asumir cada cual que debía tener el lado preferencial. Según la versión del general Canevaro, el general Borgoño aparentemente se negó a cederle el paso, que el primero suponía tener derecho por ser su superior. «Borgoño le contestó que no tenía razón de guardar consideraciones especiales acompañando esto dicho con un fuerte golpe dado en el bastón» (versión de Canevaro). Al parecer, al viejo general las palabras de

11 Archivo General de la Nación, *Ministerio de Guerra y Policía. Prefectura de Lima*. folio no675, 1904.

Borgoño le resultaron una afrenta (pues según la versión de este último fue Canevaro quien, indignado, comenzó con los insultos): aún en la calle había de reconocerle su primacía jerárquica.

Lo racial y lo social, junto al sustento económico, eran criterios que se entrecruzaban en el Perú para la ubicación jerárquica de los sujetos. Por eso, en la Lima del 900, en sus calles del Centro, también debían guardarse ciertas «restricciones» de trato no sólo teniendo en cuenta la posición social o económica, sino la raza (que solían ir juntas):

«Carlos Mellán es *un negro como Mevelick*, y *sin embargo* arde en llama amorosa é inextinguible por las mujeres blancas. Ayer vió a dos señoritas que se dirigían presurosas al templo de San Agustín, y *sin poder contenerse* se quitó el grasiento sombrero y empezó á requerirlas en amores. El inspector N^o 92 cortó los ímpetus de Mellán llevándoselo preso». [La cursiva es nuestra]

(El Comercio, 19/10/1903)

No se esperaba que no amase, sino que se «contuviese», estando en un espacio público, con reglas de comportamiento implícitamente establecidas.

Abajo el Puente.

Era la zona de Lima ubicada atravesando el río Rímac, en la orilla contraria a Palacio de Gobierno, el cual le daba la espalda. A estas calles inmediatas al río se les denominaba Abajo el Puente¹¹, o cuartel V, el cual comprendía 8 barrios durante la colonia.

Stein refiere que los bajo pontinos (que se llamaban así antes que limeños) no acostumbraban subir al Centro de Lima, a pesar de que ello significaba únicamente cruzar el puente. «La vida gira-

11 Llamado así cuando existía un solo puente: el Puente de Piedra.

ba alrededor de la calle, el mercadito, la iglesia más cercana» (1986, 13).

Una de sus calles más célebres fue la de Malambo, antiguo arrabal de San Lázaro. Según datos recogidos por Tejada (1995), inicialmente fue una cárcel de esclavos en la colonia. Posteriormente se edificó un hospital para leprosos, tullidos y ciegos, lo cual, sumado a lo anterior «daba a la zona el estigma de la miseria, el dolor y la muerte» (idem: 150). En 1787, Malambo estaba constituido por 5 cuadras. Detrás de ella, las más importantes quintas o casas de campo de la colonia, habitados por gran cantidad de esclavos¹². En la república, después de la abolición de la esclavitud, Malambo quedó como calle de negros, los cuales vivían en antiguas casonas que terminaron convertidas en populosos callejones. Según el Boletín del Ministerio de Fomento, en 1907 el distrito IX, que correspondía a las manzanas entre las calles de Malambo y el río, era el que alcanzaba en promedio el mayor índice de turgurización. Además, compartía con el distrito V (en el cual se ubicaba el barrio chino), las peores condiciones de salubridad.

Por esa época, Abajo el Puente era barrios populares de jarana, donde iban los bohemios de la clase media y alta limeña para «armar bullas» nocturnas. La considerable población negra y mulata lo diferenciaba de otros barrios populares¹³: allí, por ejemplo, se empezó a escuchar, antes que en ningún otro lugar de Lima, los primeros acordes de la música afroperuana, procedentes de las haciendas costeras del sur. Allí también parece que se tocaron, por primera vez en la capital, las canciones del bandolero Pardo: valeses que protestaban contra la injusticia social¹⁴ (Collantes,

12 Una de las más renombradas, la Quinta de Presa, contó en su momento con la mayor cantidad de esclavos de sudamérica.

13 Otro lugar de considerable población negra y mulata era el que correspondía al distrito VIII, según el censo de 1908. Se circunscribía a las manzanas entre Lampa y Grau y entre Puno y la Plazuela de Guadalupe.

14 Por ejemplo, una estrofa de alguno de estos valeses, decía: «Yo aborrezco la injusticia/ yo quiero al que es desgraciado./ Al que vive abandonado/ solo por

1972). Fue también Abajo el Puente lugar de chicherías y picanterías célebres.

Como veremos, la política oficial no pasaba por Abajo el Puente. Apenas se formaban clubes políticos, cuya gente debía trasladarse al Centro si quería participar en las manifestaciones públicas.

Otros barrios populares.

En sus recuerdos publicados en 1982¹⁵, Augusto Azcuez menciona varios barrios de Lima¹⁶. Al oeste del Centro, por ejemplo, estaba Huancavelica (primeras cuadras de ese jirón), Monseñate (jirón Callao, por la Estación), San Sebastián (por la iglesia del mismo nombre) y Malambito (por la plaza 2 de mayo). Por el lado este, en lo que ahora corresponde a Barrios Altos, estaba Carmen Alto, El Prado, 5 Esquinas, Barbones, De los Naranjos, etc. Por Abancay, el barrio del mismo nombre, y, detrás del Mercado Central, el barrio Chino.

Este último, llamado así por habitar en él una importante población asiática (2,400 en 1908), era considerado el más sucio de Lima, así como el más densamente poblado y de mayor mortalidad.

Barrios Altos era un distrito de población predominantemente mestiza. Sus barrios mostraban también altos índices de mortalidad,

torpe malicia;/ yo maldigo la injusticia/ de tanta gente menguada. /Porque al fin de la jornada,/ puesto que la vida es corta,/ la vida a mí que me importa/ porque, qué es la vida?. Nada». Un vals que va en sentido contrario a aquellas interpretaciones que señalan a esta expresión artística como marcada por un tono profundo e irremediamente resignado. Pardo se constituyó en un héroe popular. Luego de morir emboscado por las fuerzas del orden, su pueblo natal lo declaró «Hijo ilustre y benefactor de los pobres».

15 VSD suplemento de La República, en varias entregadas a lo largo de ese año.

16 El autor no menciona fechas precisas. Al parecer, la mayor parte de sus recuerdos se sitúan entre las décadas del 20 y el 40. Sin embargo, estas zonas urbanas ya existían en la época que estudiamos, tal como lo indican los mapas, por lo que podemos asumir que también existían como barrios socialmente establecidos desde comienzos de siglo.

tuberculosis y fiebre tifoidea, así como uno de los mayores niveles de densidad por vecindades o callejones.

Según Gamarra, en varios de aquellos barrios fuera del Centro la característica común eran sus fiestas populares: pelea de gallos, presentación de juegos acrobáticos, títeres, corridas de toros (Ortega, op. cit: 99).

Cada uno de estos barrios, además de los de Abajo el Puente, presentaban características peculiares en sus expresiones culturales (Llórens, 1983: 27). Así, la música criolla (vals, polca) era común a estos lugares, pero podían distinguirse los estilos interpretativos de acuerdo a los barrios de pertenencia, por ejemplo, en el punteo de guitarra o el seguimiento del ritmo. Las competencias entre barrios eran frecuentes, teniendo cada cual sus intérpretes representativos.

Otra expresión popular que marcó la identidad barrial fue el fútbol. Además de los equipos de obreros en algunas fábricas, también aparecieron otros de acuerdo a la vecindad. Así, fueron importantes el Unión Buenos Aires del puerto del Callao y el Sport Alianza de La Victoria (primer barrio popular que naciera *extramuros*, con el derrumbe de las murallas de Lima, antes de la Guerra del Pacífico). «Cuando ganaba el Alianza ganaba La Victoria», recuerda un limeño de la época¹⁷. Como otros eventos de rivalidad ritualizada, el triunfo llevaba a la fiesta, al baile, al encuentro local.

Nuevos barrios residenciales y balnearios.

Como ocurrió en otras ciudades del continente (Romero, 1976: 276, ss.), la élite que vivía en el Centro fue saliendo de ella, ante el poblamiento cada vez mayor de sectores medios y populares y su paulatino deterioro. La excepción relativa fueron Río de

17 Pedro Frías, entrevista de S. Stein. Tomado de Stein: 1986.

Janeiro y Buenos Aires, que modernizaron su arquitectura y lograron mantener el prestigio del Centro.

Así, coincidiendo con la tendencia continental, nuevas residenciales se empezaron a construir por esa época en la zona sur y suroeste de Lima, a partir del Paseo Colón y los Jardines de la Exposición, considerados los espacios sociales «modernos» de Lima. Aparecieron los primeros distritos en «mirar» al mar: Magdalena y San Miguel.

Aún se conservan esas casonas de estilo europeo y otras, construidas a partir de la década del 10, más bien neocoloniales.

Por el sur, los notables se trasladaron a los balnearios de Miraflores, Barranco y Chorrillos. El primero empezaba a convertirse en barrio de sectores adinerados y comerciantes extranjeros. Barranco era sobre todo lugar de viviendas de clase media pudiente al lado de callejones tugurizados. Más adelante, siguiendo el litoral, se encuentra Chorillos, balneario de veraneo preferido por la élite social. El club de Chorillos era de los más selectos.

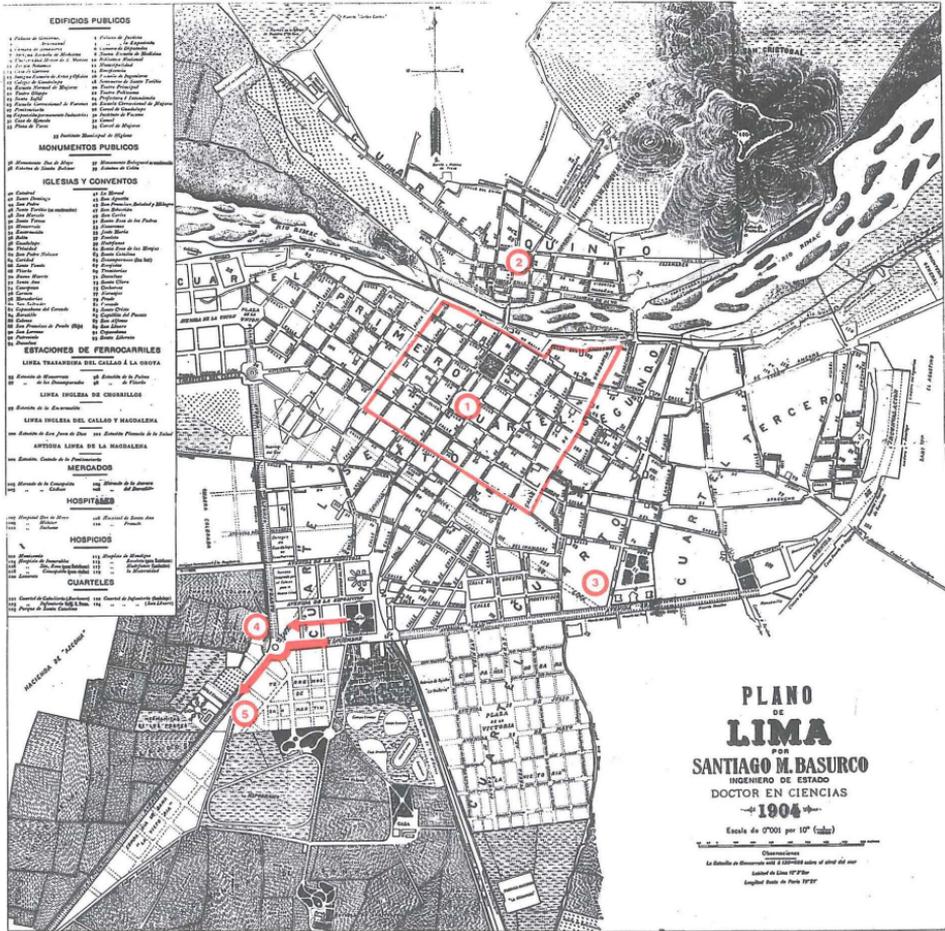
Movilidad social y espacio urbano.

A modo de **hipótesis**, intentamos hacer una lectura del espacio del centro de Lima, como un texto capaz de mostrarnos diferentes tendencias sociales.

Durante el virreinato y hasta finales del siglo pasado, la Plaza de Armas fue el corazón de la ciudad. Era, fundamentalmente, un mercado, un lugar de intercambio, de tránsito, de voces múltiples. Se trataba de una plaza llena de comerciantes, escribanos, artesanos ambulantes, donde existían fondas con sillas en las calles, baños, tienditas variopintas, etc¹⁸. Todo eso fue cambiando. A partir

18 El viajero Ernst Middendorf cuenta que en la Plaza Mayor (de Armas) se ubicaba el mercado de alimentos, delante de la puerta de la Catedral. Frente a Palacio, hasta 1884 se ubicaron las pequeñas tiendas llamadas cajones. «El padre Cobo, en su Historia de Lima, se refiere a la gran muchedumbre de color mo-

Plano de la ciudad de Lima (1904)



Fuente: Ing. Basurco en "Planos de Lima" (1986) Juan Gunther.

Legenda

- (1) Centro de Lima
- (2) Abajo el Puente
- (3) Barrios populares del sur y el este
- (4) Barrios nuevos residenciales
- (5) Bañerios

de la última década del siglo pasado, siguiendo las tendencias europeas de racionalización del espacio, pasó por un cambio de uso y, consecuentemente, de tipo de gente: de mercado pasó a convertirse en centro casi exclusivo de los poderes oficiales, en entorno público de centros exclusivos de reunión (los clubes que daban a la Plaza, Palacio de gobierno y el Municipio) y el lugar de las ceremonias públicas. Las multitudes eran convocadas también, pero ya no para ir «a su aire», sino como espectadoras de dichas ceremonias (sobre todo desfiles militares).

Un par de décadas antes de que se reformara la Plaza de Armas, el lugar de paseo de la «gente» limeña ya se había trasladado de la Alameda de los Descalzos (Abajo el Puente) a los jardines de la Exposición. Como habíamos dicho, Abajo el Puente se fue popularizando aún más, por lo que salir de ahí pudo ser una manera de *distanciarse*. (La primera de una serie de huídas hacia el sur que protagonizaron a lo largo del siglo XX las clases acaudaladas). La Exposición fue la alternativa, con el Paseo Colón en medio (construido por Piérola), con su club social y el símbolo máximo de la modernidad, el edificio que fuera el aporte del Perú a la Exposición Universal de París. A partir de allí, hacia el sur y suroeste, se fue extendiendo una nueva Lima: casonas residenciales construidas «anhelando una modernidad o un seudoclasicismo que en comparación con otros centros de mayor volumen, tenía que resultar mediocre» (Basadre, 1968: X 287-88); y balnearios distantes del Centro, separados por chacras y fundos. Balnearios que, como hemos dicho, tenían también sus clubs donde la élite podía reunirse con tranquilidad de saberse *entre nous*.

En suma, podemos interpretar este alejamiento del Centro (y de La Alameda, ubicada apenas detrás de Palacio, cruzando el

reno y negro, que constantemente alborota allí, y anota que los domingos y días festivos se decía una misa desde un balcón de la Catedral para los vendedores que no podían abandonar sus puestos.» (1973: 172)

Puente) como una opción de las élites: el tomar distancia de los «pre-modernos», así como la voluntad de aquellos por acercarse más al progreso, identificado como lo extranjero (como veremos más adelante).

Pero hubo una segunda tendencia modernista, un poco posterior. Ante el copamiento de la Plaza de Armas, el espacio preferente de la vida social se trasladó hacia una calle que da a la Plaza, en el lado sur: el Jirón de la Unión. Podemos decir que se trató de un lugar, si bien general, más bien con un sello más propiamente burgués¹⁹: allí estaban los cafés, las confiterías; entroncaba con las calles de los periódicos, restaurantes, pulperías y hostales. Es decir, los espacios menos restringidos, conectados con los generales. Estas cuadras encerraron el *lugar del diálogo alternativo al de los clubs*. Uno más abierto, público por excelencia, sobre todo desde la segunda década del presente siglo. Posteriormente hubo un desplazamiento espacial hacia el otro extremo del Jirón de la Unión, la Plaza de la Micheo, luego San Martín. Remodelada en 1921, se fue constituyendo, a lo largo de este siglo, en el nuevo centro público de Lima. Fue convirtiéndose en el espacio más general, de notables y sectores populares. Poco a poco, desde los 50, con el retiro definitivo de las clases media y alta del centro, fue pasando a ser el lugar popular por excelencia, el lugar de las revueltas. Pero ésta es ya otra historia.

Es posible, en síntesis, distinguir **dos tendencias modernistas**.

La primera tendencia es acorde con el discurso oligárquico, pero asociada a una idea de modernidad identificada con progresismo en el sentido económico y técnico de la palabra.

19 Para hacer una lectura más precisa de los espacios, es posible anotar no sólo el carácter de cada uno de acuerdo a su nivel de inclusión (como veremos más adelante), sino también la predominancia de clase que alguno tuviera. No resulta extraño afirmar que una calle puede ser más popular o burguesa que otra.

Buscada esa modernidad en el contacto con lo extranjero, a fines del siglo pasado, esta tendencia llevó al alejamiento del lugar principal de recreación de los notables hacia el sur oeste de la ciudad, fuera de lo que entonces era el Centro de Lima (ver plano 2).

La idea era buscar (o reencontrar) la selectividad en nuevos espacios. Entre la mayoría de partidarios de la modernidad de la élite social podemos atribuir esta relación:

Tendencia «oligárquica»: Modernidad —→ selectividad

Dos, la tendencia hacia la «integración social» del centro. Un traslado lineal de la Plaza de Armas hacia el Jirón de la Unión (ver plano 3). Este supuesto «aburguesamiento» (confluencia variada de ciudadanos en centros restringidos bajo el criterio casi exclusivo del dinero), no exento de actitudes contradictorias, fue empujado especialmente por una clase pudiente y media provinciana, en buena parte instruida, que reclamaba un espacio en el orden social y político (sin necesariamente proponer una revolución o el trastocamiento del sistema):

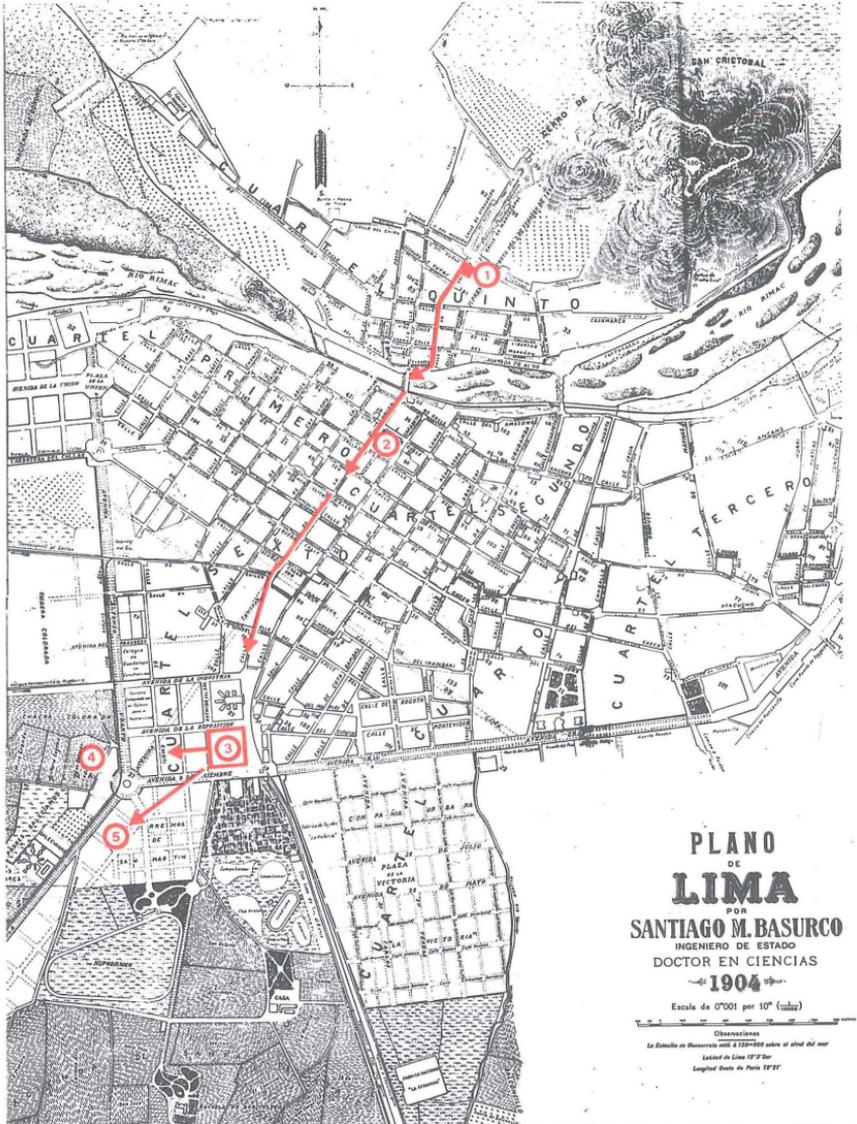
Tendencia «integradora» : Modernidad —→ apertura

3. MICROESPACIOS PUBLICOS. DISTRIBUCION DE ACUERDO A LOS NIVELES DE INCLUSION.

La distinción entre diferentes niveles de lo público y de lo privado no es un asunto poco relevante. Como hemos explicado anteriormente, se trata de esferas con diferente capacidad decisoria, estilo argumentativo, inclusividad. Este corte de lo público, entonces, es útil para evaluar las prácticas políticas al interior de cada uno de esos espacios y sus combinaciones interesaciales.

En este sentido, queremos definir *grosso modo*, los que de momento ubicamos como los micro espacios públicos más relevan-

Expresión espacial de la Tendencia «oligárquica» de modernidad
Plano 2



Legenda

- | | |
|---|----------------------------------|
| (1) Alameda de los Descalzos | (4) Nuevos barrios residenciales |
| (2) Plaza de Armas | (5) Balnearios |
| (3) Parque de la Exposición/
Paseo Colón | |

Expresión espacial de la Tendencia integradora de modernidad
Plano 3



Leyenda

(1) Plaza de Armas

(2) Plaza de la Micho

(3) Jirón de la Unión

(4) Periferia residencial/ popular

Expresión espacial de la Tendencia integradora de modernidad

Plano 3



Leyenda

- | | |
|------------------------|------------------------------------|
| (1) Plaza de Armas | (3) Jirón de la Unión |
| (2) Plaza de la Micheo | (4) Periferia residencial/ popular |

tes, clasificándolos de acuerdo a su nivel de apertura o «publicidad». Así, construimos un *continuum* desde los centros más exclusivos a los más generales, pasando por los restringidos. (Dentro de los tipo de espacio definidos como restringidos y generales, diferenciamos los casos «más» y «menos»).

No creemos que ordenarlos de esa manera comporte una calificación necesariamente positiva o negativa de cualquiera de éstos. Pensamos que en las sociedades cortesanas como en las democracias modernas existen espacios restringidos (los partidos, por ejemplo) como lugares netamente abiertos para todo público. Lo que nos da idea del carácter general (más democrático o restrictivo) de la vida política en una sociedad, creemos, son las reglas de juego, las relaciones intra e interestaciales combinadas y evaluadas en su conjunto. No hay una tendencia unívoca hacia la apertura; lo que encontramos, con la modernización, es una mayor relevancia de espacios generales. Sin embargo, los centros restringidos no desaparecen, sólo cambian en su naturaleza.

Aparte del criterio de inclusividad, consideramos importante diferenciar dos tipos de espacios:

1. **Espacios de socialidad primaria.** Aquellos en los que los encuentros no están condicionados por una función específica. Se concurre a esos lugares, simplemente, para reunirse con otros individuos. Las discusiones políticas, deportivas, económicas, etc. pueden ser tan variadas como los sujetos concurrentes así lo deseen (dentro de los límites de permisividad que el espacio delimite). Son estos espacios los salones, clubes, cafés, calles, callejones, mercados, fondas, plazas, etc.

2. **Espacios de concurrencia especializada.** Centros de reunión de instituciones modernas. En ellos se discute sobre determinados temas. Los que hemos considerado como especialmente relevantes son: los partidos y la universidad (y de modo tangencial los sindicatos). Como dentro de nuestra clasificación éstos corresponden únicamente a los espacios restringidos, sólo en esa sección haremos esta distinción (ver cuadro 1).

Centros exclusivos: salones y clubes.

Los salones y los clubes, si bien son espacios de debate de lo público, su nivel de inclusión social es bastante bajo, más bien «privativo».

Los salones, desde el virreinato y hasta la mitad del siglo XIX, constituyeron los centros privilegiados de la discusión pública, dentro de la élite social y política²⁰. Tal vez la primera tertulia literaria, según Gálvez, se diera en alguna quinta de Abajo el Puente (s.XVI). La ventaja de la relativa distancia permitía a ese barrio ser lugar de tertulia campestre y, posteriormente, cuando fue decayendo, de bohemia para diferentes clases sociales.

Ricardo Palma cuenta en *La bohemia de mi tiempo* que el grupo literario de su generación (1850-70) se reunía principalmente en los salones, como el de su «mecenas» Miguel del Carpio y el de doña Juana Manuela Gorriti (autora de una novela que causó escándalo, *La quena*, y ex-esposa del presidente Belzu, de Bolivia)²¹.

Los salones, al ser espacios «caseros», es decir, estar ubicados en la privacidad del hogar, no podían ser lugares de entrada libre. Para ingresar hacía falta la anuencia explícita del dueño y, lógicamente, no todos eran aceptados. Por lo general las visitas nunca se hacían sin antes avisar, cuando había confianza, y requería una solicitud previa cuando no la había. Estas visitas a los hogares eran parte del quehacer limeño para conservar y fortalecer las redes sociales.

A mediados del siglo pasado, las crónicas costumbristas daban cuenta de lo que algunos consideraban hábitos poco moder-

20 Luego compartirían su centralidad con los clubes, hasta los primeros años de este siglo. Poco a poco, la costumbre de «rotar» por las casas de sociedad, los días de visita, fue perdiéndose, con lo que los salones también empezaron a tener un rol cada vez menos relevante.

21 Otro salón conocido y más socialmente selectivo fue el de don José María Quimper, en los años 60 (Martínez: 1965, 10), donde se fundara años más tarde el Club Esgrima (que a su vez es considerado el predecesor del Club de la Unión).

nos de la ciudad de Lima (o aldeanos, como diría Gálvez). Esa pre-modernidad es esbozada por Manuel A. Segura en su cuento *El té y la mazamorra*, como poca racionalización o especialización del espacio casero. Es decir, por no tener bien delimitadas sus zonas íntimas, con respecto a las más privadas. Así, las discusiones políticas entre varones perdían su seriedad cuando el salón era «invadido» por los niños y la mujer. Con ellos se producía la intromisión de lo privado e «irracional» en las secciones destinadas a la discusión de los «adultos»²².

De todos modos los salones, al igual que la mayoría de los clubes, cumplían la función de integrar a la élite social al margen de sus divisiones políticas. Esta actitud extrañaba a viajeros como Flora Tristán, quien describiera, sorprendida, la elocuencia y acaloramiento de los congresistas peruanos, los cuales al final terminaban saliendo juntos olvidando los temas que les separaba minutos antes.

La costumbre de las tertulias familiares, las invitaciones a los salones eran rituales de reafirmaciones mutuas de pertenencia a esa «sociedad». Algo fundamental si se quería seguir manteniendo la posición; más aún si se pretendía mejorar.

Según Gálvez, fue a comienzos de este siglo cuando se empezaron a establecer los días de la semana para el recibo de invitados. En su novela costumbrista *Vivir y padecer el Amor bajo el Cielo de Lima*, Mercedes Holguín cuenta:

22 En el cuento mencionado, el personaje principal muestra su desagrado por tener que discutir asuntos públicos en el hogar, interrumpido por el juego bullioso de los niños. Este último detalle resulta interesante, ya que, como señala Sennett (1978: 119), la separación entre lo público (como ámbito de la civilidad) y lo privado (ámbito de la naturaleza) hecho durante la Ilustración, se debió en parte a las distinciones que recién entonces se empezaron a marcar entre los juegos infantiles y la vida de los adultos. Hasta el siglo XVII esa separación no existía: los cuadros de Velásquez y otros autores nos muestran a niños vestidos como hombres mayores. Al considerarse a los niños como criaturas distintas a los adultos, con un mundo lúdico sustancialmente diferente a estos, sus juegos incomodaban, eran vistos de modo despectivo por los padres. El juego de los adultos pasó a jugarse en la vía pública.

«Las familias tenían la simpática costumbre de señalar en el transcurso del mes, dos o tres tarde de recibo, y otros, lo hacían en las noches, de nueve a doce, en las llamadas y hermosas tertulias.» (1947: 22)

Poco a poco, la costumbre se fue perdiendo entre los notables. Esta habría sido una de las transformaciones de la aldea: no todos pasaban ya la mayor parte del tiempo libre en casa y los jóvenes salían cada vez más a encontrarse en la calle, en los lugares públicos. Así, a medida que la ciudad se fue modernizando y los espacios públicos resultaron más atrayentes para su juventud, disminuyó el hábito de la tertulia. Con ello decayó un importante ritual que vinculaba estrechamente a la élite. A principios de los años 20, Gálvez califica de «huachafa» la costumbre de la tertulia, pues comprobaba que se había perdido en la gente que originalmente la cultivaba y estaba siendo adquirida por los sectores inferiores a los notables. Resulta, más que una queja por un hábito desvalorizado, una actitud descalificadora de otras clases sociales.

Los clubes, si bien ya no se trata de hogares -y por eso están más a la derecha que los salones en nuestro esquema-, también tienen un carácter bastante cerrado. Ya no es uno, el dueño de la casa, el que decide la inclusión de un miembro; sin embargo, el grupo directivo decide ello en función del criterio de la exclusividad: a fines del siglo XIX, sólo la élite de los notables podía ser miembro de los más selectos (los nuevos ricos, para poder pertenecer a esos clubes, debían legitimizarse mediante los vínculos del matrimonio). Surgidos en Europa a posterioridad de los cafés, su origen fue el dar cabida al *habla privada*, dentro de los mismos cafés o casas de refrigerio (Sennett, 1978: 109). Es decir, se buscaba con ellos no únicamente seleccionar qué escuchar, sino a quién permitir hablar²³.

23 «Los clubes de mediados del siglo XVIII estaban basados en la idea de que el lenguaje otorgaba más placer cuando uno había seleccionado al público, ex-

Estos clubes aparecieron en el Perú a partir de la tercera década del siglo XIX. Según Manuel A. Fuentes, los primeros clubes inaugurados en Lima fueron de extranjeros: el Salón de Comercio (1835) y la Biblioteca Inglesa (1844), que al fusionarse en 1848 dieron lugar a la Bolsa Inglesa o Club Inglés. Curiosamente, el socio disponía de tantos votos como acciones. Fueron miembros de esta asociación tanto extranjeros como peruanos.

El club Nacional, sin duda el más importante (y más exclusivo aún en la actualidad), fue fundado en 1855. Una década más tarde se abrió el club de la Unión. El primero fue el local privilegiado del partido Civil, desde que fuera inaugurado, en 1872. Al mismo tiempo, las colonias extranjeras más influyentes también fueron fundando sus respectivos clubes.

La nota dominante era la discusión política «alivianada» en aras de la concordia social (no siempre lograda) de la élite. Y es que a lo clubes se iba no sólo, ni siquiera principalmente, a hablar de política. Se suponía que eran los lugares de confraternidad. Había juegos de billar y ajedrez, y aunque también una biblioteca, ésta según Capelo más que nada constituía parte del decorado (1895: III, 270).

Predominaba la moda inglesa. El tono era aristocratizante. Como hemos dicho arriba, eran lugares de encuentro, generalmente al margen de las diferencias políticas. Ni siquiera había, hasta la segunda década del siglo, sociedades literarias propiamente tales (salvo el de grupos de señoras de sociedad). Capelo escribía a fines del siglo pasado:

«No ha llegado a Lima, todavía, el punto de especializar los clubs, según el grado de ocupación y según el de ilustración

cluyendo a aquellos cuyas vidas personales fuesen ajenas o desagradables. En ese sentido, los clubes eran privados. La privacidad significaba que la charla era agradable sólo cuando se podía controlar a quién se hablaba» (Sennett: 1978, 110).

de los asociados; y cuando se ha tratado de formar estos centros, no se ha logrado éxito alguno» (III, 270)²⁴.

Cita la excepción de la Sociedad Geográfica, que tenía una publicación periódica.

Centros restringidos

Se trata de espacios que no tienen ese sentido tan exclusivo de los salones y clubes, pero que en la práctica delimitan sus propias restricciones. Los criterios son varios. Desde el dinero y las constancias de estudios, hasta la simple mirada social, que controla y reprime.

Usando otros términos, pueden ser considerados como los espacios semiprivados y/o semipúblicos (Fernández, 1991: 25). De allí el nombre *Public house (Pub)*, dado originalmente en Inglaterra a los cafés y luego a los bares y restaurantes.

En este tipo de espacios, como se puede ver en el gráfico, hacemos la diferencia (+) y (-) restringidos. El criterio está en el nivel de apertura, mayor en los últimos, con respecto a los primeros. Por ejemplo, los sindicatos frente a los trabajadores, o la Universidad de S. Marcos frente a los estudiantes, o los partidos frente a los ciudadanos: ¿existía la posibilidad de que cualquiera, demostrada su capacidad (de líderes sindicales, políticos o de buenos estudiantes), ingresaran a esos centros restringidos? La respuesta, distinta en cada caso, nos obliga a hacer aquella distinción: (+) o (-) restringidos. Los partidos eran más restrictivos, pues no bastaba con ser ciudadano para pertenecer y ser miembro activo. La Uni-

24 Sánchez confirma en su *Testimonio* la inexistencia de círculos literarios comenzando el siglo XX: «Parecerá una irreverencia, pero a medida que lo pienso me ratifico en (que) no existían sociedades literarias, excepto *Entre nous*, reducida a un grupo femenino de origen determinado (1974: 165).

versidad de San Marcos fue, tal vez, el centro que se abrió más en este período.

En los (-) restringidos existe una vinculación más frecuente con las acciones presentadas en los espacios más públicos (plazas, calles), en integración con vastos sectores de la sociedad, a los que se busca dirigir: los estudiantes en 1919, los sindicalistas obreros en las movilizaciones de 1918, etc.

Centros restringidos especializados.

Los partidos y la Universidad de San Marcos²⁵ (hasta la segunda década de este siglo), tenían una práctica distinta. Hasta 1919 existía sólo un partido significativo y dos o tres de segunda relevancia: el Civil en primer orden, y el Demócrata, Constitucional y Liberal como partidos de oposición y socios menores eventuales. Sus líderes eran, principal aunque no exclusivamente, miembros del grupo de las familias que se autodenominaban aristocráticas (adineradas o venidas a menos) y del sector con más alto nivel económico. La clase media que estaba vinculada a esos partidos imitaba a sus líderes. Más adelante veremos que, en realidad, los notables eran principalmente burgueses, pero con hábitos aristocratizados. También veremos que hubo, sin embargo, diferencias sustanciales entre el partido Civil y los demás, sobre todo, el Demócrata, fundamentalmente en la relación con los sectores populares.

Si bien de entrada libre (con lo que ingresaban también sec-

25 Nos reducimos a ubicar sólo a esta universidad. De lejos, ésta fue la más importante de todo el país; además era de carácter público. Recién en 1917 se fundará la U. Católica, como reacción de sectores conservadores que vieron con preocupación la «masificación» (que entonces no era sino la apertura hacia sectores no oligárquicos y pudientes) y politización de S. Marcos. La Escuela de Ingenieros, fundada en 1876, es una historia un tanto distinta a San Marcos, por su «armazón positivista» (Cfr. J. I. López Soria, *Historia de La Universidad Nacional de Ingeniería*, t. I, 1981).

tores medios), San Marcos a principios de siglo era una universidad moldeada completamente por los sectores de la oligarquía. Los jóvenes estudiantes de los grupos de notables (en especial los de la élite política y social) pasaban a ser los profesores una vez acabados sus estudios. El círculo en la práctica era muy cerrado.

Sin embargo, San Marcos empezó a cambiar: la primera oleada de estudiantes provincianos fue de gente acaudalada, con lo que la conformación social no se vio radicalmente afectada. Pero, durante la segunda oleada, intensificada en los años 10, ingresaría un fuerte componente de clase media. En una década esta universidad adquirió un sustrato social más variado, y empezó a politizarse con intención de actuar fuera de su espacio, en los ámbitos más públicos.

Los sindicatos, anarquistas y clasistas, como es lógico, buscaban representar a la mayor proporción posible de obreros del país. Luego, tenían un nivel de apertura (para los obreros) mayor que los dos espacios anteriores. Su papel en las fisuras del orden político lo veremos en el capítulo 7.

No incluimos la fábrica como espacio público, pues se trata del lugar de no-habla. Los gestos y pocas palabras que se expresaban en su interior no delataban diálogos sino órdenes. Se trata de un espacio aparentemente público pero sin publicidad, pues el sentido allí no es la comunicación sino el trabajo. De todos modos, es un espacio por el que pasan ciertas relaciones sociales que analizaremos en el capítulo 4.

Centros restringidos de socialización primaria.

Entre los espacios (-) restringidos y de diálogo diverso están los cafés. Estos, explica Habermas, tuvieron una importancia central en la publicidad burguesa europea. En el Perú se trató de un espacio importante, si bien no tan extendido como en los países del cono sur.

Sin embargo, en Lima empezaron a extenderse tempranamente: según Ismael Portal (1919), en 1771 Francisco Serio abre el primer café en la calle Comercio. El mismo dueño inaugura, cuatro años más tarde, el Café de las Animas, y un año después el de Bodegonos (que se mantuviera hasta mediados del siglo XIX), más conocido como El Mentidero. También en 1776 abrieron los que se llamarían luego El León de Oro y el Café del Puente. Así, para fines del siglo XVIII ya funcionaban siete cafés en la capital. Según el mismo Portal, existían mesas de billas o de truco, y en muy pocos ambos juegos.

El café fue en sus orígenes el lugar de reunión de las clases medias, no preferentemente de los notables. Por eso apunta Portal:

«Como la costumbre de ir al Café se generalizó en toda la clase media y... menos que media, porque la aristocracia tomaba en casa, no era el aseo lo que imperaba en los locales» (op. cit.: 108).

Unas décadas más tarde, entrado el siglo XIX, Manuel Ascencio Segura usaba en más de una crónica algún café o picantería como escenarios²⁶. La Bola de Oro fue, tal vez, el café más importante de mediados del siglo XIX.

Es difícil decir si hubo cafés propiamente «literarios» (aunque algunos pretendieran serlo). En realidad, la gente pudiente, de clase media y un poco «venida a menos» se confundía indistintamente. El Palais Concert fue el más célebre. Estaban también Los Balcanes, El Péndola, La Aurora literaria, La Duchesse. (Sánchez: 1974: 164).

El Palais Concert, ubicado en la esquina entre Baquíjano y Minería, con sus salones de espejos biselados y su orquesta de damas vienesas, alternaba la música de Wagner con valsés y algún

26 Ver, por ejemplo, «Los viejos». No es casual que en él sus personajes discutan sobre el (inexistente) civismo de los peruanos.

huayno de Alomías Robles, entonces de moda por *El Cóndor Pasa* (Collantes, 1972). Llamar la atención sobre la música que se tocaba no es un aspecto intrascendente; debemos tomar en cuenta que lo popular, tanto criollo e indígena, hasta la década del 10 era visto de modo despectivo. El que se tocaran esas canciones en dichos espacios restringidos está señalando cambios de actitudes hacia lo popular y nacional.

Los Balcanes estaba ubicado en la Plazuelita del Teatro, por lo que solía llenarse de artistas, escritores, además de toreros y otras gentes de bohemia. Collantes refiere que llegó a tener su propia revista semanal, *El Noctámbulo*, de carácter humorístico. El café Maximiliano abría toda la noche, pues era también de bohemios, «badulaques y calaveras de la ciudad, las mujeres malas, sus amantes y toda esa gente ‘lechucera’ (...) poco conocida de la gente seria y formal» (Benvenuto, 1983: 62). Un espacio probablemente tan abierto a diverso público como una picantería: en nuestro esquema los criterios (-) restringidos y (-) generales se pueden «encontrar» en un espacio común (de allí la fluidez de este *continuum*).

Hubo otros centros restringidos, no precisamente cafés, famosos por su público variado: la Heladería D’Onofrio, los restaurantes Jardín Estrasburgo y Can-can, por ejemplo. En el primero la música de fondo era más variada que en el Palais. Ubicado al inicio de la Avenida Grau (límite entre los espacios de la gente pudiente y los sectores populares y medios), ofrecía vales mezclados con cantos italianos.

El Jardín Estrasburgo era un espacio restringido típico, donde alternaba la «clientela selecta» con la «frívola» (Collantes, *idem*). Su ubicación la hacía, efectivamente, lugar obligado de los notables: en la misma Plaza de Armas, bajo el Portal de Escribanos.

El Can-can era uno de los centros menos restringidos, casi general. Ello se expresaba en su música, que era de lo más variada dentro del repertorio popular peruano: yaravíes, marineras,

tonderos. Lugar privilegiado por los periodistas bohemios y jaranistas en general (Collantes, *idem*).

Constituyeron en su momento la alternativa a los clubes y salones, centros exclusivos. Allí, no sólo se reunían los jóvenes pensadores de la oligarquía, sino la nueva generación, que en los años 20 brindaría nuevas opciones políticas y artísticas: Mariátegui, Sánchez, Vallejo, (y Valdelomar, quien falleciera en 1919), etc²⁷ Gente en su mayoría vinculada al periodismo y que hizo de la irreverencia una manera de relacionarse con sus contemporáneos.

Centros generales.

En términos simples, definidos por tener entrada libre, sin condiciones de ningún género. Asiste la *gente común*.

Estos lugares también pueden diferenciarse entre (+) o (-) generales.

Los menos eran las picanterías y las chicherías. Constituían los espacios públicos más populares en lugar cerrado. Sobre las primeras, escribía Basadre (1929), «acudían blancos y negros, indios y zambos, curas y militares». Igual que a la chicherías, iban los hombres a tomar chicha o pisco, y a conversar de política y asuntos públicos, entre otras cosas²⁸.

27 Una excepción: Haya de la Torre, el hombre más político de su generación, tuvo como centro de acción la U. de San Marcos, aparentemente alejado de la vida «licenciosa» que buena parte de sus contemporáneos intelectuales probaron.

28 En realidad, picantería y chichería son dos términos que se han mezclado a lo largo del país. Según E. Llosa (1990: 171-175), *Chichería* es una palabra originaria de la colonia. En el siglo XVI algunos documentos mencionaban *tabernas de chicha*. Sólo en el siglo XVII aparece la denominación *chichería*. El término *Picantería* puede derivarse de las palabras «piqueo» o, más bien, de «picar». Los picantes solían servirse en las chicherías. Al parecer, el servicio de esas comidas se especializó, pasando a existir las picanterías. Sin embargo, sólo aparece esa denominación con Juan de Arona, pasada la mitad del siglo XIX, para referirse a las «fonditas» de Lima donde se servían picantes. Aparentemente, concluye Llosa, *picantería* fue un término que pasó de la costa a la sierra; *chichería*, por el contrario, tuvo su origen en los Andes.

Las pulperías eran bodegas (más aseadas y luminosas que las chinganas) donde suministraban productos de primera necesidad, pero también vendían licor. Gálvez las describe como lugar de tertulia del «cachaco» (soldado raso), «y así como servían de bazar, de mercado, de juguetería y hasta, en cierto modo, de café y fonda, tuvo mucho de botica y herboristería» (1935: 105)²⁹. Por lo general eran atendidas por extranjeros, primero chinos y luego italianos.

El barrio de mayor concentración de picanterías fue Abajo el Puente. Las pulperías se podían encontrar en diferentes calles de Lima.

Para 1890, en el Padrón general de establecimiento de comercio e industria en Lima (Capelo, 1895), estaban inscritos:

Chinganas	207	(bodegas)
Chicha y picante	92	
Pulperías	237	

Probablemente, el número de profesionales en ejercicio era mayor.

También había 151 locales entre cafés, tiendas de licores, *lunch* y billares y 124 restaurantes o fondas. Estas últimas -la contraparte de los restaurantes en los barrios pobres- también tenían una clientela popular.

Chicherías y picanterías aún existen en buena parte de las ciudades y pueblos de la sierra. En Lima éstos fueron decreciendo: para 1907 se ubicaron 9 chicheros, 72 fondistas y 126 pulperos³⁰

29 Este mismo autor señala que el origen del término *pulpería* habría venido del mexicano *pulque*. Existió con aquella denominación en otros países de sudamérica, como Argentina; sin embargo, señala el mismo autor, mientras en este país fue una tienda campera, en Perú se trató de un establecimiento urbano (p. 103).

30 En realidad, hemos encontrado informes con resultados a veces contradictorios. Hemos optado por estos datos tomados del *Boletín del Ministerio de Fomento, fascículo de la dirección de Salubridad Pública*, mayo 1907, así como el texto *Sociología...* de Capelo y el censo de 1920.

(no figurando picanteros, posiblemente por incluirse en otro rubro). Doce años más tarde, según el censo de 1920 sólo quedaban 7 chicheros, 15 picanteras y ya no se contabilizan fonderos: cantinas y restaurantes reemplazaron a sus similares.

Enseguida tenemos los callejones. Se trataban de «calles privadas», largos pasadizos en torno a los cuales se apilaban cuartos-vivienda de familias enteras. Esta forma de hacinamiento existía desde la colonia. En 1816, Lima contaba con una población aproximada de 60,000 habitantes, 2,627 casas de mediano y pequeño tamaño, 471 callejones y 92 corralones y solares (ONEC, citado por Arroyo, 1994: 43).

Para fines del siglo XIX se habían extendido considerablemente. Existían 1,651 casas de inquilinato y callejones, los cuales proporcionaban 39,123 habitaciones para 70,446 personas, es decir, la mitad de la población de Lima.

En nuestro estudio nos centramos en los callejones y sus variables más «laberínticas», los solares. En estas «calles privadas», clasificados como Centros Generales, existen barreras sociales hacia los de afuera, pero estas son menos evidentes que en otros espacios; por otro lado, más que exclusión, se trata de señales de distinción: probablemente no es tanto negar el acceso, se trata de aclarar de quiénes son esos «territorios.»

Los callejones están compuestos por cuartos a uno o, por lo general, a ambos lados de un pasadizo usualmente estrecho, cerrado por una pared en el extremo opuesto que da a la calle. Uno o dos caños debían proporcionar agua a cientos de personas. Cuando el pasadizo se ramificaba en el interior, se llamaba solar. Se trataba de ciudades dentro de la ciudad, tugurizadas y pocas higiénicas. Un ejemplo de ello era el callejón Otaiza, en el barrio chino. Albergaba unas 1,000 personas, número que aumentaba los domingos y feriados, pues con visitantes y clientes pasaba a convertirse en un «pequeño poblado asiático» (Rodríguez, 1995: 418). En su interior había diversos talleres y tiendas, desde pastelerías, hasta molinos de arroz, fumaderos de opio, casas de huéspedes, etc.

Gamarra describe algo parecido, refiriéndose a los solares:

«Hay solares habitados por todo un pueblo, y por entre los que pasan grandes acequias, y para comodidad del vecindario las pulperías abren puertas falsas para la venta; y las hay tan grandes que tienen sus pulperías dentro» (Ortega, 1986: 103).

Estas «calles privadas» y, quizás más bien su entorno (la esquina y la entrada del callejón) así como otras viviendas de humilde condición, eran espacios privilegiados para la socialización de la población popular de Lima.

También había casas de inquilinato, antiguas casonas subdivididas para mayor rentabilidad. Por ello, la apariencia externa podía no dejar entrever el nivel de hacinamiento y deterioro de su interior. De todos modos, garantizaban cierto *status* al arrendatario, pudiendo ubicarse dentro de la «clase media», es decir, la «gente decente» (Parker, 1995: 162). Sin embargo, las condiciones no eran mejores que las de los callejones.

En las casas de inquilinato no nos detendremos, pues nos interesa especialmente el callejón y el solar como espacio público semiprivado, ese lugar de encuentro compartido que significan los pasadizos.

La «jaranas» (fiestas) tenían como ambiente preferente esos callejones, sobre todo los de Abajo el Puente. Allí se tocaban valeses, polcas, se bailaba marinera, acompañado de pisco u otro aguardiente y platos criollos.

Los espacios de la calle y la plaza son, obviamente, los lugares más públicos. Espacios que, no habiendo en esa época medios masivos de comunicación, tenían mucha mayor relevancia que en la actualidad. Durante aquella época se terminó de construir la avenida más ancha del centro histórico: La Colmena. En la misma época también se acabó la obra del Paseo Colón, al lado de la Exposición, para el paseo de la gente adinerada. Constituía un centro casi obligado de concurrencia o «encontradero»:

«En la tarde de los jueves y los domingos por la tarde era un hábito elegante ir a pasear por una vereda del Paseo Colón. Aquel rincón, como el 'centro', fue el escenario donde se hicieron y deshicieron amoríos y matrimonios, citas y aventuras, esperanzas y desengaños (...) Más tarde ya nada semejante ha habido por obra del automóvil y de las avenidas.» (Basadre, 1975: 107)

Además, se ampliaron otras vías, de tal modo que, por primera vez, Lima empezó a mirar hacia el mar.

También se inauguraron la luz eléctrica y el tranvía de Lima, con lo que se prolongaron las «horas públicas».

En cuanto a las plazas, hasta el derrumbe de las murallas de la ciudad, existían 33, de las cuales 30 estaban localizadas al pie de los templos cuyos nombres llevaban. Según M.A. Fuentes, en 1860 «la única que por su extensión, merece el nombre de plaza, es la principal o mayor, situada casi en el centro de la ciudad: comprende una fanagada de tierra» (1985: 9). Recién en 1865 se terminaron las refacciones de esta Plaza, que comprendían el empedrado de sus calles, el sembrado de un jardín alrededor de la pila, la colocación de una verja de hierro y la uniformización de los balcones.

Para comienzos de siglo, la situación no había variado sustancialmente. Sólo estaba el Parque de la Exposición, con su paseo en medio, mencionado más arriba.

Finalmente, en cuanto a mercados, para 1904 existían 4 importantes en los bordes del Centro histórico (Gunther, 1986: 14): el de la Concepción, de los Cádices, de la Aurora y del Baratillo. El primero, conocido también como mercado Central, fue inaugurado en 1854. Hasta el incendio de 1884, había tiendas montadas delante de la misma fachada de Palacio de Gobierno. Y es que la Plaza de Armas fue el lugar tradicional del mercado de alimentos, hasta el siglo XIX (Middendorf, 1973: 172).

El papel de la prensa.

No son concretamente un espacio, al menos no en el concepto más físico que manejamos. Pero sí lo son en términos simbólicos, pues dentro de éstos se expresan preocupaciones públicas y su divulgación es masiva, accesible a todos.

El papel de la prensa para la extensión de lo público ha sido relevado por varios autores. Sólo queremos anotar por el momento este hecho dentro de nuestro esquema espacial, pues de acuerdo a lo investigado, la prensa de la época que estudiamos no sólo brindó esa oportunidad de «publicitar lo público», sino que constituyó el «resquicio» alternativo al claustro universitario. Allí se maduraron las posturas progresistas de la época.

A fines de siglo existían sólo 4 periódicos que se habían mantenido más allá de las coyunturas políticas. Los más eran los de corta duración, para apoyar determinadas candidaturas. Cumplido este fin, desaparecían.

El más antiguo de los diarios del país era y sigue siendo *El Comercio*. A comienzos de siglo predominaban sus notas económicas y comerciales y su servicio de cable (desde 1884). Puede considerarse como el que más propiamente expresaba, en sus páginas de opinión, la línea civilista. También había los de oposición. El más conocido, durante la primera década del siglo, fue *La Prensa*, que pertenecía al líder del partido liberal. Es decir, todos tenían algo en común: estaban alineados con la tendencia de alguno de los partidos del orden oligárquico. Sin embargo, ello no evitó que centros de redacción como los de *La Prensa* y *El Tiempo*, en la segunda década, fueran un poco espacios alternativos, de encuentros, sobre todo entre los nuevos periodistas que empezaban a expresar su perspectiva como jóvenes provincianos que se sentían postergados. Tales fueron los casos de Mariátegui, César Falcón y Humberto del Aguila en el segundo, y Valdelomar en el primero (y antes también Mariátegui). Conformaban un circuito bohemio particular. Estas y otras vías alternativas a los salones y los

clubes (pues obviamente no tenían entrada a los centros exclusivos) trataremos en otra parte del trabajo.

A partir de la primera década del siglo, empiezan a extenderse en popularidad los periódicos humorísticos: *Monos y monadas* (1907) fue el más conocido. Estos, no es exagerado afirmar, constituyeron una ruptura significativa. No es que no hubiera habido antes prensa de humor. *El Aletazo del murciélago*, de Manuel Atanasio Fuentes, fue tal vez el más conocido en el siglo pasado. La diferencia estaba no sólo en tiraje, sino en cuanto que supo llegar a los sectores emergentes de entonces. Estos fueron quienes dieron la lectura distinta: la nueva clase media instruida, limeña y provinciana, así como un sector de vanguardia entre los trabajadores.

Asimismo, en la segunda década, aparecieron revistas literarias como *Colónida*, de donde salieron los intelectuales más renovadores de los siguientes años.

No es menos relevante el *Cancionero Limeño*, cuyos ejemplares se han perdido. Se sabe que tenía una circulación periódica en las fábricas y barrios populares. Sus letras expresaban actitudes y puntos de vista entendidos como «populares», frente a sentimientos universales como el amor.

PUBLICIDAD DE LA REPUBLICA DE NOTABLES

+ ADENTRO

+ AFUERA

Tipos de espacios	centros exclusivos		centros + restringidos	centros - restringidos	centros - generales	centros + generales
	C. socialidad primaria	Salones	Clubes		Cafés Restaurantes	Callejones Picanterías Chicherías Pulperías Fondas
C. instituciones modernas			Partidos U. San Marcos (hasta década del 10)	Sindicatos U. San Marcos (desde década 10)	Fábricas Clubes Políticos (en elecciones)	

-----> P R E N S A ----->

**El poder y la exclusión:
El mundo de los notables**

La descripción de ese «mapa» de los espacios políticos nos lleva a una pregunta inmediata: ¿cómo se articulaban esos espacios? Hemos dicho que la existencia de lugares exclusivos/restringidos y generales no definen a ninguna sociedad. Es más, desde las comunidades tribales encontramos mecanismos de exclusión, así como de inclusión social. Para nuestro estudio, lo que nos interesa es saber cuáles son los criterios de exclusión, en qué medida se cumplen y de qué manera marcan o definen a la sociedad limeña del 900. Ello es un aspecto que nos permitirá avanzar en la comprensión de la dinámica de la vida política. En ese sentido, en este capítulo explicaremos la red del poder, es decir, la vinculación de los espacios exclusivos/restringidos que tenían centralidad en la política local; para ello tratamos de preguntarnos cómo se integraban, qué condiciones de inclusión/exclusión tenían, de qué modo reproducían el poder político.

Posteriormente examinaremos la relación entre aquellos espacios y los generales (cap. 3, 4, 5 y 6); es decir, hasta qué punto esa democracia restringida tuvo recursos para legitimarse ante las mayorías. En esos capítulos buscaremos respuestas en las **redes sociales** que se tejían en la vida cotidiana; redes que, a nuestro modo de ver, son prácticas decisivas para entender la reproducción de ese orden político. En el último capítulo mencionamos los resquicios por los cuales ese régimen empezó a quebrantarse (cap. 7).

1. EL MUNDO DE LOS NOTABLES.

El Estado estaba articulado con tres instituciones fundamentales: el Partido Civil (socialmente vinculado con el club Nacional), la universidad de San Marcos (Cueto, 1982) y la Iglesia. Los dos primeros son espacios públicos, seculares. Las relaciones vinculadas a la religión -sea en los procesiones o en las misas- influyen de modo más indirecto en las relaciones de poder, por lo que las trabajaremos posteriormente (en el capítulo 5), de manera distinta.

Los límites poco definidos entre aquellos espacios y el Estado tiene que ver con el trato «privado», posesivo, que se daba a este último por parte de la oligarquía.

Más que una clase, ésta era una casta con orgullo de linaje y desprecio hacia lo popular, apego a la tradición, a los preceptos religiosos y selectiva de las personas de acuerdo a criterios exhibidos en la apariencia exterior (Basadre, 1979).

Sin embargo, este comportamiento aristocrático, que era la clave de su relación con el resto de la sociedad, estrictamente, no provenía de una nobleza local. Como explica Brading (1991: X), en hispanoamérica, salvo raras excepciones, no se les concedió a los conquistadores títulos nobiliarios. Las encomiendas no eran dadas a perpetuidad sino que eran concedidas para una o hasta tres generaciones. Pero aún en este último caso, las encomiendas no eran hereditarias, ya que cada generación debía negociar la renovación de esa concesión: todas eran propiedad de los reyes de España. Además, nunca conllevaron una jurisdicción. Es decir, quienes tenían potestad de hacer justicia fueron los magistrados locales y párrocos: los funcionarios de la corona española y la Iglesia. Los indígenas eran vasallos libres de los reyes de España. Si ejercieron justicia durante la república fue por ausencia del Estado, no porque les fuera legalmente permitido. En el Perú, las familias descendientes de los encomenderos y conquistadores; los de la nobleza peninsular que llegaron como funcionarios de la alta burocracia virreinal; y las familias enriquecidas por el comercio o la minería y que adqui-

rieron blasones (particularmente en el siglo XVIII), en suma, la élite social de la Colonia (Basadre, 1963: 461) a inicios del siglo XX constituyeron una ínfima minoría de la élite. A partir del siglo XIX, tanto en el país como en el resto de América Latina, lo que hubo fue una oligarquía que combinó la producción capitalista con relaciones patrimoniales de explotación. Una oligarquía que se reforzaba vía redes familiares, es decir, «alianzas de familias aliadas por razones de comercio, casamientos, proximidad especial, y más tarde, por ser miembros de diversas organizaciones» (Balmori/Voss/Wortman, 1990: 10). Estas redes se extendieron desde finales del siglo XVIII y, por tres generaciones, aseguraron a sus miembros la exclusividad política y social en determinadas ciudades o regiones del continente.

Tal vez la aristocracia de la que pretendían ser parte esas familias ayudó a justificar el uso del Estado como un ente «privativo»³¹ de su casta (una vez arrancado de las manos de los militares). Sin embargo, como señala Gilbert (1981: 53-56), la mayoría de las treinta familias más importantes de la oligarquía nacional no llevaban ni un siglo en el país³². Según Víctor Andrés Belaunde, cuando se opusieron Piérola y Pardo en 1904, el civilismo fue defendido sobre todo no por las antiguas familias coloniales (que en buena

31 Este sentido «privativo» ha sido explicado desde varias perspectivas. Nos acomodamos a una salida weberiana como la que hiciera Basadre: el estado republicano, al menos del siglo XIX, siguió siendo patrimonial, con predominio del sultanismo. Ello significa, el copamiento del estado por parte de sujetos vinculados de modo personal al señor en el poder (familiares o funcionarios domésticos) y otros que habían prometido fidelidad (1979: 38). Después de los caudillos («sultanes»), el civilismo afianzó el patrimonialismo, con lo que un grupo más o menos estable pasó a compartir ese estado de modo «privativo».

32 Los Miró Quesada arribaron al país apenas a mediados del siglo XIX; los Aspíllaga, a comienzos del mismo siglo, procedentes de Chile; semejante es el caso de otras familias importantes, con socios en el Club Nacional, como los Gildemeister, Graña, Berckemeyer, Larco, Brescia y Wiese. De la élite civilista, excepciones eran los Pardo, los Prado y otros de menor relevancia: podían exhibir una ascendencia que se remontaba a la colonia.

medida estuvieron de lado del primero), sino por la «neoplutocracia» (ver capítulo 6).

Por otro lado, el civismo tanto de los notables como del resto de ciudadanos no pasó de ser un término con escaso sentido. Es tema constante de la literatura del siglo pasado la acción depredadora, primero de los caudillos militares y luego de esa oligarquía que fue copando las altas esferas del poder. Desde el dramaturgo M.A. Segura, en los años 30, hasta el sociólogo J. Capelo en la última década, pasando por el mordaz Manuel Atanasio Fuentes, llamaron la atención sobre esa carencia de civismo³³.

Precisamente Capelo, en *Sociología de Lima* (1895), t. II, hizo una descripción del político. Nos parece interesante presentarla, para entender mejor la vida pública de la época.

El hombre-estómago.

Es aquél que manipula la opinión pública en su provecho. Capelo presenta un día en su vida: de mañana, el **caballero** salía a la calle, para recibir las atenciones del público y conversar amenamente con quienes consideraba eran sus **iguales**. Con ellos hablaba en jerga política. Pasando el mercado, miraba a la gente con «aire protector».

Después del paseo, entraba a algún Club, «y allí en círculo íntimo, entre los suyos, continuará su labor de hombre de mundo» (op. cit.: 70). Después de un estupendo almuerzo allí mismo, iba cada uno a su centro de trabajo: el periódico, el banco, el Congreso, la oficina, el estudio de abogados o alguna Junta u otra institución. En esos clubs, señala Capelo, se trataban como interés general los intereses particulares. Y es que en eso consiste, precisamente, la característica esencial del hombre-estómago: si bien era cuidadoso de la

33 Ver, por ejemplo, el perfil del político en *El conspirador*, de Mercedes Cabello (1892). En *Peregrinaciones de una paria*, de Flora Tristán, también hay un retrato sumamente crítico de la vida pública de entonces.

apariencia, supuestamente aristocrática, sus actos estaban rigurosamente medidos en función exclusiva del interés personal.

Al terminar el día, recibía en el salón a sus amigos, no sin antes saberse bien arreglado. La conversación era pulcra y mesurada, animada con inteligente ironía. El salón, escribe Capelo, era el escenario de una teatralización. Sólo en privado cada uno calculaba su provecho personal.

El salón era el espacio de la recreación de los principios fundamentales para la sociedad de notables, como la familia y el culto por la tradición. Un tono nostálgico se deja ver en más de una descripción de las veladas en las casonas (ver, por ejemplo, las memorias de Teresa Llona o Víctor Andrés Belaunde).

La vida social en los salones estaba marcada por la seriedad y el cobijo patriarcal, bajo el peso riguroso de las costumbres³⁴.

Y es que las casonas eran baluartes sociales. Al aura aristocrática de sus dueños solía acompañarle una cierta sensación de impermeabilidad y misterio en torno a esos espacios, refuerzos visuales a la autoridad³⁵:

«(Nuestra casona) hallábase colmada de misterio: el portón principal que se abría a la calle, más bien debió ser puerta de ciudad que portal de una simple morada» (Llona, 1962: 9).

Pero volvamos a Capelo. En primer lugar, el autor nos presenta el recorrido cotidiano de este personaje (caballero):

34 La sensación de tedio que podía producir en un(a) joven extraña a esos círculos, a comienzos del siglo XX, es descrito en *Cartas de una turista*, de Enrique Carrillo (ver capítulo VII).

35 Sobre esto, se puede ver la interesante descripción que hace Richard Sennett del Union Club de Nueva York. Un espacio que no está pensado para el contacto con la gente de la calle, sino para el distanciamiento. Un modo de afirmar la autoridad distinto al que inspiró las catedrales medievales, también espacio de un poder, pero abierto a todos (1990: 34).

calle/club/«centro de operaciones»/salón

En segundo lugar, llama la atención la desmesurada importancia dada a la apariencia. Resulta interesante revisar esta misma impresión en otros autores. Por ejemplo, la estética de las viviendas limeñas, para Sebastián Salazar Bondy, eran (y son) «escenográficas»: lo más importante, a veces lo único importante, es la fachada. Puede ocurrir que no tenga nada que ver con la armonía del resto de la casa. Sin embargo, todo ese gasto «excesivo» de tiempo en relaciones sociales, el cuidado minucioso de la apariencia del hogar y el consumo de lujo, aún por encima de los presupuestos individuales, no se debían a la simple frivolidad y «loca vanidad» de algunos sujetos. Los signos exteriores mostraban la jerarquía de los sujetos. El «consumo de prestigio» (Elías, 1982: 92) dentro de estamentos basados en criterios cortesanos, nobiliarios (o seudo nobiliarios), tenía como función asegurar la posición de las familias y brindar la oportunidad de nuevos ascensos en la jerarquía social. Así, el esplendor de las casas no dependían de la riqueza del propietario, sino del rango social al que pertenecía. Bajo ese criterio, se trataba de un deber el representar esa posición. Así lo señala el propio Capelo:

«El hombre del pueblo, sabe que debe de ir diariamente a trabajar a su taller; y el hombre acaudalado, sabe con igual claridad de percepción, que diariamente debe hacer los honores de su salón» (III, 264).

Quien no podía hacer esos honores, es decir, quien no podía mantener su *status*, probablemente era dejado de lado por el círculo de sus antiguos «pares». Obviamente, Lima no era una sociedad cortesana, pero *aparentaba* serlo. Únicamente faltaba el virrey.

Entre dos estamentos -hombre de pueblo/notables- existía la «clase media». Basicamente, se identificaban con los notables, pues se consideraban dentro de una distinción más abarcativa: la de la

«gente decente» (Parker. 1995: 165). Para ellos también contaba la presencia personal, por lo que se consideraban en la necesidad de gastar incluso por encima de sus posibilidades para mentener la imagen de «decencia».

«Existían tradiciones estrictas que definían una vivienda aceptable para la familia decente. Habían costumbres igualmente estrictas que definían los gustos y modales de un caballero o dama -la manera de vestirse, cómo movilizarse de una parte a otra, dónde comer, en qué divertirse-» (idem: 170).

Esta necesidad de mostrar *status* se hacía más rigurosa para los notables.

Volviendo a Capelo, el autor criticó las normas nobiliarias de la clase política, lo cual les permitía controlar para ellos y sus allegados los puestos claves dentro del Estado. A partir de la tradición aristotélica el político es el hombre-libre. Sabemos que esto no es, salvo excepciones, la definición más acertada del político de cualquier época, en cualquier lugar. Pero el caso de la oligarquía peruana se hacía particularmente patética, por sus hábitos exageradamente depredadores. Más que eso, por no haber podido dirigir un estado, sólo dominarlo (Bonilla). Es así que Capelo los define como hombres-estómago, simples egoístas, a pesar de lo que dicen las apariencias y los discursos³⁶.

2. EL PARTIDO CIVIL.

Felipe Pardo y Aliaga, el poeta y dramaturgo, atacaba con sus versos la situación política de su época: el militarismo, la farsa

36 El autor no se refiere abiertamente a todos los políticos. Habla de un tipo. Sin embargo, nos parece que Capelo no pensaba que fueran excepciones, sino el común de los hombres públicos.

electoral, la anarquía. Su posición política, sin embargo, no era precisamente democratista: su afinidad se inclinaba más bien por un gobierno absolutista, de la élite³⁷. Considerado por los civilistas como una suerte de precursor político y literario, su familia constituirá la «dinastía» misma del partido (dos presidentes, uno elegido para dos períodos, y otros familiares en diversos cargos).

En 1850, se creó el Club Progresista para la lucha electoral, compuesto de ciudadanos afines a ideas liberales (tal vez traducible mejor como «progresismo»). En 1871 fue fundada la Sociedad Independencia Electoral para apoyar la candidatura de Manuel Pardo (hijo del poeta), el primer presidente civil del país. Con su ascensión al poder, el partido Civil quedó institucionalizado.

El partido Civil representaba a aquella «casta» de propietarios urbanos y rurales -costeños y serranos- y exitosos comerciantes y profesionales locales. Significaba la alternativa al gobierno, frecuentemente azaroso, de los caudillos militares.

La vida política y social estaban superpuestas. Ser miembro de la élite oligárquica llevaba a frecuentar ciertos círculos, a comportarse de cierta manera y, por supuesto, a participar en la política de «caballeros», muy probablemente en las listas del partido Civil. Tal vez nadie mejor que Basadre explica este mundo cerrado de los notables civilistas:

«Perteneían (al partido civil) los grandes propietarios urbanos, los grandes hacendados productores de azúcar y algodón, los hombres de negocios prósperos, los abogados con los bufetes más famosos (...), los catedráticos, en suma, la mayor parte de la gente a la que le había ido bien en la vida. La clase dirigente se componía de caballeros de la ciudad, algunos de ellos vinculados al campo, algo así como la

37 El y Segura fueron los más reconocidos costumbristas de la época. Sin embargo, distintos en su manera de tratar lo popular: en Pardo la ironía se vuelve sátira mordaz, despectiva (Escobar, 1987).

criolla adaptación del *gentleman* inglés. Hacían vida intensa de club, residían en casas amuebladas con lujosos muebles del estilo imperio (...) Vivían en un mundo feliz integrado por matrimonios entre pequeños grupos familiares; los compañeros de juegos infantiles eran luego camaradas en el colegio y en la Universidad, las cátedras de ésta en (ciertas facultades) podían serles adjudicadas más o menos fácilmente» (Basadre, 1968: XI 123).

Esta cita da cuenta de dos espacios centrales en la vida política y social de los notables: los clubes y la Universidad (y previamente también los colegios). Sobre los primeros podemos decir que, más o menos, a lo largo del continente, tenían un carácter bastante cerrado, buscando conservar la «exclusividad» de la élite (Romero, 1976)³⁸. Tal vez una diferencia remarcable con respecto a algunos otros países, es el segundo aspecto: la manera cómo se van socializando desde niños en los mismos colegios de la capital, aprendiendo a frecuentarse mutuamente, de modo que se fue reproduciendo la élite a través de fuertes y múltiples lazos amicales. En cambio, en el México del siglo XIX, por ejemplo, los políticos nacionales se educaban no sólo en la capital sino también en otras ciudades. No había esa relación tan estrecha de

38 J.L. Romero escribe sobre los clubes en el continente: «El club cumplía diversas funciones. Allí se congregaban los tertulios para refugiarse en 'su círculo', donde todos se conocían; allí se comentaban las novedades económicas y políticas del día, fuera de las murmuraciones sociales; allí se establecían contactos y se iniciaban conversaciones informales que no hubiesen estado bien en los despachos oficiales (...); allí se comía y bebía entre amigos confiables(...); y allí se celebraban de vez en cuando las fiestas de más alto vuelo (...) La idea de constituir un 'círculo', un grupo cerrado en el más alto nivel de una sociedad abierta, caracterizó a las nuevas burguesías, quizá en un grado más obsesivo porque no eran, originaria y tradicionalmente, una clase constituida. Sin duda recurrían sus miembros al ejemplo del patriciado como un modelo de imitación, pero acentuaron el exclusivismo no sólo por cierta secreta sordidez que brotaba de sus proyectos económicos sino por la inseguridad personal de muchos de ellos, recién incorporados, trabajosamente, a los sectores altos de la sociedad» (1976: 286).

espacios compartidos desde los centros de instrucción (ver Escalante, 1992).

Pero volviendo a los clubes, la vida del partido Civil -el gobernante casi exclusivo entre 1899 y 1919- estaba ligada, de manera muy especial, al auge y la centralidad política del Club Nacional.

3. LOS CLUBES SOCIALES.

El club Nacional y el civilismo.

«No había en esa época espectáculos vespertinos que hicieran competencia al Club Nacional que ofrecía sus vestíbulos y salas para animadas charlas sobre temas sociales, literarios y aún políticos. Muchos socios consideraban como una elegante costumbre tomar té en el Club, para comentar con los amigos las noticias del día (...) Calificaba yo al Club Nacional como el primer y más animado encontradero de Lima. *Un buen limeño tenía que pertenecer desde joven al Club Nacional siguiendo la tradición familiar.* En una época la tendencia de la juventud era de ingresar al Club de la Unión, el Nacional era considerado el Club de los viejos y esto fué verdad en el siglo XIX, pero las cosas cambiaron en el siglo XX. Todo joven de éxito profesional buscó como natural centro de sociabilidad la Casa de Núñez.» (V.A. Belaunde, tomado de Osma³⁹).

El club Nacional, como dijimos, nació a mediados del siglo pasado. Fue el más cerrado y selectivo de los clubes. Su afiliación era el signo de distinción que buscaban todos los jóvenes «de éxito» en Lima. Obviamente, el ingreso resultaba «natural» para quienes eran hijos de socios.

39 Una versión similar aparece en las Memorias de Belaúnde, segundo tomo. El libro de Felipe de Osma no consigna fecha de impresión.

Los «24 amigos», como se denominaba al grupo encabezado por el presidente Candamo (1903-1904), el líder del civilismo desde 1878 hasta su muerte, estaba compuesto por miembros principales de dicho Club. Allí se reunían todos los viernes a debatir de política (Karno, 1970: 66).

Los que no eran considerados miembros de la aristocracia, debían emparentarse mediante alianzas matrimoniales. Así, por ejemplo, Augusto B. Leguía, presidente civilista en 1908 (y luego en 1919, pero ya como enemigo de su ex-partido), se emparentó con los Swayne, una familia cuyos bienes estaban a punto de perderse. Ese enlace le ayudó a ser considerado, finalmente, miembro de la élite. De hecho, fue uno de los «24».

De la relación Partido Civil/ Club Nacional se puede apreciar en las directivas de dicha institución, que constan en sus Memorias anuales. Antes de 1895, si bien las directivas estaban constituidas por miembros de la oligarquía, eran de orientación política variada, y no necesariamente personas que ocupaban los más altos cargos del partido Civil.

Es cuando ese partido asume plenamente el poder, dejando como socios menores a los demócratas de Piérola (entre 1901 y 1903), que la relación con el Club Nacional se hizo más estrecha. Así, en 1901, apareció como vice-presidente Augusto B. Leguía. En 1903, fue elegido por primera vez para conformar una directiva, como vice-presidente, José Pardo y Barreda, cargo que repitió al año siguiente. A partir de 1904, con este último en el Palacio de Pizarro, la relación ya se hizo estrecha: en 1905 fue presidente del Club su hermano Felipe, quien renunció meses más tarde para asumir el cargo de ministro del Perú en Estados Unidos. Lo reemplazó hasta 1909, acompañándole como secretario Luis Miró Quesada. Ese año se hizo cargo de la presidencia de la directiva Mariano I. Prado, miembro de otra de las familias de la élite civilista. Sin embargo, cuando el caudillo anti-civilista Guillermo Billighurst ganó en el Congreso la presidencia del país (1912), la siguiente directiva del Club Nacional ya no estaba acaparada por

esos líderes. Pero, aparentemente, el efecto de esa elección fue pronto asumido, y a mediados del año siguiente otro Pardo y Barreda volvería a ocupar la presidencia del Club. Los nombres de Manuel Prado y Ugarteche y Aspíllaga se suceden en ese cargo hasta 1919. A partir de 1920, con Leguía en el poder, esos apellidos dejan de acaparar los cargos directivos.

Entonces podemos decir, en primer lugar, que el Club Nacional estuvo directamente vinculado con el partido Civil; sin embargo, creemos que el compromiso de esa institución, por encima de todo, estaba con el poder oligárquico. Es decir, con el poder, con la élite social y económica del país. Por eso es que en los virajes políticos, aunque se flexibilizó su estrechísima relación con el partido gobernante, no cambió en ningún momento su criterio restrictivo. V.A. Belaunde corrobora estas afirmaciones:

«La mayor parte de sus miembros pertenecían al Partido Civil pero esta circunstancia no dió un matiz político al Club que conservó siempre un espíritu amplio y respetuoso para la opinión de todos teniendo en cuenta solo los motivos de socialidad y cultura» (Osma).

Al margen de si esa amplitud de criterios se cumplía o no (Belaunde como socio podía halagar las costumbres en su institución), lo importante es resaltar ese compromiso con el Partido Civil, pero por encima de todo con la integración de la élite social del país.

Nos pareció interesante revisar qué condiciones de inclusión se imponían a los ciudadanos para ser admitidos. Para ello, buscamos en sus Estatutos (1905). En el artículo 2º, se establecían como condiciones de aceptación para los socios el ser mayor edad, haber sido propuesto por un miembro del Club y pasar por una Junta Calificadora. Sin embargo, en el siguiente artículo se hace una excepción:

«Están *exceptuados de toda calificación* personal para ser aceptados como socios, los Jefes de Legación acreditados ante el Gobierno del Perú y sus Secretarios, quienes deberán solicitar su ingreso por escrito» (1905: 3). [La cursiva es nuestra].

Una interesante diferencia con respecto a clubes socialmente cerrados en países como Inglaterra: si el criterio era la aristocracia o el dinero, no había razón para no evaluar sin más a ciertos extranjeros. Sin embargo, hay que anotar que esta facilidad para ingresar al club por parte de diplomáticos se condicionó en los *Estatutos* de 1913. En ellos se estableció que, previa calificación, podían ser considerados socios transeúntes por todo el tiempo que durara su misión. Aún así, existe una prerrogativa de los diplomáticos con respecto a otros no residentes en Lima (por ejemplo, peruanos de provincias), quienes sólo podían ser socios transeúntes por un mes al año. En el artículo 19° se contempla hacer excepciones por una sola vez, previa calificación, renovando la tarjeta de socio hasta por seis meses. En el artículo 20° se establece que «los miembros del Cuerpo Diplomático quedan exceptuados de los artículos 18° y 19°, pudiendo ser socios por el tiempo que dure su misión en el país» (op. cit.: 8).

Como dijimos al comienzo de este capítulo, no es nuestra intención hacer una valoración de los espacios exclusivos. Lo que nos interesa son sus criterios de selección. Sobre esto último, hicimos una evaluación de las directivas del Club durante todo el período⁴⁰. Si tomamos los presidentes elegidos, encontramos que casi todos eran de origen limeño. Es decir, sólo cuatro no limeños accedieron al máximo cargo. De estos, únicamente uno pertenecía al interior del país (Manuel Gálvez), aunque su educación la realizara íntegramente en la capital. Los otros tres habían nacido en puertos: Callao y Pisco. Hijos de padre o padre y madre extranjeros -como en el caso de Antero Aspíllaga con un padre chileno de pasado in-

40 Ver *Reseña histórica del Club Nacional*, de Felipe de Osma.

cierto y humilde- rápidamente fueron aceptados por la sociedad limeña y ocuparon el más alto cargo en su club más elitista⁴¹. ¿Cuál es entonces el criterio de exclusión? No puede ser la «aristocracia». Queda entonces el dinero. Sin embargo, los indicios nos indican que no era sólo ello: terratenientes con rentas respetables existían en el interior del país. Coincidiendo con lo que ocurre en otras sociedades post-coloniales, en el Perú se invierte el criterio de exclusión «común», según el cual se excluye o se ve con recelo al de afuera, al forastero. Aquí la exclusión tiende a ser al sujeto del interior; de modos variables, se le excluye o discrimina en la medida que se le reconozcan sus «raíces intranacionales». Lo deseable a incluir es lo externo, entendido como lo proveniente de las metrópolis o sociedades más desarrolladas,⁴² por tanto, portador de progreso. El carácter fuertemente restrictivo de las élites se vuelve relativo: lo eran sólo hacia dentro.

Exclusión: dentro

Inclusión: fuera ⁴³

Lógicamente, el criterio económico no es menos importante. En los Estatutos del Club Nacional se da cuenta de la cuota de ins-

41 Los otros no limeños hijos de extranjeros que ocuparon la presidencia del club fueron Luis Bryce y Pedro Gallagher. Otro presidente, limeño y de padre extranjero (argentino), fue Domingo Olavegoya.

42 Resultan interesantes los comentarios de Radiguet acerca de la facilidad que tenían los extranjeros para ser aceptados en los salones de sociedad limeños. Contrariamente a la idea de celo y rigor de selección sin más, Radiguet (1971) dice que «nada más simple y fácil que la introducción de un extranjero, cualquiera puede presentarlo, casi sin previa autorización(...)» (44).

43 Por supuesto, nos referimos a una tendencia, la cual varía según los casos nacionales. En México, por ejemplo, dentro de los criterios de exclusividad parece que lo «nativo» podía superarse con el éxito económico y una ubicación estratégica en la sociedad (sino por la vía militar). Ver, por ejemplo, el caso de Leopoldo Gómez, hijo de una indígena, quien, luego de amasar una considerable fortuna, logró ser aceptado en el exclusivo Jockey Club de México (1906) (Adler Lomnitz/Pérez Lizaur, 1978).

cripción. Como es de suponer, era suficientemente alta como para constituir otra prueba de selección. Más aún si tenemos en cuenta que el socio debía tener la solvencia suficiente como para efectuar ese pago en los 15 días siguientes; de no hacerlo, quedaba sin efecto su aceptación.

Pero el filtro más importante lo constituía la Junta Calificadora. Integrada por 22 socios, la antigüedad de éstos en el Club no podía ser menor a 10 años consecutivos. Para rechazar a un candidato bastaban 2 «no» de 5 a 8 votos, y 3 en un quorum de 9 a doce⁴⁴. En este último caso, no había posibilidad de reconsideración. Sólo en la primera situación se podía volver a solicitar el ingreso, pero de resultar nuevamente rechazado no tenía otra oportunidad. Más aún, tanto éstos como los socios expulsados no podían siquiera pisar el local del Club. Así lo señala el artículo 74°:

«Los expulsados, los que hayan sido presentados y no aceptados como socios ó transeuntes en la calificación, los separados por falta de pago y los que no hubiesen pagado su inscripción no podrán en ningún tiempo ni por ningún motivo penetrar al local del Club» (1905: 19). [La cursiva es nuestra]

Una manera de reafirmar la situación de «no deseados» a aquéllos que «pretendieron» ser miembros y no fueron calificados como «merecedores».

Revisando los nombres de los miembros de la Junta Calificadora, en las *Memorias* de diversos años, vemos que también allí existían importantes miembros del partido Civil. Teniendo en cuenta que sólo bastaba 2 ó 3 votos, depediendo del *quórum*, no es difícil pensar que era fácil establecer cierto filtro político.

44 Esta es la calificación exigida en los *Estatutos* de 1905. En los de 1913 se rechazaba con «dos boletas negras en quorum de doce u ocho y tres en quorum de diez y seis» (25).

Así, tenemos que Piérola y Billinghurst sólo fueron aceptados en el Club en 1895, es decir, cuando el primero asumió el gobierno del país, teniendo como vice-presidente al segundo.

Resumiendo. La relación entre el Club Nacional y el Civilismo era estrecha. Sin embargo, la relación no parece tan clara ni antes de 1900 ni en la directiva de 1912: parece que dicho Club supo acomodarse al poder de turno, sin claudicar en su principio de exclusivismo social. Este acomodamiento, que también veremos en los capituleros -los intermediarios de «abajo»-, nos da cuenta de algo fundamental: el funcionamiento de un sistema político al margen de las ideologías proclamadas por las partes.

Sin embargo, esta selección de socios se volvía más laxa tratándose de extranjeros. Este era el caso de los miembros del cuerpo diplomático acreditado en Lima y los nuevos inmigrantes con fortuna ascendente, para quienes les resultaba más fácil que a los locales no pertenecientes al círculo oligárquico realizar enlaces matrimoniales dentro de la vieja «aristocracia», condición previa de ingreso al Club Nacional. Esto confirmaría la hipótesis señalada en el capítulo 1: el ansia de «modernización» de las clases dominantes estaba identificado con su anhelo de acercamiento a lo extranjero (obviamente europeo y norteamericano, no oriental) y distanciamiento con los sectores populares, «pre-modernos». La distancia del Club Nacional no era física, pues estaba ubicado en pleno centro de Lima, lugar cada vez más copado por las clases medias y populares; se trataba de una distancia simbólica. La rigurosa selección trataba de guardarse de ese exterior cada vez más ajeno a su clase social.

Competencia y convivencia interelitaria.

Los partidos opositores.

Existían otros partidos. El demócrata era en realidad su caudillo y fundador, Nicolás de Piérola. No se puede afirmar que fuera

una alternativa política, en términos de programa y menos en sentido ideológico, con respecto al partido Civil. El propio *Califa* (Piérola) reconocería ante el Comité central del partido Demócrata (1898): «será difícil señalar diferencia de principios entre el partido civil y el demócrata» (González Prada, 1938: 208). Pero, si en la coyuntura de 1895 el partido demócrata pudo acaso resultarle a algunos prescindible, no así su caudillo. Para derrotar al segundo militarismo que controló el poder desde el fin de la guerra del Pacífico, los partidos, incluyendo el civilista, se juntaron en torno a su liderazgo, el único dentro de la élite política capaz de arrastrar al pueblo a esta causa. Presidente entre 1895 y 1899, fue considerado el modernizador de su época, además de conservar gran popularidad. Sin embargo, el partido Civil, su aliado principal en el poder, logró ir copando espacios -como hemos dicho, era un partido más consistente que los demás-, hasta desplazar a los demócratas, no sin el consentimiento del propio Piérola y a expensas de su sucesor demócrata, Billinghamst. Estos últimos tuvieron ínfima representación en los Congresos siguientes. En 1912, el mismo Billinghamst, quien había renunciado a su partido, se convirtió en el nuevo caudillo rival del civilismo (ver cap. 4). En esa ocasión logró la presidencia con minoría parlamentaria, pero sus medidas populistas fueron demasiado para la oligarquía y los militares, quienes planearon el golpe que lo alejara del poder en 1914. Falleció al año siguiente. En resumen, más que un partido, dos caudillos y seguidores. A tal punto que, cuando el partido Demócrata fue convocado a la Convención de partidos de 1915, su representante contestó que no podían asistir, puesto que con el fallecimiento de Piérola el partido había dejado de existir⁴⁵. El problema no fue propiamente el caudillismo, sino la incapacidad de crear una organización que lo sobreviviera.

45 En realidad, el partido Demócrata existió hasta el final de la República de Notables.

El partido Constitucional en varias ocasiones fue el socio menor del partido Civil en el Congreso. El liberal, menos significativo aún, dio cierta pelea a los gobiernos civilistas, aunque nunca logró inquietar por sí solo. Salvo en 1908, cuando Augusto Durand, líder de los liberales, intentó una revuelta que fue rápidamente controlada.

Estos partidos contenían grupos tal vez un poco más heterogéneos: el Constitucional con militares, el liberal y demócrata, con más profesionales y provincianos no pertenecientes a la oligarquía costeña. Pero la dirigencia de cada uno de esos partidos también pertenecía, a fin de cuentas, al grupo de los notables: grandes y medianos propietarios urbanos y rurales, profesionales de éxito, comerciantes y financistas principales.

Clubes y salones de tertulia: el Club de la Unión.

Dentro de esta élite (de civilistas y opositores) existía una cierta competencia. Pero compartían también espacios comunes: los salones y la mayoría de los clubes eran los lugares donde la élite podía reunirse, al margen de sus posiciones políticas. Lejos de costumbres más partidarias, como en Inglaterra, donde los salones o clubes se partidarizaban, y se separaban los espacios burgueses de los nobles, en Lima y en otras ciudades de América Latina la nueva burguesía buscaba «mimetizarse» con las costumbres aristocráticas de los viejos notables, y las posiciones políticas -basados en principios poco arraigados- no eran antepuestas a los vínculos sociales. Son excepciones sociedades como la chilena, donde había ya una cierta partidarización de los socios de acuerdo a los clubes. Por eso, si bien el Club de la Unión de Santiago era el espacio de la plutocracia en general, el Nacional se convirtió en el reducto del partido conservador (luego Nacional), y la masonería lo fue del partido liberal.

Como hemos dicho, tal vez el único club en el Perú afín a un partido fue el Nacional. Pero creemos más bien que su compromi-

so fue ante todo con el orden de la plutocracia socialmente encumbrada.

Por otro lado, es significativo que los espacios privilegiados de reunión -al menos los más considerados- siguieron siendo los salones de esas familias llamadas «aristocráticas». Los otros, clase media, profesionales, simplemente eran huéspedes, no anfitriones. Guardar la casi exclusividad del espacio no es poco relevante: de este modo se conservan los criterios de inclusión, la decisión en última instancia de quiénes debían ingresar a «la sociedad» y quiénes no. Los nuevos podían ingresar, siempre y cuando compartieran el «espíritu de clase».

El Club de la Unión fue uno de esos espacios comunes de la oligarquía, al margen de posiciones políticas. Prueba de ello estuvo en la heterogeneidad política de sus directivos: Ramón Aspíllaga (hermano del candidato civilista a la presidencia del país en 1912 y 1919), Pedro Muñiz (candidato constitucional a la presidencia en 1914) y Rafael Grau (también constitucional). Además, también llegó a dirigir el Club un extranjero de primera generación, Manuel Letona. En sus salones y pasillos se hablaba de política, pero «meduradamente». A principios de siglo:

«Hubo de aclarar el sentido apolítico del Club y se pidió a los socios que se abstuvieran de dichas actividades en el local, cumpliendo normas estatutarias y para evitar comentarios antojadizos en el público (...)

(Martínez, 1965: 32).

Los eventos sociales eran seguidos por los espectadores, la gente de la calle. El Club de la Unión, como otros, se ubicaban en el centro mismo, en este caso, en la Plaza de Armas. Centro en el que se mezclaban casonas señoriales junto a quintas y cantinas, todo en una misma calle. Era inevitable el encuentro. Al principio, sirvió como espectáculo relacionante, de modo vertical, entre la clase dirigente y el pueblo. Sin hablarse, unos observaban con ad-

miración a los otros. Por ejemplo, el gran baile conmemorativo de dicho Club (1893):

«Constituyó un gran acontecimiento público que congregó a centenares de curiosos que espectaban desde la Plaza de Armas, las gradas de la Catedral y las veredas de la calle Bodegones, lo que ocurría en el Club, desde horas antes de que se iniciara la llegada de los carruajes de los invitados hasta el amanecer del siguiente día. Fueron días inolvidables para los concurrentes a la gran fiesta social como para el público que seguía a través de los cristales de los dilatados balcones del Club» (op. cit.: 29).

Inolvidable, tal vez no tanto. Habría también envidia y recelo. Con el tiempo, esta actitud admirativa y acritica, del que la oligarquía se sentía tan segura, fue cambiando. Los espacios generales adquirieron más relevancia y algunos restringidos tuvieron que abrirse ante la presión social. Sobre todo, de parte de los nuevos ricos: aquella parte de la élite que en un principio fue considerada advenediza. Si bien el Club de la Unión tuvo socios del mayor prestigio social, como el general Canevaro, poco a poco la plutocracia y clase media acomodada fue siendo admitida en este club. No sorprendió, pues, que para la coyuntura de 1919 se convirtiera en un baluarte leguista, es decir, anti-civilista. Carlos Miró Quesada (no precisamente proleguista) apunta al respecto:

«(En 1919) el Club Nacional, seguía siendo aristocrático, severo reducto de las familias antiguas⁴⁶; el Club de la Unión, donde la fortuna personal de sus socios no era pujante, donde *la mesocracia había logrado infiltrarse*, se convirtió en cír-

46 Como hemos dicho, ni todas las familias antiguas estaban en el Club Nacional, ni todos los del Club Nacional (ni siquiera la mayoría) tenían apellidos de origen colonial.

culo leguista. Como nunca pueden faltar los penates, tenía como su figura más visible al General César Canevaro, de opulenta familia, ostentador de títulos nobiliarios y de hazañas militares, pero que sirvió para cubrir con sus pergaminos y medallas, las inquietudes nacientes de las clases sociales que se sentían postergadas y abandonadas. Y así como Leguía fue en la política el gonfalonero de las ideas nuevas, en el Club de la Unión de la Plaza de Armas, Canevaro representó a una clase a la que no pertenecía» (1959: 109-10). [La cursiva es nuestra]

Es interesante el hecho de que Miró Quesada considere el ingreso de nuevos socios como «infiltración». En realidad, para los notables más encumbrados, el que un centro exclusivo se abriese hacia sectores ciertamente con no pocos ingresos, pero sin pertenecer a las más altas esferas de la economía, ajenos a sus círculos sociales, era un acto teñido casi de ilegalidad, de agresión a un espacio ajeno. En todo caso, algo impropio. Curiosamente, esta descalificación parece más fuerte en familias recién llegadas y encumbradas en la sociedad limeña en el siglo XIX. Igual actitud tomaría el propio Antero Aspíllaga, quien arribara al Callao sin su padre, en brazos de su madre, y con un aura de misterio sobre su origen. El mismo, ya rico y notable, trataría de descalificar a un político para asumir un cargo, bajo aquellos criterios. Y sería *El Comercio* el que, en su momento, le llamaría la atención sobre esa actitud contradictoria.

Vemos, de este modo, que un centro aún exclusivo puede abrirse ante la presión de otros sectores sociales, con lo que sus prácticas al interior y exterior cambian también, teniendo en este caso repercusiones políticas. Esta apertura desvinculó al Club de la Unión de su compromiso fuertemente exclusivista, de acuerdo a las reglas de juego de la oligarquía, dejando de ocupar la función que jugaba dentro de la República de notables.

4. SAN MARCOS.

La Universidad de San Marcos tenía un enorme prestigio en esa época. Eventos como la apertura de cursos llevaba a los más altos funcionarios del gobierno, incluyendo al presidente, a la Casona de San Marcos.

«Ser miembro de la directiva del partido civil significaba pertenecer a un grupo social que entre otros privilegios contaba con la posibilidad de ser catedrático de San Marcos.» (Cueto, 1982: 48)

Era un centro articulado con el poder. Los catedráticos, vinculados política y/o familiarmente, no eran, salvo importantes excepciones, intelectuales. Durante el último gobierno civilista del presidente Pardo (1915-1919), el nepotismo se hizo aún más evidente. Sólo a partir de tres de las familias más importantes del partido, tenemos: en la familia Miró Quesada, a Antonio, 1 cátedra; Luis, 2 cátedras; Aurelio, 1; Oscar, catedrático adjunto. En la familia Prado, Manuel, 1; Mariano Prado, 2; Javier Prado, 2; Mariano Sosa, cuñado de Prado, 1; Belisario Sosa, hermano del anterior, 1. Además, Felipe Barreda y Laos, primo del presidente, 1; Horacio Urteaga, secretario de Javier Prado, 3; Juan Bautista de Lavalle, pariente de Pardo, 2; etc. (Sánchez, 1934: 1974). De todos ellos, habría que exceptuar de las consideraciones anteriores a Javier Prado, quien fue uno de los intelectuales más importantes de la época. Pero, por lo demás, intelectualidad y cátedra no solían juntarse⁴⁷.

Además de los mencionados, estaban los otros miembros del

47 Menos aún estudiantado e intelectualidad. Joaquín Capelo, crítico acérrimo del sistema de enseñanza impartido en las Universidades, lo denunciaba como incapaz de crear profesionales hábiles y eficientes, así como intelectuales sagaces en la interpretación de su realidad. Ver, por ejemplo, la parte de *Sociología de Lima* dedicada a la enseñanza; también en su novela *Los menguados* deja filtrar esa misma crítica.

Civilismo que también ocupaban cátedras. Muchos de los citados, paralelamente, tenían diputaciones o senadurías.

Como puede suponerse, el rector era un cargo no sólo académico sino político. Cuando José Pardo fue convocado por el partido civilista para postular de nuevo en 1914, él se encontraba en Europa. A las pocas semanas de regresar al país, fue elegido rector, como cargo previo a su reincorporación política, a pesar de que sólo había enseñado una cátedra, algunos años atrás. Más aún, si hacemos caso a González Prada, fue apenas un estudiante mediocre, recibido como bachiller y luego de doctor con «dos tesis de una insuficiencia desesperante» (1938: 284).

Sin embargo, a finales de la república de notables el control se les fue escapando. Para entender mejor el comportamiento del estudiantado, resulta más adecuado distinguir al menos dos etapas de la universidad:

1. En la primera década del siglo los universitarios estaban compuestos por limeños de clase alta, e hijos de profesionales, sobre todo. De los provincianos, la gran mayoría eran de familias pudientes. Había un equilibrio entre capitalinos y provincianos (aunque no en todos los años), tanto entre los profesores como entre los estudiantes.

2. A partir de la segunda década, la «segunda oleada» de estudiantes del interior estuvo compuesta sobretudo por jóvenes de clase media, quienes se sintieron relegados en la universidad. Para 1919, los estudiantes provincianos triplicaban a los limeños, como se puede ver en el siguiente cuadro:

Estudiantes de San Marcos

AÑO	LIMEÑOS	PROVINC.
1901	127	140
1905	76	139
1910	83	147
1915	127	235
1917	63	122
1919	65	134

(Fuente: Cueto, 1982)

Para V.A. Belaunde (1967: 291), los valores que predominaron en San Marcos, durante la primera década del siglo, fueron la disciplina, el respeto y la dedicación. El estudiante debía dedicarse exclusivamente al estudio y obedecer a la autoridad. En esta universidad como en el resto de las universidades del país. Acaso en estas últimas con relaciones más verticales, autoritarias e incuestionables. Por ejemplo, Tamayo Herrera cuenta un hecho ocurrido en Cusco, en el año de 1909:

«El Consejo Universitario se reunía en la mañana del 7 de mayo (...) El presidente de la Asociación Universitaria *pidió la palabra. Fue un hecho inusitado*, nunca un alumno se había atrevido a tal cosa. El Rector dijo que no llamándolo al orden» (1978: 128) [El subrayado es nuestro] [La cursiva es nuestra]

Orden, obediencia, silencio: reglas que empezaron a quebrantarse, a medida que el inconformismo de las clases medias asaltó a las universidades.

Sin embargo, antes de que este sector irrumpiera en los años 10, en San Marcos la situación de estabilidad y afinidad al gobier-

no ya se estaba trastocando desde los finales de la primera década, en un impulso dado sobre todo por los jóvenes más ilustrados de la oligarquía. El Centro de Estudiantes de San Marcos fue fundado en 1908. Tres años más tarde, José de la Riva Agüero escribe un artículo contra el gobierno en el diario *El Comercio*. Fue arrestado por unas horas, lo que motivó la primera movilización importante del estudiantado en este siglo. Al final lograron la liberación de Riva Agüero, quien como buen notable se fue a celebrar al Club Nacional.

En 1915 tuvo lugar la primera huelga universitaria por motivos académicos por la destitución de un profesor y contra la farsa de los concursos para ocupar las cátedras. Si bien no tuvieron éxito, creó un importante precedente. Al año siguiente los estudiantes marcharon por las calles y se entrevistaron con el presidente, con el fin de expulsar a otro profesor. Al final, este renunció voluntariamente. El hecho de ir hasta Palacio de Gobierno para un asunto académico refiere la relación tan estrecha entre gobierno y universidad.

A partir de entonces, se va abriendo un espacio público, autonomizándose cada vez más de las decisiones de la oligarquía. Vino la reforma del 19 y la colaboración de los estudiantes con las huelgas obreras (que tratamos al final del libro).

Como **hipótesis** parciales veamos algunos planteamientos. Si bien existía competencia interelitaria, aunque escasa, había espacios donde los notables (vieja y nueva burguesía, hacendados, industriales, financistas y profesionales exitosos) se reunían como tales, al margen de las diferencias. En este sentido, el Club de la Unión y los salones de sociedad fueron los más heterogéneos, lo cual no implicaba libre entrada: las condiciones seguían marcadas por los criterios exclusivistas dictaminados por la oligarquía.

Lo dicho no significaba que no existieran los espacios de poder, articulados con el partido Civil de manera estrecha. Estos conformaban lo que hemos denominado la red del poder, en la que el Club Nacional y la Universidad de San Marcos constituyeron es-

pacios donde, de modo distinto, diversas prácticas sociales legitimaban ese estado de cosas. Mientras el Club de la Unión fue permitiendo una mayor heterogeneidad a su interior, la cual terminó relajando los criterios mismos de inclusión, el Club Nacional se mantuvo cerrado, de modo que los socios pudieron mantener su orgullo de élite, de exhibirse ante las mayorías como los socialmente «selectos».

San Marcos sirvió para la legitimación intelectual de los «padres de la Patria». En un país con una mayoría no hablante del español, o analfabeta, ese modo de legitimación a través de la «cultura», resultaba una vía exclusivista. Un modo, en ese momento, eficaz para la élite civilista. Y una vía también por la cual los jóvenes notables presentaban sus cualidades académicas como boleto para entrar a la vida pública. Una vía casi clandestina, normalmente cerrada al resto de la población. Tal es el sentido de la metáfora de Capelo, la Academia Nirvana, en su novela *Los Menguados*. Allí se reunían en estricto secreto los «elegidos», gente acomodada y compañeros del héroe que ya eran profesores de la Universidad; allí la retórica de la academia servía para la consagración de los nuevos y viejos líderes políticos ante una asamblea autocomplaciente.

Como hemos visto, la apertura de San Marcos a la migración de la clase media provinciana, cuestionaría primero y rompería después ese eslabón de la red del poder.

El Club de la Unión, como ya hemos señalado, al pretender ser el espacio abierto a los notables, sufrió la «filtración» de nuevos sectores emergentes, socavando este espacio exclusivo para la oligarquía.

La permeabilidad de esos espacios (y otros de menor envergadura) dejó un vacío importante en las esferas altas; al abrirse fue desmitificando esos discursos y prácticas que desde adentro se lanzaban al exterior para justificar a sus miembros como élite social y culturalmente distinta y superior a las mayorías.

**El rumor de los callejones:
Relaciones horizontales de socialidad
y los primeros intermediarios**

En los barrios o calles populares, en los callejones, una socialidad diferente tenía lugar. Allí, la «gente común» vivía una vida distinta -pero no desvinculada- de ese otro mundo constituido por los notables.

1. LA SOCIALIDAD DEL CALLEJON

Cuando nombramos el entorno del vecindario, hacemos el corte de referirnos al de los barrios populares. Ello no deja de tener su justificación. Para F. Zweig (Keller, 1979: 57) la intensidad de contactos entre vecinos se puede graduar de la siguiente manera: 1. aldeas; 2. barrios obreros establecidos con anterioridad; 3. grupos nuevos de vecinos; 4. barrios residenciales de propietarios. Es decir, salvo el caso de la relación dentro de aldeas, o poblados, en las ciudades es en los barrios de obreros (y en general, populares) donde la comunicación vecinal suele ser más significativa. Ello explica lo que se había mencionado en el capítulo I: en esos barrios pobres se dan diversas expresiones culturales, compartidas de manera colectiva. La calle, entonces, adquiere una dimensión más comunicativa.

Según Cooley, el vecindario es el *lugar primario de relación interpersonal* «[donde se da] su debido valor al énfasis colectivo y

a las necesidades locales, ejerciéndose una influencia recíproca que repercute en un mejor alineamiento mutuo» (Keller: 58).

En espacios preurbanos (1) y los obreros y populares (2) las relaciones de vecinos comprenden una tupida red de interrelaciones. Los vecinos pueden ser también compañeros de trabajo, compartir los momentos de diversión en la chichería o en el fútbol, ser incluso compadres.

En cambio en las ciudades modernas en general, y en los barrios residenciales en particular, las relaciones se encuentran más segmentadas. Apuntaríamos estas diferencias para distinguir cualitativamente los barrios o sectores barriales pobres de aquellos de los notables en la Lima del 900⁴⁸.

El espacio vecinal de aquellos barrios era donde se daba esa compleja red de relaciones sociales, relaciones que no sólo se enlazaban para «mejorar colectivamente». La cercanía vecinal puede ser también el espacio socialmente más despótico de control, como veremos enseguida.

Comunicación «cara a cara» y coerción: dos aspectos complementarios de la relación vecinal.

Infierno chico...

El vecindario como una «construcción del demonio» (Sennett, 1990: 27) se explica por esa vida peculiar que les toca a vivir a los vecinos pobres. No son sólo el hacinamiento y las carencias materiales los que, en cierto sentido, hacen del vecindario un «infierno chico». Es también el escudriñamiento de la vida privada, el hecho que el callejón termina siendo «como una ciudad en su interior» (Sennett: op. cit.). Las acciones personales se encuentran más accesibles a los demás: el callejón es una suerte de calle privada, o

48 Como dijimos en el capítulo 1, no siempre existía una clara diferenciación espacial de los grupos sociales. En buena parte del Centro era frecuente la convivencia en las mismas calles.

casa pública, como quiera verse. La curiosidad se vuelve un acoso constante, un modo social de vigilancia.

«La curiosidad es uno de los grandes defectos con que tropezamos para conservar la paz entre los que habitan la misma casa en calidad de vecinos. Al penetrar en una casa de vecindad, lo primero que se nota en cada mampara que dá al exterior es un agujerito raspado en el vidrio. Por allí lo ven todo, y apenas sienten pasos ó ladridos de los perritos corren al observatorio á ver lo que ocurre (...) Todos averiguan á que hora salió usted y á que hora regresó; á donde fue; qué hizo; con quién habló; si tuvo para la plaza ó se mordió los codos, y una vez enterados de ello, lo comentan á sus anchas, sin reparar en las consecuencias, que, frecuentemente, causan la deshonra de la familia» (Portal, 1919: 24).

El agujerito raspado en el vidrio es el recurso y símbolo del espionaje en el callejón. Constantemente, los secretos más pudorosos -que para un pobre que no se resigna a serlo suele tener que ver con la propia pobreza- pueden ser develados por esos ojos que espían agazapados, pudiendo conllevarle la deshonra.

El joven Mariátegui, cronista de la vida cotidiana de la Lima de entonces, publicó en La Prensa *El crimen de anoche*, una crónica de 1915 (1991: v.2). Se trata de una historia de celos ocurrida en la calle Matamoros, la cual acaba trágicamente, con la muerte del amante engañado y la novia infiel. En estos hechos, como veremos, los ojos del vecindario están siempre presentes, espionando en la oscuridad.

La historia comenzaba dos años antes de los hechos, cuando la señora Elvira viuda de Vargas y su hija Julia se mudan al vecindario.

«Las nuevas vecinas se conquistaron la simpatía y amistad de las antiguas, al poco tiempo. De carácter bondadoso, apacibles y honestas, supieron con esas cualidades atraerse la esti-

mación de la vecindad. En la casa todas las respetaban y querían y con todas conservan amistosas relaciones»

Había que conquistarse la simpatía y amistad de las «antiguas», es decir, de las que vivían allí con bastante anterioridad. Era importante mantener buenas relaciones con los vecinos-amigos, con quienes sólo les separaba, entre cuarto y cuarto, a veces entre cama y cama, un delgado muro que solía dejar pasar los más íntimos secretos. No se trataba de vecinos de calle, sino, como resalta el cronista, de *vecinos de casa*, convivientes más próximos, ineludibles.

Siguiendo con la historia, Julia pronto entró en «amores» con el nieto de la señora del principal.

«Los jóvenes se veían a hurtadillas, aprovechando los descuidos de las madres, que llevaban consigo las escapadas furtivas de la joven a la puerta de la calle.»

El amor a hurtadillas no es asunto raro para la época, debido a fuerte control social imperante, al «cuidado» del honor femenino, en suma, a la idea de decencia que prescribía el disciplinamiento público y privado de los sentimientos. Pero hay un lugar donde pueden verse los amantes: no es la casa de alguno de ellos -donde las madres pueden descubrirlos y, paradójicamente, están más expuestos al espionaje de los vecinos- sino la calle a oscuras, para ellos el espacio del no (o menor) control.

El vecindario, señala Mariátegui -o más bien *Juan Croniqueur*- pronto se enteró de los amoríos y se complacieron en «favorecerlos». No hace falta mucha imaginación para imaginarnos el chismorreo en el lavadero y el siguiente silencio y las miraditas furtivas cuando alguna de las madres se acercara a ellas.

El «vigoroso espionaje» pudo ser burlado en varias ocasiones. Sus entrevistas, cuenta una vecina «que gustaba espíarlos» eran tiernos... Espionaje, espía, son sentidos que aparecen constantes en el relato.

Pues bien, resulta que la madre de Julia logra, finalmente, convencerla de romper con ese noviazgo inconveniente. Julia, sin embargo, ya sea por temor a la reacción del novio o por que no se decidía del todo a dejarlo, no terminó con él pero empezó a salir también con otro pretendiente. El primer novio pronto se dio cuenta del engaño. Y aparece entonces otro espionaje: la de aquél hacia Julia. Sin declarar públicamente su indignación, sigue con un «plan de espionaje» que sólo culmina con su venganza definitiva y su propia muerte.

¿Un amor similar, expresado sin ocultamientos ni espionajes, hubiera llevado a un mismo fin? Es el amor trágico en el infierno chico, donde el orgullo es fuerte, pero es difícil mantenerlo en pie.

Esta historia nos muestra pues, la difícil convivencia en espacios tan particulares como el vecindario y el callejón, de privacidad limitada. Donde las acciones de los individuos pueden ser fácilmente controladas por los vecinos, incluso el curso de sus propios sentimientos.

...Jarana grande

Pero esa cercanía genera también mayores lazos sociales, compromisos afectivos más intensos fuera del estricto ámbito familiar. Las puertas cerradas de los cuartos, necesarias para preservar esa intimidad tan amenazada, no anulaba la socialidad sino que la transfería fuera de ella. Luis Tejada describe los encuentros en los callejones de Malambo de la siguiente manera:

«Al entrar a los callejones uno se da cuenta que las puertas están cerradas (...) la gente sale a la calle y se estaciona en la puerta del callejón o en las esquinas. Formando pequeños grupos entre dos y siete personas, los malambinos se cuentan chismes, bailan, cantan y enamoran a las mujeres.» (1995: 156)

Pero era el corredor del callejón, también espacio cotidiano del chisme -por ejemplo, a la hora del lavado, en torno al caño de

agua-, el lugar privilegiado de las reuniones para celebrar los cumpleaños de los vecinos o la fiesta del santo patrón.

Un vínculo fundamental, sobre todo a nivel popular, era (y es todavía) el de compadrazgo. En estos espacios tan estrechos y masivos, esta suerte de amistad-hermandad se manifestaba en toda su complejidad.

Compadre es un término más o menos comprensible en todos los medios sociales (La connotación, el alcance semántico es el que varía de acuerdo a los contextos)⁴⁹. Se trata de una relación común extendida desde las sociedades mediterráneas. Según Hobsbawn, es «una forma artificial de parentesco que implicaba para las partes contratantes obligaciones de mutua ayuda de la mayor importancia y solemnidad» (1968: 54). Como diríamos en el Perú, un «hermano del alma.»

En la Lima del 900, el sentido del compadre estaba vinculado a los valores populares de dignidad en la pobreza, de apoyo solidario entre iguales.

Los compadres eran (y son), en primer lugar, amigos de jarana. No los unía sobre todo el trabajo o las obligaciones familiares, sino el compartir el tiempo libre, en especial la juega. Y cuando hablamos de jarana en Lima, hablamos de jarana criolla. La fiesta, entonces, cumplía una función integradora. Y las «escapadas» llevaban a los compadres a otros espacios, a vincularse con otras personas, nuevos compadres, amigos o simplemente «conocidos».

El criollismo, como expresión de las virtudes de la mayoría urbana, ensalzó el vínculo de compadres, haciendo de ello un ele-

49 No obstante, no es utilizado por todos. En el siglo XIX el término compadre podría haber estado más extendido en la sociedad, al menos esto se podría deducir de las memorias de viaje de Pradier-Fodéré (1897), quien cita un «poema al compadre», en el que una comadre da cuenta del regalo de un esclavo negro. Es decir, no se trata de un compadrazgo entre pobres. En cambio, en la época que estudiamos no hemos hallado referencias del trato de «compadres» entre los notables.

mento indispensable del ser criollo. No había jaranero sin compadre.

Podemos encontrar diversas aproximaciones acerca de lo que fue el compadre criollo, acaso todas incompletas, pues, como todo *espíritu* es «inasible», y tiene expresiones en las más variadas esferas de la vida social de una comunidad.

Por eso hemos optado por seguir el camino del relato, a través de una novela costumbrista con cierto tono pantagruélico: *El gran doctor Copaiba, protomédico de la Lima jaranera*. Nos hemos servido de esta novela de Carrera Vergara, prácticamente olvidada por los analistas sociales e incluso literarios, como pie a nuestras reflexiones sobre el criollismo. Tomaremos únicamente los capítulos que nos han parecido más útiles en este sentido, que coinciden con el clímax y desenlace de la historia: del 24 al 29. En realidad, el argumento es un pretexto para el relato reiterativo de las prodigiosas aventuras bohemias del personaje. Con más razón, un corte de esta manera no tergiversa el análisis, pues la trama no es sino una secuencia de noches y días de jarana.

Lo primero que se tendría que decir como advertencia es que, como en otras épocas, la vida de los sectores populares estuvo supuesta, asumida por los analistas como réplica de lo que ocurría en la vida oficial de las ciudades, como si sólo produjeran ecos «vulgares» de los salones.

Si bien es cierto que la tendencia de los diversos gobiernos sudamericanos, a través de sus políticas de instrucción y esfuerzos de institucionalización de una moral oficial, tendían a comienzos de siglo a buscar el disciplinamiento de los sectores trabajadores⁵⁰, ello no conllevó, en todos los casos, a tener una clase obrera y sectores marginales «modernizados», ni siquiera en las ciudades.

A través de todo el siglo XX, la idea de orden y disciplina

50 Ver, por ejemplo, para el caso uruguayo, *Historia de la sensibilidad en el Uruguay*, t.2, José Barrán.

moderna se interiorizaría de modo muy diverso en la población de las diversas naciones latinoamericanas. Relatos carnavalescos como este que presentamos dan luz de esas vidas, o más bien momentos de vida «irracionales» a la luz del progreso, caracterizados por una suerte de orgullo hacia su inclinación festiva.

El Gran Doctor Copaiba era un «cholo medio brujo y curandero, oriundo de las ardientes y feraces tierras de Ica, *grandísimo borracho, negrero y jaranista de temple...*» (Carrera, 1943: 57).

Lo primero que nos llama la atención del autor es su origen mestizo o «cholo». Mestizo de indígena y blanco, luego, étnicamente ajeno al sentido inicial de ser criollo (español -«blanco» por extensión- nacido en América). Y es que el «espíritu criollo» (ya que originalmente no la apariencia) pasó a desvincularse de esa concepción estrictamente racial y se convirtió en un término apropiado por los pobladores costeños, como una suerte de forma de ser opuesto a lo serrano o indígena⁵¹.

«Negrero» quiere decir, en este caso, afín a reunirse con negros, quienes constituían una importante población de los barrios populares y gozaban de la fama de ser gente sensible para la música y la jarana.

El Doctor Copaiba no era cualquier jaranista, sino uno más bien «de temple». Ejemplo de criollismo, no se valora sólo el festejar, sino el hacerlo con toda la resistencia física y sensibilidad, sobreponiéndose al cansancio de las amanecidas y el propio organismo, quejas banales a los que los criollos de la noche no deben hacer caso.

Siguiendo con la novela, si pasamos al capítulo 24, nos encontramos con el Dr. Copaiba convaleciente a causa de sus excesos con el licor.

La noticia de su enfermedad, mientras tanto, produjo general consternación en la popular Alameda, pues había sabido sembrar

51 Una forma de diferenciarse de esos otros considerados ajenos e inferiores.

en sus moradores hondos afectos, no sólo por sus métodos curativos, que todos tenían por milagrosos, sino también por su carácter jovial y campechano y generosidad ilimitada para invitar copas a cuantos tocaban a su puerta (160).

El primer rasgo del criollo, representado en el Dr. Copaiba, es su simpatía, jovialidad y cierto desapego hacia el «vano» dinero. Hay una suerte de **hidalguía** reivindicada: pobres pero caballeros, desafectos a la preocupación burguesa por la acumulación, tienen en el respeto social un fin más importante a lograr. El ser «doctor», por otro lado, le confiere una posición social ambivalente: se ubica en una situación de intermediación, pues tiene por sí mismo el respeto que le confiere el título; por otro, se interna en las prácticas populares. Un compadre criollo típico que cumple las condiciones del intermediario social.

El prototipo de criollo jaranero era también una suerte de anti-héroe de su sociedad, individualista, más preocupado con una cierta estética de la acción (invertida, de acuerdo a los cánones oficiales) que de una ética, ya que sólo importaba la fidelidad al compadre, a los amigos; en suma, a sus iguales, «hidalgos» de la jarana. Lo demás era el espacio libre a su gracia y diversión. Acto expresivo necesario, pues «nadie es criollo a solas, sólo se puede serlo en su representación, es decir, en el intercambio de una información que es selectiva (separa) e igualadora (nivela)» (Ortega: 97)⁵².

Los demás guitarristas de la bohemia (...) todos amigos suyos.

52 Acerca del parentesco espiritual que significa el compadrazgo, a diferencia del parentesco de sangre, Stephen Gudeman señala: «(...) material goods provide the 'glues' for kinship (and) that is immaterial actions, provides the 'glue' for the *compadrazgo*. Both are the forms of property in the broadest sense, but they are opposed as the concrete is to the abstract... (...) The ties amount principally to positive assurances of mutual esteem and prohibitions of profane elements entering. *Compadres* do not contact debts or have sexual relations. The taboos of respect separate off the bonds of the *compadrazgo* and assure their sacredness» Más adelante agrega: «The *compadrazgo* implants a perpetual sacred obligation between persons» (Eisenstadt, 1991: 281).

legales y caballerescos, fueron de los más puntuales en llegar diariamente, y llevaban sus violas bien templadas para tocarlas hasta dejarlo dormido (...) Entonces aparecía, reluciente, una botella de las escondidas, y había que bebérsela rápidamente, por temor que si Copaiba se despertara y la viese podía provocarle. [El subrayado es nuestro]

Los compadres, como hemos dicho, son «caballerescos». Por eso están siempre al pie del lecho del Dr. Copaiba. Sin embargo, toman en su presencia, cumpliendo su rito bohemio. Si despertara el enfermo, a pesar de su estado convaleciente, exigiría compartir la botella, símbolo de comunión entre criollos. Más allá de una historia que puede ser simplemente la de un grupo de alcohólicos, a no ser que pensemos que media ciudad lo era por naturaleza, es necesario entender el ritual social que ello implicaba.

Al final de este capítulo el autor relata un hecho fantástico: los compadres, reunidos en torno al lecho del amigo enfermo, decidieron chupar su sangre. Como resultado, los criollos bailaron la resbalosa⁵³ mejor que nunca. Carrera pasa del relato hiperbólico a un grado ficcional más alejado de la realidad. Con ello reafirma la idea de la alianza tan estrecha entre compadres que sobrepasa la línea de la «normalidad».

El carácter prodigioso del anti-héroe -el tema de la novela- lo lleva a su destino fatal: el Dr. Copaiba, una vez restablecido, volverá a las andadas.

En el capítulo 29 se prefigura su final con la del Dr. Panchito, otro criollo: su cuerpo fue hallado al pie de un alambique, rodeado de gallinazos. La muerte solitaria, persistiendo en su propia tragedia, hasta su degradación.

Lima, como hemos dicho, era una ciudad que, de acuerdo a cómo se la viera, daba la imagen de ser «aldeana» (por sus prácti-

53 Es el momento más vivo de la marinera. Precede a la fuga final.

cas preurbanas) y a la vez una urbe moderna. Sus personajes, incluyendo a los criollos de la jarana, no podían sino estar inmersos en esa misma indefinición.

Además, el hecho de necesitar al público de la calle o del callejón hizo del criollismo un modo de socialidad importantísimo no sólo entre vecinos, sino entre barrios, incluso con los de clase media y alta. Podemos decir que la acción pre-política de los sectores populares de comienzos de siglo en parte fue aprendida a través de los vínculos *criollistas*⁵⁴.

La integración en la jarana

Y en todos esos cantares, el que más a ella le encantaba era el de estos versitos que, altaneramente, repetía siempre que alguien, queriendo menospreciarla, mentábale su linaje. Oreja: Porque he nacido en Malambo/ me llaman la malambina/ ¡Que me llamen lo que quieran,/ habiendo nacido en Lima! (178)

La escena se situaba en Cantagallo, durante una jarana del Dr. Copaiiba y sus amigos. Una malambina, negra, reclamando su pertenencia ciudadana⁵⁵. Porque decir malambino equivalía a «más

54 Sobre esto cabe hacer un comentario acerca del vals, el género más representativo de la música criolla. Varios autores han querido ver en éste cierto conformismo, pesimismo, lo cual habría atrofiado la «capacidad insurreccional» de las masas urbanas. Ciertamente, no se trataban de cantos de protesta social, ni mucho menos. Las excepciones vendrían después, principalmente en la inspiración de Felipe Pinglo.

Pero tampoco se las puede acusar sin más de conformismo. Según nos parece, hubo letras que muestran ese individualismo apegado a la tragedia, pero que se asume no sin quejas, sin dejar de protestar por ella. Muestran también desprendimiento frente a los avatares de la vida. No creemos, entonces, que vayan en contradicción con la imagen del criollo que hemos descrito más arriba.

55 La elección literaria de este personaje no es para nada casual. Durante el siglo pasado y comienzos del presente el estereotipo de la mujer negra era el de «rebelde y bullanguera residente de los callejones, (estereotipo) frecuentemente mencionado en varios periódicos de la época y condensado en la afirmación de Manuel Atanasio Fuentes (1867), quien afirmaba que el poder de las negras

allá de Lima, al otro lado del río». Como hemos visto en el capítulo 1, según diversos autores, la pertenencia de barrio era la más fuerte, por encima de la ciudadina. Esta referencia distinta, hecha por Carrera, nos resultó por ello interesante. Sin negar la preva-
lección de la identidad barrial, al parecer los contactos interbarriales permitieron a algunos habitantes de la periferia afirmar su derecho de pertenencia al espacio mayor, es decir, a la ciudad. Hasta esa época, al parecer casi sólo los notables (que por lo general vivían en el Centro) se situaban como limeños.

Las fiestas, como hemos dicho, abren puertas, integran espacialmente a las personas y a los grupos. El mismo Carrera, en su libro de crónicas del 900 (1954), cuenta:

«Los pobretones, o de medio pelo, aunque con piano en casa, si no contaban con recursos o algún amigo tocador aficionado, tenían que conformarse a bailar a los sones del pianito ambulante salvo cuando caía, como se ha dicho, uno de nuestros músicos (...) Partía (...) la turba moceril rumbo al alegre y popular Abajo el Puente llena de febril entusiasmo. En la calle del caso, parábase Tudela frente a la casa sindical, aparentando como si buscara algo cuando en eso no faltaba una muchacha de genio vivo y amiga de nuestro adelantado, que al divisarlo y reconocerlo salía gritando desafortadamente; ¡Tudelita! ¡Allí está Tudelita! ¡Qué suerte, amigos, nos armamos, vamos a hacerlo entrar!» (70).

El personaje del caso, como es de esperar, se hace de rogar. Entonces, la joven solicita a su madre que se acerque y también ruegue al amigo Tudela. El bohemio criollo sabe que el espacio del hogar no debe ser transpuesto si no es con el consentimiento del padre o, en su defecto, de la señora de la casa. Por eso espera a hacerse de rogar también por la madre. En efecto, ésta sale y se

residían en la lengua, insinuando que era tan poderosa que podía matar-
(Oliart: 1995, 81).

suma a los pedidos de las hijas: «Si mi marido se entera de esto y ve que los he dejado ir, seguro va a enojarse conmigo y yo, usted bien comprenderá, señor Tudela, no quiero eso, con que adelante, caballeros».

La idea común acerca de la vida familiar, del celoso paternalismo decimonónico, quizás nos puede dificultar entender esta escena: la mujer haciendo entrar a unos hombres a su hogar, insistiendo en que, de no hacerlo, su marido se enojaría. Sorprende la facilidad con que el espacio familiar pueda abrirse espontáneamente con el fin de «jaranear». Puede decirse que, en una ocasión festiva, existe en estos grupos urbanos una mayor capacidad de apertura de sus propios espacios. Esta es virtud de la jarana. Esta idea aparece confirmada en los artículos de Alejandro Azcuez: el lugar privilegiado de las jaranas eran las casas de familia.

«Toda la bohemia del barrio se hacía en esa casa. Habían veces que llegábamos los sábados y comenzábamos a tomar, pero el día domingo era la fiesta. A eso de la una almorzábamos, luego comíamos y nos íbamos al otro día a las 11 de la noche (...) La dueña de la casa no se ofendía porque era costumbre (...)» (1982: 14)

Estos recuerdos de Azcuez probablemente pertenecen a fechas posteriores a los 20, pero de acuerdo a otras citas más vagas (por lo antiguas) mismo autor y, tomando en cuenta lo descrito por Carrera, igual puede referirse a la época que estudiamos. El mismo Azcuez menciona, además, casas de señoras sin marido en las que se montaban jaranas, sin perder estas la «decencia» y consideración social.

Los jaraneros o bohemios ni siquiera pertenecían necesariamente al barrio. Grupo itinerante en busca de diversión, transitaban también los diferentes escalones sociales... hasta cierto peldaño.

Coroneles indefinidos y coroneles de mando

«Ocurría a veces que el jefe de la familia que recibíamos de la manera dicha, era uno de esos coronelazos indefinidos, de rostro fiero, bigotes largos y pera a la bulanyé, tostados por el tabaco (...) Salía a recibirnos, sorprendido sin duda por nuestra pechugonada. Acercábase el más cunde, muy ceremoniosamente, y al tenderle la mano para saludarlo, decíale en tono respetuoso: `Yo lo conozco a usted mucho de nombre, mi Coronel, ¿usted peleó en Tarapacá como capitán no es cierto? y, según he oído contar (una ocurrencia) con tanta valentía que por poco no queda usted tendido en el campo de batalla» (71).

Entonces, como se puede adivinar, el Coronel se veía halagado y llamaba a su esposa para que escuche de una voz extraña sus hazañas como militar. Así, se les permitía tomar posesión del salón familiar por unas horas, pues el viejo Coronel se iba pronto a dormir.

En seguida dice el cronista:

«En donde no pudimos cuajar nunca fue en las moradas de los coroneles de mando de tropa y eso que, al oír ponderar las comilonas succulentas que ofrecían en sus fiestas, nos hacía abrir la boca, sin hallar el modo alguno de colarnos; porque como contaban con la banda de músicos, ésta, desde la víspera de un santo, instalábase en la calle frente a la finca» (73).

«Coronelazo indefinido»: uno cualquiera o de tantos, orgulloso de sus (efímeras) glorias pasadas, pero sin poder en el presente, ni militar ni político. Otra cosa son los «coroneles de mando de tropa», sin duda un notable, cuyo hogar era el espacio inexpugnable, imposible de conquistar con la guitarra y el cajón. Ahí terminaba el encantamiento de los compadres jaraneros.

Hacia más arriba sólo eran posibles otros tipos de encuentros, otras relaciones: la de los padrinos con los apadrinados, cuando

existía esa relación. Un vínculo vertical que no es que siempre excluyera del todo la fiesta, sino que buscaba mantener las jerarquías desvirtuando la jarana. Y esto significaba, en primer lugar que, siendo desiguales, la fiesta no podía darse en el hogar familiar del padrino, en su ámbito privado, si se trataba de un notable.

Ahí solía cerrarse el acceso social de los artistas criollos. De modo gradual, conforme se subía en la escala social, sus posibilidades de aceptación se reducían. Y es que entonces la música criolla era considerada de modo despectivo «como expresión del pueblo, o del ‘medio pelo’, o de quienes a ellos se acercaban alegremente» (Basadre, 1975: 114). Muestra de ello es que las personas de posición que se atrevieran a asistir al Teatro Victoria a presenciar las zarzuelas de Karamanduka (1910 ó 1912), cuenta Basadre, lo hacían con vergüenza.

La Palizada y otros faïtes: ¿intermediarios o matones?

Hagamos un paréntesis para dar un ejemplo de grupo criollo, el de La Palizada, que «mataperreó» por la Lima de entonces.

Somos los niños más engreídos/ de esta notable y bella ciudad,/ toditos somos muy conocidos/ por nuestra gracia y vivacidad./ De la jarana somos señores/ y hacemos flores con el cajón/ y si se trata de dar trompadas/ también tenemos disposición./ Viva la gente de gran valía/ viva el dinero⁵⁶, viva el amor,/ vivan las hembras, la pulpería/ y el aguardiente que da valor.

Se dice que este vals lo compuso Karamanduka (Alejandro Ayarza) como condición para obtener su libertad, durante un encierro en la Prefectura de Lima. Carrera lo cita, mencionando a Karamanduka y su grupo, La Palizada, como personajes de su novela.

La Palizada estaba compuesta por militares que hacían de las

56 El dinero se busca para derrochar. No es deseado para la acumulación, es decir, para convertirse en capital.

suyas durante las noches, amparados en sus altas relaciones. A través de su arbitrariedad pretendían demostrar su «jerarquía».

El ser «engreídos», arbitrarios, era un signo de orgullo para ellos. Perteneían a la clase media o relativamente acomodada, apañados a veces desde el mismo Palacio de Gobierno (cuando Cáceres era presidente). De todos modos, estos criollos de extracción no popular sirvieron como intermediarios sociales y, a veces, políticos.

Su circuito interespatial iba de las chicherías e incluso las casitas de callejón, hasta restaurantes elegantes como el Jardín Strasburgo, al costado de la Plaza de Armas. En estos últimos lugares alternaban con algunos notables, tal vez deseosos de conocer sus aventuras bohemias, y seguramente conseguían, mediante esas amistades, asegurarse la ayuda eventual en casos de apuro. En los espacios más generales, posiblemente lucirían su condición de privilegiados, y tal vez por ello algunos servicios de intermediarios sociales debieron haber brindado.

En efecto, sin precisar exactamente de qué modo, Gamarra (1921:17) los denuncia como matones que en épocas de elecciones realizaban «trabajos» electorales⁵⁷. Creemos que el contratarlos en estos menesteres no se debía únicamente a virtudes físicas o meramente delictuales: como explica el propio *Tunante*, eran de «buena familia» (¿hasta qué punto? No dice que fueran «aristócratas», pero al menos está claro que no eran pobres), lo que les valía para salir de las comisarías. Pero a la vez estaban «vinculados con todo género de truhanes de la plebe y que se dedicaban a la vida completamente de jarana» (idem: 16). El perfil de posibles intermediarios, valiosos por la *viveza criolla*, por la bohemia ineludible.

57 Los matones o «bravos», al igual que los compadres, pertenecen a la tradición mediterránea desde el siglo XVI y XVII. Eran empleados por un señor para hacer trabajos fuera de la ley, con el amparo y protección de aquél. En Europa encontramos este tipo de personajes, en general, donde hubo una aristocracia o notables en conflicto con el poder local.

El criollismo, como dijimos, valora la habilidad, la entrega lúdica, no necesariamente las acciones rectas. Por eso, dentro de un buen sector de la población La Palizada fue un grupo admirado.

Como dejan entrever los versos de Karamanduka, estos criollos no cuestionan el orden social. De hecho, Alejandro Ayarza fue luego muy criticado por reprimir duramente, como jefe de Gendarmes, las huelgas de los obreros anarco-sindicalistas en 1917 (Basadre, 1975: 114).

Para efectos de la vinculación vertical de la sociedad -como veremos en el siguiente capítulo- la socialización en la juerga, y en ella la aparición de intermediarios que asistían a esas reuniones sin ser necesariamente del pueblo, fue un situación que permitió la vinculación interespacial, con lo que ciertos notables pudieron acercarse más a sus clientes populares y estos asegurarse la protección y el contacto con el mundo de los notables, que era también el de los bienes y favores.

Por otro lado, las expresiones de criollismo, las jaranas populares como modo de socialidad, de integración urbana, horizontal, de los sectores populares, colaboraron también en un sentido contrario.

2. PASANDO LA CALLE.

Chicherías, picanterías y fondas.

Existen pocas referencias sobre cómo debió darse la comunicación en los espacios públicos cerrados pero de ingreso general, como las chicherías y las fondas.

«No puede ser espaciosa (la fonda): *para ser criolla tiene que ser estrecha.* Una o dos habitaciones, hasta cuatro... *la cocina, lo más inmediata posible a las habitaciones* del despacho, de manera que los comensales puedan oír el chirrido de las

fritangas y aun atorarse con el humo (Gamarra, tomado de Ortega: 105). [La cursiva es nuestra].

El que fuera estrecha pudo ser, simplemente, por cuestión de precariedad. Sin embargo, esa condición creó una característica del ambiente de las fonditas (y creemos también de las chicherías y picanterías): la cercanía de los clientes, el contacto cercano con los dueños, incluso con la señora de la cocina. «Para ser criolla tiene que ser estrecha»: el contacto social inmediato era condición necesaria de su criollismo; es decir, de su aceptación popular. En ese espacio estrecho, sin embargo, se agrupa numeroso público, al menos si el local goza de popularidad, ya que, a diferencia de los lugares exclusivos donde la racionalidad del espacio impone reglas de distanciamiento, el contacto físico, el «amontonamiento», allí no es algo a evitar. La multitud toma confianza en un ambiente donde la luz opaca y el humo de cigarros crea una atmósfera que desinhibe. A ello, claro está, se suma el licor y la música.

Otros autores coinciden más o menos con esta descripción que diera Gamarra. Pedro Benvenuto (1983), por ejemplo, escribe acerca de una chichería en el callejón de Petateros:

«El aspecto de la chichería (del Colorado Condemaría) no es desagradable. Mesitas de pino sin pintar con bancas de igual material, para el uso de los clientes están colocados en los dos amplios cuartos. Tras el mostrador (...) se encuentra Condemarín dirigiendo la venta (...) Desde cualquier punto de los salones se puede ver la cocina que es sin duda el más importante lugar del establecimiento.» (211-212)

La cocina aparece de nuevo como el lugar que no está oculto al público, como en los restaurantes modernos.

Existe un trabajo actual (Llosa, 1990) sobre las características físicas y la vida social en las picanterías de la ciudad del Cusco. Una Tesis que toma nota del presente, pero que nos puede dar algunas pautas sobre el pasado, pues suponemos que estos espacios

populares tradicionales deben conservar ciertos aspectos comunes con sus similares anteriores, más aún tomando en cuenta la conservación del centro histórico de esa ciudad de los Andes, ajena casi a edificios modernos y transformaciones radicales en su estructura urbana.

Esta autora señala, de modo similar a Gamarra, el contacto estrecho entre los comensales. Sentados en largas mesas, la gente termina hablando entre sí, y ocasionalmente se invitan chicha. De este modo el público serrano, usualmente parco, se vuelve comunicativo, expansivo. Los dueños son conocidos de los clientes. Estos suelen ser gente asidua; a veces, entre ellos hay relaciones de parentesco, paisanaje, etc. La música, al igual que la chicha, es esencial. La descripción resulta similar a la que, en los años 50, hiciera Arguedas en su novela *Los ríos profundos*:

«Sólo un barrio alegre había en la ciudad: Huanupata (...) Los sábados y los domingos tocaban arpa y violín en las (chicherías) de mayor clientela, y bailaban huaynos y marineras. Decían que en esas jaranas podían encontrarse mujeres fáciles (...) Todo era negro de suciedad y de humo. Varias mestizas atendían al público (...) *Los indios y cholos las miraban con igual libertad.*» (1992: 51-52) [La cursiva es nuestra]

Dentro de este espacio sucio y humoso, la gente de diferente origen étnico y social gozaba de esa libertad expresiva que sería inconcebible fuera. Si no, recordemos el arresto del negro Mellán por tratar de enamorar a unas «señoritas» en el Centro de Lima (capítulo 1). Arguedas explica el contacto entre los clientes a través de la música, cómo se podía pedir una canción, cómo se van aprendiendo huaynos de diferentes regiones, lo que integraba a los forasteros con los locales, etc.

En suma, ese lugar cerrado invitaba al diálogo, a la comunicación y, evidentemente, a la expresión de diferencias. La cercanía de los comensales, la chicha (o el pisco) rompían las barreras del

anonimato. Allí se reafirmaban amistades y se creaban otras nuevas, pero también se iniciaban conflictos y se acababan con lealtades y vidas humanas.

Tanto las fondas como las picanterías y chicherías fueron los espacios privilegiados de los compadres y «negociantes» políticos de esa época. Como veremos en la siguiente sección, allí se reunían para confabular, arreglar acuerdos entre capituleros, convencer votantes, o simplemente emborracharlos para asegurar su voto.

Pero más allá de eso, el diálogo reposado, largo, ajeno a la prisa de la calle o la eventualidad del encuentro en el callejón, sólo podía darse en esos lugares. La centralidad cultural, social e incluso política de este espacio probablemente fuera mayor en las provincias. Así, para José Uriel García, la chichería cusqueña era la «caverna de la nacionalidad» (1973:174). Caverna tanto por su aspecto oscuro y rústico, como por ser el lugar de las «expresiones esenciales», las más simples de la cultura del «nuevo indio».

«La chichería es entonces un mundo aparte, un supramundo o espacio mágico (...) donde la vida regulada por la civilidad y el trato urbano, llena de genuflexiones y cortesías, enmascarada y servil, muchas veces, se trueca (...). La chichería es recinto de política demagógica (...) tribuna de oratoria popular. De esa función deformante de la chichería han salido por calles y plazas el demagogo, el capitulero de las mesas electorales, el caudillo de las *jornadas cívicas*, el héroe de las pedreas, el fanático mayordomo del 'Señor de los Temblores' o de la Virgen de Belén (...) El hombre de la chichería marcha a donde le conduce el político criollo o el santón religioso» (idem: 175-176).

Para el autor, las picanterías de Arequipa, soleadas y alegradas con el son de las guitarras, eran en cambio centros de reunión de una población más ciudadana, dispuesta al complot revolucionario, y no sólo al seguimiento pasivo. En esas picanterías

y pulperías de la campiña, «todos los que no pertenecen a la muy alta sociedad consumen jarros de chicha (...)», escribía el viajero Sartiges a comienzos de la república (1973: 166). En ellas había una confluencia social más amplia que en las cusqueñas y limeñas.

De todos modos, el propio García señala que en las chicherías del Cusco se *tomaba partido*, por las razones que fueran. Se sabía, por ejemplo, que allá por el año de 1834 «Doña Clara» era partidaria de Gamarra y «Guerra Melchora» de Santa Cruz, a lo que los clientes debían atenerse.

En Lima probablemente tenemos un espíritu intermedio a las anteriores. Lo cierto es que estas «cavernas» urbanas eran los espacios de encuentro privilegiado por los hombres de la mayoría popular.

De la calle a la mansión (y viceversa): las pulperías

Un lugar intermedio entre la calle y los espacios públicos cerrados arriba mencionados -intermedios en términos de calidad y duración de los encuentros- era la pulpería, lugar de charla de las domésticas de las casas vecinas, celadores, cargadores, etc. Como hemos dicho, la pulpería era la tiendecita de la esquina, donde se vendían diversos productos, desde dulces y especias hasta licores de caña. Fueron los sucesores de las chinganas, las cuales en aspecto probablemente se parecían más a las picanterías: lugares oscuros y estrechos, a veces con fogones en su interior. Las pulperías se identificaban con quienes eran sus dueños más comunes, los italianos y en menor medida los chinos; las tradicionales chinganas, en cambio, parecen haber sido propiedad de cholos⁵⁸.

58 Benvenuto recuerda una chingana famosa, la del huachano ño Antonio y ña Natividad. En el cumpleaños de ésta, podían verse a los vecinos del barrio, «señorones vocales de la Suprema y coroneles sobrevivientes de la Palma y del 2 de Mayo (...)» (1983: 176).

«(La pulpería) es la despensa, la botica, la ropería, el parque general de las personas poco acomodadas, y principalmente de la clase menesterosa.»

Esta cita corresponde a una suerte de elegía al pulpero italiano (el chino, probablemente, no tenía igual consideración), escrita en *El Amigo del Pueblo* (1892: 1). Según la publicación, el pulpero cumplía una función múltiple en el barrio:

«El abre su puerta á cualquier hora de la noche, en los momentos de apuro; él guarda las llaves de los vecinos, les proporciona agua y les presta las herramientas que necesitan; él se encarga de alquilar las casas desocupadas; él vigila el barrio mejor que los guardianes del orden público; el dá razón de las horas, de los domicilios (...)»

En suma, no sólo era punto de encuentro, sino que el pulpero mismo era fuente de información, intermediario y servidor público. Por estas razones, aducían los editores de ese Semanario, «las pulperías serán, pues, agencias de 'El Amigo del Pueblo', único medio de que lo conozcan todos los que deben conocerlo.» Esta elección no era irrelevante, teniendo en cuenta que por entonces los periódicos y revistas no se adquirían tan fácilmente como ahora. No es difícil de imaginar que, en estos medios sociales, pocos leyeran y más bien el resto se enterara escuchando: el encuentro social también servía para transmitir la información escrita. Y, por supuesto, también para difundir las bolas y chismes.

Los chismes de la casa del señor salían a la esquina, y las historias callejeras llegaban a oídos de la empleada, la cual, a su vez, las haría llegar a algunas esferas del hogar donde trabajaba. (Lo mismo puede decirse del contacto esquina-casa con las viviendas de clase media, de los burócratas, pequeños comerciantes, en fin, de la *gente decente* que no pertenecía a la élite ni vivía en casas de vecindad).

Estas conversaciones y «puestas al tanto» de los chismes podían ir acompañadas -si había de por medio intenciones amorosas- de copitas de pisco u otras bebidas «espirituosas».

Pero las «escapadas» de las empleadas, así como los «descancitos» de los celadores u otros trabajadores callejeros no permitían el tiempo y la tranquilidad de la que se gozaba en las fondas o picanterías. Mas no descartamos reuniones más prolongadas, las mismas que aún es posible apreciar en las bodegas antiguas que venden licor y donde se permite consumirlas dentro. Alejandro Azcuez, por ejemplo, recuerda una «tiendecita» por Carmen Alto, donde iba con los amigos «para aclarar la voz», hasta las 12 o 1 de la mañana. A diferencia de la jarana en casa, los grupos solían ser sólo de amigos. «Como era una tiendecita, no aceptábamos mujeres.»

La pulpería, entonces, no era menos importante como canal efectivo de transmisión de chismes, particularmente entre la calle y las casas, incluyendo la de los notables.

La articulación interespacial
1. Padrinazgos y escalas de integración
vertical

Volviendo a la novela *El Gran doctor Copaiba*, nos relata el autor:

A las dos horas, los del gasto, entre los que destacábanse don Manuel Andrade y don Julio Pareja, dos hacendados de ñeque, enamorados y jaranistas ciento por ciento, notando que todo era líquido, sin nada de sólido, volvieron a sacar soles para butifarras y alguna otra cosita de comer (199).[El subrayado es nuestro]

Dos hacendados «de ñeque» (dinero) compartían el hogar seguramente humilde para integrarse en la fiesta criolla. Por supuesto, tenían que contribuir con los gastos, pero a cambio de ello podían ingresar a ese submundo lúdico.

Según esta cita, se da por sentado que hay unos que deben pagar la fiesta. Cuando la relación no resulta tanto un intercambio relativamente recíproco de favores y atenciones, sino que la concesión o protección se da de un lado hacia el otro, podemos hablar de padrinos y apadrinados. Estos últimos son también llamados clientes, pues están a la espera de los favores y la protección de los primeros.

1. **PADRINOS Y PATRONES: DISTINCIONES Y CARACTERÍSTICAS COMUNES**

La relación de compadrazgo, descrita por Carrera como fluida, suele ser la de amigos, gente que, por una o varias razones, se

consideran como pares o iguales. Pero cuando se trata de padrinos/patrones/ apadrinados o clientes, la relación obviamente se «desequilibra», teniendo a la lealtad y respeto como una obligación de un lado sobre otro.

Como lo vemos, padrinzago y patronazgo son dos conceptos similares, pero pueden diferenciarse si no claramente, sí por matices.

En primer lugar, no nos parece que lo que distinga al padrino sea sus compromisos religiosos: padrino de un hijo, de una boda, etc. Si el padrino es un igual, un amigo, se le seguirá llamando compadre. En cambio, si es de un estrato social más alto, sólo entonces se le llamará, efectivamente, Padrino. Luego, este término no encaja estrictamente con la acepción original religiosa.

Ahora bien, la relación de un padrino con un apadrinado o de un patrón con un cliente (término usado no en un sentido, como veremos, estrictamente instrumental, sino en uno más cercano a como fue entendido en la Roma Antigua) es, en primer lugar, un vínculo personal, una relación entre dos personas, particularista y basada en el afecto (Médard, 1976: 105). Particularista en el sentido contrapuesto a lo universal: relación basada en el criterio de singularidad, no en un sustento generalizable, estatuido por reglamentos⁵⁹. Este vínculo personal implica un compromiso impreciso, multidimensional, no claramente específico en su funcionalidad (idem: 106), de tal modo que se trata de un tejido diseñado de modo diverso, de acuerdo a cada caso; una red que se va reforzando, no siempre de una forma prevista. Esta multidimensionalidad se debe a su carácter no reglamentado, difuso, anclado de modo afectivo.

Es en la intensidad de lo afectivo donde, justamente, encontramos la diferencia entre los padrinos y los patrones. El padrinzago

59 Al respecto, señala Médard: «Se acuerda un favor a alguien porque él nos rendirá un servicio, o también porque es un pariente, un amigo, o un miembro de su tribu» (106).

go tiene una mayor carga sentimental, de cercanía. En cambio, el patrón implica una distancia mayor.

Ahora bien, el patrón político (que puede ser también el patrón de la fábrica) es aquél que corresponde a las características antes indicadas, pero, como dijimos, no se compromete de modo individualizado como lo hace el padrino (quien acaso pueda haber confirmado sus lazos de protección apadrinando efectivamente a un muchacho en su boda, a su hijo recién nacido, o a un grupo en particular a través del fútbol u otras instancias de diversión).

Esa mayor accesibilidad del padrino puede deberse a un rango social inferior al del patrón, pero no necesariamente. Algunos notables vinculados a la política permiten ese contacto más estrecho. De hecho, el Presidente de la República puede ser considerado el Padrino de los Padrinos. Ahora bien, si revisamos los nombres de padrinos vinculados con clubes de fútbol de la época, veremos que se trataron particularmente de gerentes de fábricas, comerciantes, etc., notables que fundaban parte de su prestigio social en el dinero, acaso nuevos ricos de una o dos generaciones.

Hay que hacer distinciones en el uso del término patrón. El patrón tradicional por excelencia, el de hacienda, trata a sus campesinos como «hijos», los protege, pero considera que no les debe ni necesita ningún servicio de ellos; y si los necesita los exigirá, no hay en ello ninguna posibilidad de elección: los campesinos no pueden cambiar de patrón. Este no es el patronazgo al que hacemos mención, pues de él no es posible derivar ninguna relación de clientelismo en política. Clientelismo implica capacidad de elección, no coerción sin más.

La pregunta es: ¿en qué momento es el patrón «feudal» con siervos, y en qué momento se convierte en un «patrón urbano» con clientes? Creemos que esta diferencia es gradual, pues uno implica, tal vez, la derivación moderna del primero. En sus *Coplas y guitarras* Diez Canseco describe en uno de sus relatos a un hacendado criollo de una hacienda en los contornos de Lima. Efectivamente, es patrón de hacienda, pero, al tener peones que en teoría pueden

optar por otro empleador, teoría que debido a la cercanía de la capital es un hecho más o menos factible, la relación tradicional cambia, sin dejar de ser paternalista.

Cuenta Diez Canseco que, al acercarse el patrón a las fiestas de sus peones, su figura se «ablanda». Sin embargo, no podemos dejar de notar que al hacerse presente se pierde la naturalidad de la celebración, y la algarabía general entre los concurrentes se convertía en rito de sumisión en torno suyo. La jarana perdía su sentido comunitario entre iguales.

Distinta es la situación que producen los campechanos Andrade y Pareja en la novela de Carrera. Notables más urbanos, de ellos no se sabe si son padrinos de alguno de los asistentes o tienen más de un cliente político; o sólo se trataría de gente de la élite con gustos jaraneros. Lo que sí es casi seguro es que no son padrinos ni patrones del grupo entero, como en el caso del hacendado de las afueras de Lima. De ser así, la intensidad del respeto variaría significativamente.

Así, tenemos: 1. patrones (de campo)/ 2. patrones (urbanos)/ 3. padrinos/ 4. intermediarios (que pueden ser padrinos y/o patrones no significativos para miembros de la reunión): en este orden, creemos, se daba la intensidad del acercamiento y, eventualmente, la asimilación a una fiesta popular por parte de un notable. Esta asimilación nunca es total; siempre exige diferenciación que nadie olvida.

En adelante, salvo cuando la circunstancia lo requiera, no haremos distinción entre padrino y patrón, cuando sean usados en términos políticos.

Siguiendo con las características comunes, debemos agregar que el «desequilibrio» al que se aludió al inicio, por contraste al vínculo entre compadres, se debe al control que tienen las partes sobre recursos desiguales (Médard: 109). Hemos repetido a lo largo del texto que el interés del patrón/padrino es distinto al del apadrinado/cliente, por lo que la calidad de servicios es diferente en la transacción. Ahora bien, también el nivel de necesidad es

distinto y esto es fundamental. El cliente suele requerir con más intensidad que el patrón/padrino del beneficio de la relación: protección, empleo o un favor específico (no es exagerado imaginarnos casos desesperados), por lo que su demanda es inelástica (idem: 110). El patrón/ padriño, en cambio, sólo necesita del cliente de modo marginal. Incluso, es muy probable que otros puedan hacerle el mismo servicio. Por ejemplo, el voto político para las elecciones, que no contempla la naturaleza de un sujeto en particular, sino la cantidad acumulada. Además, se trata de entregas negociables poco frecuentes. En ello radica, sustancialmente, el desequilibrio de la relación, a favor del patrón.

Sin embargo, esto último no significa necesariamente que el patrón sea el que más gana. Si bien es el patrón el que tiene mayor capacidad de negociación, ello no implica que sea el cliente el que, necesariamente, sea el que gane menos. Por el contrario, puede ocurrir que, salvo para las coyunturas electorales, el patrón no requiera de los clientes sino para resaltar, en ciertas circunstancias, el prestigio social que cree merecer. Como los patricios romanos. En cambio, para el cliente, el beneficio obtenible puede significarle una gran ganancia. Esta mayor ganancia del más débil es central para entender la fuerza del clientelismo.

Para la política es importante una cuarta característica del clientelaje señalado por Médard: su estructura vertical y bilateral. Un patrón puede tener varios clientes, pero no viceversa: al menos en política, el cliente difícilmente puede serlo de más de uno. Sin embargo, el número de clientes que dispone un patrón es limitado, pues depende de su capacidad para mantener esa relación. De todos modos, esto último no es el final de su influencia: los clientes pueden ser patrones de otros clientes. Así, se va tejiendo la cadena de las lealtades y favores clientelísticos. Arriba, quedan los «super-patrones» (notables), quienes se pueden permitir juegos o alianzas gracias al control piramidal. No así los de abajo: o están con el patrón A o con el B. Igualmente los ciudadanos que se comprometen a luchar por un club político, como veremos más

adelante. Así, en elecciones se reforzaban los vínculos verticales, incluso a costa de poner en paréntesis las lealtades horizontales (compadrazgos, amistades, etc). Sin embargo, los notables podían seguir viéndose en los clubes o salones (como hemos dicho, a diferencia de Chile, donde había clubes marcados políticamente): a ellos no les correspondía la lucha política, sino la discusión verbal. De todos modos, dependiendo de los casos, debían mantener una imagen pública de antagonismo.

Esta situación puede ser graficada de la siguiente manera:

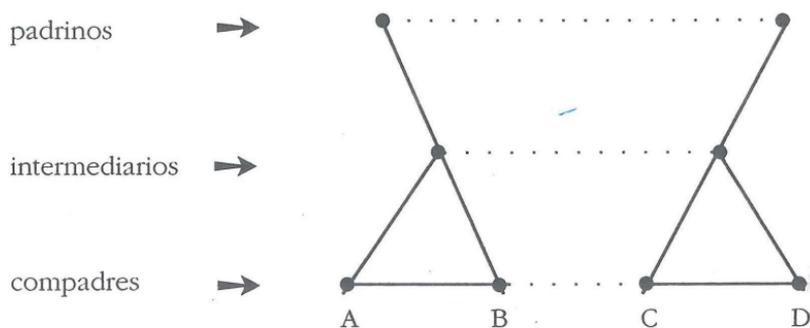


Gráfico 1: relaciones verticales
clientelismo electoral

Leyenda : relaciones A-B, C-D de compadres, aceptadas en períodos electorales.

Esta verticalidad no permite más de una opción a los de los eslabones inferiores (es una falta apuntarse a dos bandos). Sin embargo, conforme se está más arriba (intermediario, patrón), la opción de tener más vínculos clientelísticos aumenta. El compadre también puede ser un intermediario entre un capitulero (o intermediario 1) y su compadre o amigo. Por otro lado, como hemos di-

cho, dependiendo de cada caso y cada nivel, las relaciones horizontales se ponen en paréntesis⁶⁰.

2. CARIDAD Y DIVERSION: LA «BONDAD» DEL PATRON

El tránsito del artesano al proletario asalariado corrió de la mano con la industrialización, desde mediados del siglo XIX. Aquello significó la transformación histórica (no siempre total) del hombre vinculado por lazos personales, en el trabajador organizado con sus iguales, relacionado contractualmente con el empleador. El obrero del 900 estuvo marcado por la convivencia de estos dos criterios de relación.

La fábrica se presentaba como un espacio nuevo. Como lo hemos señalado al comienzo, se muestra como el lugar del trabajo con horario, repetitivo, disciplinado, de uniformados. El reloj no sólo indica la hora en la fábrica, es el emblema de la empresa: marca el horario de pertenencia de la fuerza de trabajo, de la producción.

Sin embargo, en su interior las relaciones interpersonales no se remitían sólo a las pautas del reloj y las máquinas, a la impersonalidad predominante en una empresa capitalista.

Leyendo testimonios recogidos por historiadores como Steve Stein (1986) y Cynthia Sanborn (1995) vemos, en primer lugar, que el empleador era ante todo un patrón. Una persona que -repi-tiendo en cierto modo las relaciones dentro de la hacienda- buscaba el trato personal con sus «hijos» empleados. Es así que a él, quizás, podían acudir para solicitar una ayuda en caso de urgencia, siempre y cuando el vínculo se mantuviera personalizado (no se apelara a derechos contractuales) y reconociendo el respeto a la autoridad. Usualmente existía un interlocutor intermediario: el maestro, obrero, pero por encima de los demás.

60 Véase en el capítulo 6 el contrato ficticio entre el candidato civilista y Tirifilo.

«De un lado, su papel era de control y disciplina sobre los obreros; pero el maestro era un obrero también, y con el sindicalismo reconoció que si bien sus intereses podían ser distintos, había un terreno para luchar por beneficios comunes, para todos los trabajadores.» (Sanborn, 1995: 206).

El mal patrón no era el que no se vinculara de modo contractual, sino el que no supiera atender esas peticiones personales. Padrino, como dijimos, apela a un acercamiento afectivo (sin perder el respeto) mayor. Por ejemplo, si el obrero le pedía aceptara como ahijado a su primer hijo, o lo apadrinara a él mismo en su matrimonio, el patrón se convierte en padrino (y su relación obrero-gerente se individualiza). Con este honor concedido el obrero podía ganar varias cosas. Por lo menos la fiesta del evento quedaba asegurada⁶¹. En segundo lugar, de paso, ese lazo le significaba una suerte de seguro en caso de racionamiento de personal (aunque no siempre cubriera todas las posibilidades).

Asimismo, al padrino (o patrón) podía interesarle una correspondencia de algún tipo: voto político, «informes» sindicales, fidelidad laboral, etc. De este modo, el vínculo va profundizándose en una serie de correspondencias comunes, tejiéndose una red de reciprocidad.

Ahora bien, el patrón no solamente acude en ayuda de sus «hijos» en casos de urgencia. Dicha red de reciprocidad se iba armando diariamente, sin que existiera una secuencia o guión que dicte el orden de las relaciones, de los préstamos, de los signos de fidelidad, etc.

Dada una actitud A (obrero), B (padrino) puede responder con una de dos posibilidades: negar el favor o darlo. A su vez, demostrada la lealtad de A, B puede optar por varios tipos de favores, que van del apoyo grupal, sea con un buen aguinaldo (por

61 Aún hoy ésta es una función obligada del padrino, sobre todo en las provincias y en grupos sociales específicos de la capital.

fiestas patrias o navidades), o el beneficio personal, hasta simplemente un gesto público de consideración a A. Como hemos dicho, es B quien tiene un mayor margen de maniobra, pero eso no quiere decir que no podamos hacer un ejercicio similar ubicando al obrero con su gama de posibilidades. El hecho es que el tejido, en cada caso bilateral, no está necesariamente escrito de antemano, aunque hay regularidades que, más tarde o más temprano, se dan en la relación.

Ahora bien, un recurso de poder al interior de los obreros era el reclutar parientes y amigos. Así, se tejían deudas y fidelidades, posiblemente trasplantadas del barrio mismo. En efecto, como señala Sanborn (op. cit.: 193-194), el reclutamiento de familias enteras era usual dentro de una fábrica. Estos vínculos personales daban prioridad por encima de capacidades técnicas o de eficiencia. Los avisos por diarios no eran el modo más frecuente de obtener un empleo de una fábrica textil; la «pasada de voz» de un pariente, amigo o vecino era lo más común.

Fábricas del fútbol

Las redes de reclutamiento en las fábricas textiles muestran una vinculación entre los lazos laborales y los barriales familiares. La socialidad -limitada en la fábrica, pero reforzada con un nuevo lazo al pasar por su interior- vuelve al barrio o sale a la calle frente a lugar de trabajo. Allí se dan los encuentros de la diversión.

Dentro de la cotidianeidad limeña del 900, el fútbol empezó a ser un juego cada vez más importante, tanto en función de la pertenencia barrial y el reforzamiento de los vínculos entre obreros, como de la vinculación con la jerarquía empresarial. En el primer caso, basta mencionar el hecho que la primera organización sindical se formó en el Centro Sport Vitarte, promovido por el anarquista Juan Héjar (Sanborn: 213n).

En el segundo caso, la posibilidad de «colaboración» del patrón se hacía más factible. Como señala Stokes (Stein, 1986: 138),

este apadrinamiento fue el que dio origen a equipos de fútbol formado por obreros de las fábricas textiles de Lima y Vitarte.

«Parece que la idea surgió cuando los gerentes veían que algunos de sus operarios jugaban al salir del trabajo en los descampados al lado de las fábricas. Primero se formaban equipos de las diferentes secciones de las fábricas y los gerentes regalaban un sol al ganador. Poco después nacieron los elencos que representaban a estas fábricas: Sport Inca, de la Inca Cotton Mill; Sport Progreso, de la Fábrica del Progreso; Sport Vitarte, de la Fábrica de Tejidos Vitarte; y José Gálvez, de la Fábrica de La Victoria. Pedro Frías cuenta de la fundación de este último equipo: «el José Gálvez se formó el 2 de mayo de 1907 (...) El que presidía allí era el Sr. Ricardo Tizón y Bueno. La Fábrica donó uniformes, zapatos, donó todo. Les dio local gratis. No le cobraba alquiler. Y todo el que era jugador de ellos le daba trabajo en la Fábrica».

Otros centros laborales, como el Estanco del Tabaco que creara el Sporting Tabaco (antecesor del Sporting Cristal), formaron sus equipos de fútbol. Y también en algunas haciendas se extendió la promoción del fútbol, como modo de identidad obrero-patronal. Así, cuando se creó la Liga Peruana de fútbol en 1912, de los 8 equipos 2 eran de clubes obreros: Sport Inca (de la Inca Cotton Mill), Sport Vitarte (de la Fábrica de Tejidos Vitarte) y 1 barrial: el Sport Alianza. Los tres de evidente origen popular (Stein, 1986; Thorndike, 1978).

La intervención del patrón no sólo se daba para los preparativos del evento. Aún es costumbre, entre los jugadores de fin de semana, festejar el triunfo o ahogar la derrota, luego de un partido. Algunos patrones como Ricardo Tizón y Bueno, recordado por un antiguo empleado (Stein: 140), podían «acercarse a ver». Preocupados por la diversión de sus empleados, posiblemente les dejara unos billetes para las cervezas. Una cantidad, sin embargo, que no significara excesos, pues eran ante todo sus trabajadores.

Esa intervención del patrón tenía mayormente un efecto positivo, en términos de fidelidad. El patrón pasaba de la esfera laboral y -sea que aceptara la invitación o tomara la iniciativa- entraba a colaborar en el tiempo libre de sus obreros.

Las señoras y los pobres

En un artículo publicado en *Claridad* (1924), Eugenio Garro denunciaba:

«Este sentimiento singular de caridad en el Perú se extiende a todas las áreas de la lucha por la existencia. Aquí se ruega por todo, desde puestos en las oficinas del Estado hasta el talento y la gloria... Nada es conquistado. Todo el Perú es un pueblo de mendigos... Nadie hace otra cosa que mendigar favores y protección al Estado y el Estado está reducido a un hombre (...)» (Stein: 76-77).

De hecho, la caridad resultaba una actividad necesaria, bendecida como altruísmo católico. Los pobres de una señora de los notables eran «sus» pobres. La caridad tenía ese sentido «selectivo», pues no se podía proteger, de modo personal, sino a un número determinado de familias, por lo general cercanos a su espacio cotidiano barrial. Del mismo modo que un patricio romano necesitaba de sus clientes para afirmar su *status*, una manera de afirmar la calidad de elegido era, cristianamente, proteger a una cantidad de personas de bajos recursos. Se trata de personas que no pueden ofrecer otra cosa en retribución que el sentimiento del deber cumplido y el prestigio a la notable protectora. No excluimos la caridad desinteresada y pía; sucede que el altruísmo difícilmente puede ser considerado motivación principal al momento de analizar una acción social compartida⁶² por un grupo amplio de individuos.

62 Al respecto, ver J. Elster *El cemento de la sociedad*, Barcelona, ed. Gedisa, 1991.

En las revistas de la época podemos apreciar algunas notas que refieren esos gestos de solidaridad realizados por señoras particulares. La diferencia con el presente resulta evidente: los notables, a modo individual o grupal, se vinculaban con la gente indigente de modo directo. Actualmente el Estado se arroga principalmente esa labor, junto a otras instituciones privadas; es decir, las entidades anónimas reemplazaron a la caridad personal. Finalmente, ello es parte de la modernización política.

La «retribución» dada en términos de prestigio es, precisamente, lo que se expresa en esas revistas. Así, por ejemplo, en *Actualidades* (01/1906) observamos dos notas sobre la «sagrada misión de la mujer» en la sociedad, encauzada a la protección de los pobres. Los titulares y las fotos, obviamente, sólo dan cuenta en el primer plano de las imágenes y en la referencia textual, de las señoras de notables. Los pobres salen detrás, desenfocados, o en el entorno, como un marco humano a las protagonistas: este es el pago simbólico a la caridad.

3. LA VIA DEL CHISME. LA CONSTRUCCION DE LAS «VERDADES SOCIALES»

La *bola* (el rumor) era, para Basadre, la vía característica de la política limeña en el siglo XIX. Una política en voz baja, entre celosías u oculta por el manto de las tapadas; donde «impera el espíritu de predominio femenino, de chismorreos» (1929: 182).

Explicable predominio del chisme en una ciudad pasiva que recibía caudillos uno tras otro -generalmente sublevados en la Arequipa sureña- haciéndose famosos los *cierrapuertas*, cada vez que una revolución estallaba⁶³. En sus calles se paseaba el profe-

63 Un conocido poema de Felipe Pardo describe este «cierrapuertas»: «Y apenas tienen del motín barrunto/ gritan las ciudades cierrapuertas!/ Y calles véñse y

sional del chisme, el *valecuatro*, zambo «mete letra, decididor, mentiroso y malo, propagador de bolas y difundidor de calumnias» (Gamarra, 1921: 18).

A comienzos del siglo XX, tal vez fuera más representativa la imagen del círculo despintado en la ventana, donde la chismosa de callejón husmea la vida de los demás para contarla luego en el lavabo público. O las miradas que enamoran con un ojo y vigilan afuera con el otro, del celador y la empleada en la pulpería. O las intrigas en la chichería, amparados por el bullicio general y la ebriedad de los vecinos de mesa. La capacidad de organización de los sectores populares aún no brindaría, sino hasta unos años más tarde, la posibilidad de debatir en sus propios espacios públicos sus intereses grupales y modos de acción organizada. La clase no era la forma de asociación más relevante, en parte por que el desarrollo industrial aún no lo posibilitaba; en parte también por una fuerte tradición paternalista, difícil de cambiar mientras el orden de Notables tuviera bienes y protecciones que repartir hacia abajo.

En suma, a comienzos de siglo, durante la paz de la república de notables, prevalecieron más bien vías informales de discusión política. Obviamente, no eran los tiempos de la anarquía de la primera mitad del XIX. Sin embargo, como hemos dicho, a los sectores populares les estaban prácticamente vedados esos espacios oficiales del poder (dentro de nuestro esquema, los centros exclusivos y, en menor medida, los restringidos). La comunicación política con esa esfera, también se ha señalado, se hacía mediante intermediarios, salvo en ocasión de algún mitin previo a las elecciones. El chisme, ese medio de información clandestino no podía sino ser un aspecto clave, teniendo como escenario privilegiado el entorno barrial.

plazas en un un punto/ como por golpe eléctrico desiertas./ Qué extraño pues que el mandatario presunto/ las puertas halle del poder abiertas/ si al anuncio de su criminal empeño/ sólo trance las suyas el limeño» (Basadre: 1929).

Keller (1979: 61) define el chisme como un **canal** de difusión de información formalmente inaceptable, pero que ayuda a incrementar el acervo general de los conocimientos colectivos.

En la publicidad representativa que caracteriza a las sociedades modernas occidentales, la vida de los notables -los actores políticos- se hizo privada, dejó de tener connotación pública. En los inicios de la edad Moderna, en cambio, las vidas de los cortesanos y el rey, en las sociedades europeas, estaban ritualizadas para ser observadas como eventos públicos por la población (Elias, 1982).

Por otro lado, comprobamos constantemente que la política formal y pública (las sesiones parlamentarias, por ejemplo) suele tener menos relevancia que la realizada en privado, detrás de la vista del público. Estos hechos hacen del rumor un canal necesario para la población que vive al margen de esos «secretos».

Más aún, el chisme o la *bola* adquiere especial relevancia en tiempos de crisis (Kapferer, 1989). Efectivamente, el rumor cobra más relevancia cuando las vías formales de información se encuentran obstruidas; es decir, cuando la clase política y/o el gobierno se cierran en sí mismos en momentos en que la población percibe que está necesitada de un conocimiento específico, dejando un incierto silencio que debe ser compensado por la población mediante los esfuerzos de saber algo «boca a boca».

En el caso de la república de notables, las vías de acceso al saber político estaban particularmente cerradas para la gran mayoría de la población. Los medios de prensa daban cuenta de una vida política aparentemente fluida pero inaccesible, donde las crisis apenas eran entredichas para los conocedores, leídas en la clave de un lenguaje especializado. La *bola*, el rumor, el chisme, como quiera decirse, era el recurso de información informal, que tenía como espacios privilegiados los del vecindario.

Sin embargo, el rumor tiene una doble faceta: por un lado puede ser, efectivamente, un canal de información alternativo; por otro, sin embargo, ese canal puede ser «copado» y manipulado por los sujetos que controlan el poder, de tal manera que los propios

sujetos, por vía oral, terminan confirmando las verdades oficiales, reproduciendo así el sistema político.

El rumor es sólo un **canal** propio de los espacios de comunicación directa, personal, como el vecindario; el uso del mismo depende de las opciones disponibles.

En el caso que estudiamos, creemos que ambas facetas del rumor se dieron. Lo que no se leía en los periódicos se expandía, con sus más o sus menos, de boca a boca. En el vecindario había sujetos obviamente más dignos de créditos que otros. Creemos que los compadres de cada cual, en general, tenían esa calidad de fiabilidad. Los compadres, a su vez, formaban una cadena complicada fraternopatrimonial: subían en la escala social mediante relaciones personales con otros ubicados más arriba, los intermediarios o los mismos padrinos. Y es que los compadres, como los padrinos (y los posibles intermediarios) no sólo significaban vínculos de solidaridad, menos aún lazos meramente instrumentales. Al igual que los parientes de sangre, estas relaciones de parentesco espiritual implicaban también la «construcción de símbolos y de certezas, de significado e información con las premisas básicas del orden social, su simbolización y legitimación» (Eisenstadt, 1991: 33).

Así, el padrino se convertía en una persona que, por su ubicación social y la confianza (respetuosa) que conlleva ese lazo efectivo, podía proporcionar la información extraoficial de lo que ocurría en la vida social y política limeña, en la esfera de los notables. Creemos, sin embargo, que ese contacto solía ser esporádico, por lo que resultaba más importante la función de los intermediarios. Además, el contacto íntimo con los padrinos «de arriba» seguramente ni siquiera era posible en muchos casos. El patrón, si bien da favores a cambio de fidelidad «filial», difícilmente acepta un trato en confianza con sus protegidos inferiores. Con el patrón se acababa la cadena del rumor: un patrón da órdenes, es imperativo; resultaba poco probable que «chismeara»

Un padrino y un patrón, sin embargo, podían ser la misma persona. Por ejemplo, el dueño de una fábrica seguramente se

mostraba como un patrón severo ante todos los obreros; pero tal vez entre éstos había uno al que había apadrinado un hijo o que, por otras razones, se comportaba como su protector, como el padrino de toda la familia. A él se acudiría sabiendo que, en caso de alguna urgencia, nadie entre los notables le auxiliará como aquél.

Creemos que mediante la vía del chisme -esa información propagada de boca en boca- se confirmaba la reproducción del orden político y social. Los «ecos» del poder reproducidos en periódicos o revistas, anunciados en el Congreso, «chismeados» en los pasillos de los ministerios, terminaban llegando hasta los callejones. Así, la población incluso analfabeta conocía aquello que se debía saber.

Sin embargo, este canal articulador de la ciudad fragmentada, dejaba abierta la posibilidad de nuevos usos.

4. VINCULACION INTERESPACIAL: UNA PROPUESTA DE ESQUEMA EXPLICATIVO.

En el **gráfico 2** tratamos de representar una síntesis de esas relaciones de compadrazgos, padrinzagos y patronales, de cómo se integran en los espacios públicos.

Dentro del primer nivel (1) de espacios públicos, es decir, aquel donde las relaciones interpersonales se dan con mayor frecuencia, en varios sentidos (amical, vecinal, laboral, etc), encontramos el callejón como lugar primordial. Allí nace la relación de compadrazgo de modo más inmediato.

En el segundo nivel (2) encontramos espacios como la chichería, la picantería, la fonda y la pulpería. Aquellos lugares de socialidad primaria en donde la frecuencia de encuentro es menor que en el callejón. De todos modos, allí se pueden hacer nuevas amistades de compadrazgo; es decir, entre iguales dispuestos a ayudarse mutuamente. Estas, seguramente, habrían sido las esferas privilegiadas para el encuentro entre los intermediarios y su núme-

ro más o menos variable de clientes o compadres, a los cuales vinculaba con una instancia superior, sobre todo para casos de servicios políticos.

En el tercer nivel (3) tenemos el encuentro con los padrinos y/o patrones. En los vértices superiores están dos espacios fundamentales, a la izquierda para el «contacto» político y, a la derecha, para el laboral: el club político y la fábrica, respectivamente.

Cruzando, conectando los tres niveles, espacios generales como la calle; a través de ellos, el canal lingüístico, sea como diálogo directo o como chisme solapado. En las calles, por medio de fiestas o ceremonias (Procesión del Señor de los Milagros, Fiestas Patrias, etc), los notables y ciudadanos en general se encontraban, ritualizando los vínculos de paternalismo, caridad, etc. Pero, también, ese era el lugar de la carnavalización del poder por excelencia (ver el capítulo siguiente).

Así, tratamos de graficar la red de relaciones que van comunicando a la sociedad citadina, desde el humilde callejón hasta los centros exclusivos de los notables, que tendría que ser un cuarto nivel, dentro de esta figura. Estos últimos, espacios de los padrinos de padrinos, y del gran padrino, el Presidente de la República.

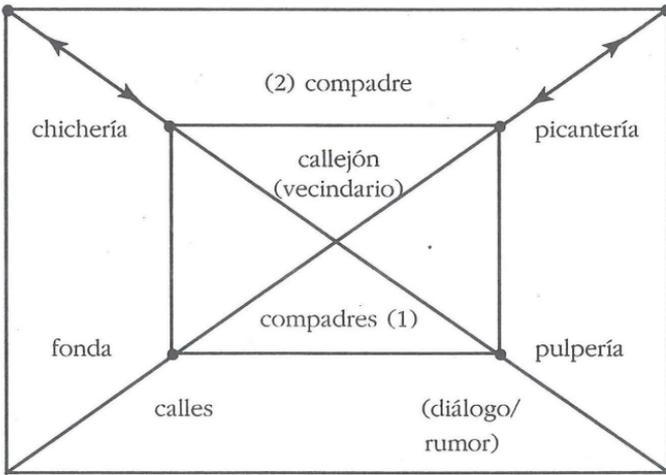
RELACION COMPADRAZGO/PADRINAZGO

Gráfico 2

(3) patrón(padrino)político y/o pat(padr)empresario(3)

club político

fábrica



La articulación interespacial
2. Las calles limeñas se visten
de fiesta

Los padrinos y apadrinados, intermediarios y clientes tenían un contacto en el día a día. Si bien la sociedad limeña imponía sus barreras de restricción, sin embargo, o justamente por ello, es que los vínculos informales que hemos explicado se hacían necesarios para la persistencia del orden social y político. En el capítulo anterior hemos remarcado estos «encuentros» más o menos cotidianos o periódicos (en la fábrica, en las casas de caridad, etc).

Pero habían otras circunstancias que definían diferentes tipos de encuentros: los actos rituales o eventos públicos. En ellos la gente diversa de Lima se daba la cara. En este verse frente a frente hay una riqueza de posibilidades que van desde la diversión compartida entre amigos, hasta la asistencia pasiva a una ceremonia de reforzamiento de la autoridad.

Al apoyarnos fundamentalmente en las distinciones analíticas de Da Matta (1983) para la elaboración de este capítulo, hacemos enseguida una explicación resumida y simplificada de aquellas.

El autor parte de la distinción entre las fechas de rutina y los ritos o eventos. Los primeros están constituidos por la jornada de trabajo, las acciones repetidas en el día a día; los segundos, son las fechas especiales, esas que se marcan o buscan estén señaladas en rojo en el calendario. Es el tiempo vacío, del no-trabajo; en suma, de la extra-cotidianidad (op.cit: 40). El mismo autor distin-

que dos tipos de ritos: las fiestas, eventos informales; y las solemnidades (o ceremonias), los formales. El primero se caracteriza por el «descentramiento», la prevalecencia de la alegría por encima de los mensajes; el segundo, por el señalamiento de las divisiones o distinciones internas, pues la estructura jerarquizante aparece constantemente de manifiesto.

Como fiesta «extrema», de radical alegría e irreverencia, está el Carnaval. Previo a la cuaresma, al período de penitencia y recogimiento en el mundo cristiano, el carnaval es por contraste el tiempo de liberación, de la desinhibición festiva, de lo lúdico y la inversión transgresora. Pero más allá de las risas y los gestos burlescos, la carnavalización, dice Bajtin (1971), permite también la liberación de las conciencias de la seriedad impuesta por las jerarquías, «del dominio de la concepción oficial, permitiendo lanzar una nueva mirada sobre el mundo; una mirada desprovista de pureza, de piedad» (246).

En el lado formal, el evento que propone Da Matta como paradigmático (para el caso brasileño) es el Día de la Patria. Se trata de la celebración de un momento importante en la Historia de un país, empíricamente ubicable y documentado (a diferencia del carnaval). En él, constantemente existen situaciones y detalles que aluden a la ubicación del sujeto dentro de una estructura jerarquizante. De hecho, el momento central está constituido por el desfile militar, ceremonia que refuerza la idea de orden.

Sin embargo, la riqueza analítica del autor está en evitar presentar una dicotomía simplista y excluyente. Más bien nos propone un *continuum*, donde el Carnaval y el Día de la Patria se ubicarían en ambos extremos. En un lado, tenemos el predominio de la creación de *communitas*, es decir, de lazos horizontales, de comunión entre semejantes⁶⁴; en el otro polo, la tendencia al reforza-

64 La fiesta como momento de la construcción de un sentimiento de comunidad puede expresarse en las palabras de Abbie Hoffman, quien proclamara la *Woodstock Nation*. En un proceso que se le siguió por las protestas de

miento de las jerarquías⁶⁵. Pero, como bien señala, una tendencia no excluye a la otra. Así, en el Carnaval podemos encontrar aspectos simbólicos que remiten a lo estructurado (por ejemplo, la misa). Igualmente, en el Día de la Patria hay momentos de comunión colectiva. Por ejemplo, cuando los amigos o la familia se disgregan (dejan de ser simples observadores del desfile) y departen libremente.

Aprovechando esta secuencia analítica, nos aproximamos a los días feriados en la Lima de comienzos de siglo y tratamos de explicar sus implicancias en la integración social, haciendo énfasis en el reforzamiento de los vínculos verticales.

Las festividades de la Lima del novecientos han sido descritas por varios cronistas de la época (el joven Mariátegui, Carrera Vergara,

Chicago, Hoffman respondió al juez: 'La nación de Woodstock no es un lugar sino un estado espiritual; de la misma manera los sioux llevan su nación consigo' (Schmitt, 1994: 94). La fiesta se torna carnavalesca cuando representa la proyección invertida de nuestras comunidades oficiales. Jimi Hendrix tocando el himno norteamericano en Woodstock puede ser la expresión de ello.

65 La oposición conceptual *communitas*/ estructura es tomada del antropólogo Victor Turner (1988). Según el autor, se trata de dos modelos vivenciales entre los cuales fluctúa la experiencia humana. El modelo estructural está 'presente a la sociedad como un sistema estructurado, diferenciado, y a menudo jerárquico, de posiciones político-jurídico-económicas con múltiples criterios de evaluación, que *separan a los hombres en términos de 'más' o 'menos'* (103). En tanto, el modelo *communitas* «es el de la sociedad en cuanto *communitas*, comunidad, o incluso comunión, sin estructurar o rutinariamente estructurada, y relativamente indiferenciada, *de individuos iguales (...)*» (104). La *communitas* es necesariamente transitoria (cuando la experiencia se institucionaliza, deja de ser tal) y espontánea. Su tiempo es el ahora; en cambio, la experiencia estructural se enraíza en el pasado, donde la ley y la costumbre juegan un rol fundamental. Turner, a modo ilustrativo, realizó una lista de discriminaciones binarias. Citamos algunas de ellas (112-113):

Communitas /	Estructura	Necesidad /	Sagacidad
Igualdad	Desigualdad	Ausencia de	Jerarquías
Ausencia de	Propiedad	jerarquías	
propiedad		Humildad	Legítimo
Ausencia de	Status		orgullo de
status			la posición
Homogeneidad	Heterogeneidad	Sencillez	Complejidad

Gálvez, Gamarra), por otros más bien anteriores (Segura, Fuentes) y viajeros de paso en general (Pradier-Fodéré, Radiguet, etc).

De las festividades mundanas, de modo similar al caso brasileño, el carnaval constituía la fiesta de más jolgorio, desinhibición e irreverencia, en suma, de mayor «deshueve» en todo el año.

Ya Manuel Asencio Segura se quejaba en más de un artículo, en la primera mitad del siglo XIX, de esos días en que la gente cambiaba de actitud y el comportamiento público -rutinariamente marcado por cierta seriedad y distancia, al menos en las clases medias y altas- de pronto se hacía lúdico y carente de «respeto», de tal modo que las calles resultaban peligrosas para quien pretendiera excluirse del juego.

«Ni las personas enfermas, ni los viejos, ni los eclesiásticos escapan del furor del juego. Nadie -cosa incalificable, sobre todo en un país donde la religión católica es llevada hasta el fanatismo-, ni siquiera el sacerdote que lleva el viático se libra de ser recibido por una granizada de cascarones (...) Las calles son inundadas, se escuchan gritos, pasos precipitados, los estruendos de las ventanas que se desmoronan, y frecuentemente se es testigo de batallas que, entre gentes de color, terminan invariablemente con golpes de cuchillos» (Pradier-Fodéré, 1987: 168).

El agua, los huevos crudos eran los típicos instrumentos carnalescos. Agredir a las personas de modo burlesco es el objetivo de las batallas. Sin embargo, la violencia ritualizada podía pasar a verdaderos enfrentamientos con cuchillo.

Por otro lado, la viajera parecía sorprenderse que todos, no importaba su condición social, se aunaran al juego. Pero es que el carnaval es el momento de la interrupción temporal del orden. La gente pobre buscaba su «revancha» con un huevo bien tirado en la calva de un diputado; y la niña de sociedad veía la posibilidad de liberarse de la rígida etiqueta que le era impuesta y lanzaba polvos de talco a la nodriza o a la tía; el joven atormentado en el colegio

arrojaba un cubo de agua al sacerdote despistado. Así, la injuria y la risa era las «compensaciones» que esta gente encontraba en los días de carnaval.

Y es que el Carnaval consiste precisamente en una comunión lúdica, marcada por la trasgresión del orden cotidiano. Las jerarquías están presente, pero por negación: se agrade lo que perturba en la vida diaria.

Existían, además, las fiestas religiosas. La Semana Santa, la Procesión del Señor de los Milagros y las Navidades constituían las principales fechas. Analizaremos enseguida la Semana Santa centrada en su día inicial, el Domingo de Ramos, y la Procesión del Señor de los Milagros.

1. EL DOMINGO DE RAMOS. UNA SECUENCIA ESPACIAL.

Según Carrera (1954), en Domingo de Ramos tenía lugar una misa muy popular en Abajo el Puente, en la iglesia del Baratillo (hoy inexistente). Por un lado, la gente se congregaba para escuchar misa.

El oficio litúrgico se da en el espacio cerrado de la iglesia, usualmente ordenado para distinguir notables de «gente común». Los primeros, obviamente, están ubicados más cerca del altar. Por otro lado, la misa ofrece sermones, los que -al menos en esa época-recordaban la necesidad de aceptar el estado de cosas. Pero el mismo ritual da también la oportunidad del encuentro desenfadado, en el exterior. Así nos lo cuenta Carrera: desde las primeras horas de la mañana, el Baratillo se llenaba de gente de diversas categorías sociales y «sexos y colores». Allí pasaban el día, algunos almorzaban incluso en las mesas de las vivanderas, «disfrutando de las escenas populares, impregnadas del más puro criollismo»:

«Caldeaban un tanto el ambiente esos cholos coronguinos de a pie y a burro, hoy desaparecidos, con su pregones, español

cabeceado con serrano (...) En lo mejor se presentaba el gran Nicanor de la Maza, tipo popularísimo como pocos por su beatitud original de lo más costeante y chabacana. Había que verlo con su rostro mofletudo y semisonriente, de chaqué ancho y largo, andar a paso corto y sandunguero de aquí para allá y de allí para acá, con tamaño rosario en las manos siempre a medio alzar, y luciendo en la tabla del pecho la mar de escapularios, medallas, cordones y estampas santeras. Parecía funcionario de la Cancillería en traje de gala. No faltaba a ninguna de estas fiestas religiosas, siendo el hazmerreír de la feligresía, no sólo por la facha sino por el hablar lento, gangoso y entrecortado. Se sabía todos los cantos y rezos habidos y por haber y, en veces, los granujas hacíanlo tirar piedras (...)» (125-126)

Tanto los «negros coronguinos» como Nicanor de la Maza constituían personajes irreverentes, pues transformaban sus mensajes en motivo de risa y alegría. Especialmente el segundo, al cual se le describe con más detalle, era carnalesco en su habla, en sus gestos y apariencia. El pobre medio loco, por ejemplo, causaba diversión a partir del uso de la ropa de «funcionario de Cancillería»; es decir, al mezclar su *status* marginal con signos exteriores de prestigio y poder social. Así, la gente se divertía con ellos, sin excluirlos: en las festividades, a diferencia de las ceremonias solemnes (donde hay constantemente la idea de la afirmación del orden), se pueden aceptar a gente burlesca, incluso loca⁶⁶.

Siguiendo con el relato, en ese otro lado del puente se iniciaba la procesión que se dirigía al Centro de Lima. Inmediatamente, los militares se hacían presentes a través de la Banda de Artillería. Aquí interviene el segundo componente estructurante: primero fue la misa (poder religioso); ahora la banda ordenada de la artillería,

66 Recordemos a Foucault, su idea del poder y la exclusión que éste impone a los discursos considerados «irracionales», definidos como locura a la luz de la racionalidad establecida.

«lo mejorcito de entonces» (126) (poder militar). Pero, en esta parte de la procesión predominaba aún la comunión desordenada, festiva: unos muchachos jugaban con la burrita del Cristo; desde los balcones mujeres guapas, de «moño y peineta», así como las «de mal vivir» (127) saludaban por igual el paso del Señor, el cual iba camino al puente que lo separaba del Centro y, simbólicamente, de Jerusalem (el otro Centro).

Una vez allí, concretamente en la Plaza de Armas, el Señor era recibido por el Presidente y familiares, edecanes y a veces ministros, «mientras los mayordomos salían a vaciar sobre las andas grandes azafatas de jazmines y azucenas». De este modo se hacía presente, desde lo alto del balcón de Palacio, el representante del poder político. El acto de humildad y cortesía -el ofrecer flores a la imagen del Cristo- se convertía también en un acto de reconocimiento de su autoridad, pues su ofrenda no era la de cualquiera: era la gran ofrenda. A diferencia de las mujeres que arrojaban flores con sus manos, desde sus balcones particulares, el Presidente lo hacía a través del mayordomo de palacio (otras manos, enguantadas), con «grandes azafatas». También el Arzobispo de Lima, a su turno, daba su tributo al Cristo, pasando luego a dar la bendición «que hacía santiguarse a tuti li mundi».

La asistencia en la Plaza también era diferenciada. No todos asistían acodados en la multitud, la cual tenía que esperar por horas, de pie, la llegada de la Procesión. «En las bocacalles veíanse carruajes descubiertos, ocupados por familias adineradas». Aquí, a diferencia de lo que ocurría en Abajo el Puente y en la mayor parte del trayecto, la fiesta se solemnizaba y los elementos jerarquizadores eran más notorios. Los creyentes no asistían de modo igual, no todos se juntaban. En la Plaza de Armas, la distancia del suelo parecería marcar los rangos: «gente común», de pie; notables principales, en carruajes; autoridades políticas y religiosas, en balcones. Aquí, en el centro del Centro, espacio de la concentración de los edificios públicos más importantes, la Procesión tomaba ese nuevo aire.

Posteriormente, la imagen del Cristo Redentor iniciaba el retorno a «su casa». Nuevamente en Abajo el Puente, mientras caía la tarde la solemnidad bajaba sus telones. Cerca del Baratillo «volvíanse a oír los petardos y repiques de campana» (p.130).

El resto de la Semana Santa, como era de esperarse, continuaba con misas y otras romerías. La Procesión del Señor Resucitado, después de la Misa de Resurrección (domingo a las 4 a.m.), daba pie a reuniones de trasnochados en torno a un buen desayuno, en algunos locales con «música jaranera» (132) incluida.

2. EL SEÑOR DE LOS MILAGROS: LOS DOS ROSTROS DE LA IMAGEN

Este culto, se sabe, proviene de la comunidad negra de la costa peruana, concretamente, tuvo su origen entre los esclavos del pueblo de Pachacamilla.

Pronto fue adoptado con devoción por los negros de Lima y alrededores, de modo que su procesión se convirtió en una de las muestras de devoción patronal más fervorosas de la ciudad. En ella como en ninguna otra, la multitud de raza negra y una minoría de otras etnias y mestizajes -siempre gente de origen popular- se reunían para afirmar su *communitas*.

No debe extrañar, sin embargo, una procesión con corte étnico en Lima. A comienzos de siglo, algunos medios de prensa increpaban el celo de los negros por conservar la procesión como ritual exclusivo de su grupo étnico. Pero desde la colonia venía la congregación de devotos en torno a cofradías según las razas. Así, según nos cuenta Pradier-Fodéré, en la Lima de mediados del siglo XIX lo usual seguía siendo esa distinción en el culto:

«En Lima no hay un negro, un zambo, un cholo, que no pertenezca a alguna confradía religiosa (hermandad) (...) Se Conocía en Lima, antiguamente, un cierto número de asociacio-

nes para la veneración de Nuestra Señora del Rosario. Es así que había una Nuestra Señora del Rosario para los blancos, una para los negros, una tercera para los mulatos, una cuarta, en fin, para los indios. Cada color celoso de sus rivales (...)» (op. cit.: 191).

Podemos decir que estos actos de religiosidad tenían como función social el reforzar la pertenencia a los colectivos marcados y diferenciados por la raza.

La desintegración social (y étnica) del país, que apenas unos años más tarde se haría tragicamente patente en la Guerra del Pacífico también se hacía elocuente en estas fiestas, a pesar de compartirse la misma fe católica, los mismos santos y las mismas fechas de celebración.

Sin embargo, a fines del siglo pasado la «aldea» limeña empezaba a cambiar. Por un lado, se expandían los referentes comunitarios populares y empezaba a haber una convivencia más efectiva; por otro, la integración con aspiración o pretención nacional desde la jerarquía del poder empezaba a darse como necesidad en la generación posterior a la guerra del 79. Así, en primer lugar, el Señor de los Milagros amplió sus devotos, de modo que la vivencia de la *communitas* empezó a trascender al grupo casi exclusivo de negros para adquirir un componente más bien popular multiétnico; en segundo lugar, casi enseguida hubo una suerte de intento de apropiación de la festividad por parte de la jerarquía eclesiástica y social del país, con lo que se dio un segundo cambio en la composición de los devotos.

Pero veamos primero lo que recuerda el cronista Carrera Vergara de las procesiones del Señor de los Milagros en su infancia, en la primera década del 900:

«La plazuela de las Nazarenas, no obstante su pequeñez, ofrecía un aspecto imponente por los centenares de fieles (...) que invadíanla desde temprano (...) destacándose, a primera vista, la cantidad de negros devotos con sus hábitos

nazarenos, que en los años remotos mandaban hechos unos dictadores en los menesteres procesionales de su Señor y Patrón (...)» (1954: 246).

El relato llama la atención, en primer lugar, por el tono desenfadado, a veces burlesco y despreciativo con algunos personajes, en especial si se trataba de negros. Estas crónicas no son importantes *a pesar* de los prejuicios del autor, sino *también* por ellos, pues revelan la perspectiva de un participante de la época, un observador obviamente no perteneciente a la colectividad negra, sino más bien a una clase media ligada a los medios de prensa y afecta a la opinión de los notables.

Los negros «mandaban hecho unos dictadores»: es la queja que mencionábamos más arriba por parte de ciertos medios de comunicación que, entonces, empezaban a ver con malos ojos el celo de la colectividad negra por procurar mantener en su interir esta festividad.

«Por doquier veíanse , igualmente, mujeres, morenas graciosas en buen número, vestidas de morado, con cirios encendidos y cubiertas las cabezas con mantos, velos y mantillas (...) Sombreros, ni de fábula. Pabrecita la que, por bonita que fuese, hubiérasele ocurrido asistir llevando puesto uno de esos pastelillos (...); y si era blanca, la cosa agravábase, porque la familia NEGREIROS capaz era de comérsela a bocaditos. ¡Tumbún! ¡Pobre del defensor que surgiera por allí!, de fijo quedaba convertido en otro crucificado auténtico con la pateadura que caíale hasta verlo clavado o sin sentido. Algo parecido ocurría a las pocas blanquitas que por entonces asistían luciendo el hábito de la Hermandad , porque los mismos negros devorábanles con miradas maliciosas y perversas, pues imaginábanse que, antes de ponérselo, habíanse visto y requetevisto delante del espejo (...)» (Carrera, op. cit.: 247).

Como en el carnaval, las jerarquías podían ponerse entre pa-

réntesis, en medio de una multitud que igualaba y ocultaba identidades. Los negros podían atacar sin el respeto social que en tiempos de rutina tenían para con algunos de esos «blancos». De hecho, ello solía ocurrir, pues la comunidad de fieles veía con celo a los nuevos devotos. La desconfianza, según el cronista, venía de la creencia en la falta de fervor, en el mal uso de su hábito que los «blancos» podían hacer, pues se les creía frívolos y carentes de un profundo afecto al Señor de los Milagros. En suma, temían que se banalizara la festividad. Más allá de ello, resulta lógica pensar que existía una razón primordial: mantener la festividad como ritual propio de su comunidad, como inicialmente fue.

En la procesión, cuenta más adelante el cronista, no había bandas militares, sino músicos ambulantes llamados «cachimbos», «con el refuerzo de devotos de unos cuantos del ejército» (247). Quiere decir que en esta primera etapa la estructura militar no tenía injerencia como tal. La banda militar, ordenada, uniformada de acuerdo al arma que pertenece, marcaba el compás de las ceremonias propias del orden jerárquico estatal. En cambio, los músicos ambulantes, con su informalidad tal vez a pesar de ellos, comenzando por sus trajes, la posible improvisación y la soltura mantenían el ambiente de espontaneidad en la festividad popular.

Más aún, conforme acababa el día y comenzaba la noche, la Procesión se iba carnavalizando, el fervor religioso conjugándose con la alegría irreverente. Tal como lo temía el arzobispo Lissón, quien en 1922 ordenó los descansos nocturnos del Señor, para evitar que se dieran «escenas más o menos paganas, dada la diversidad de gente que (...) bifurcábanse por los arrabales circunvecinos invadiendo tambos, pulperías y chinganas a beber (...) y desatarse» (251)⁶⁷.

67 Esta no era historia nueva: desde la colonia, las cofradías de negros se habían caracterizado por su manera peculiar de vivir las fiestas religiosas. Según nos cuenta Rostorowski, «el cabildo de Lima veía con desconfianza las cofradías de negros y según parece en ellas se planeaban delitos y asaltos pero principal-

Bebida y danza, charla y griterío seguían a las horas de circunspección pietista. En realidad, la noche se hacía propicia no para hacer **otra** cosa, sino para **continuar** aquello que habían intentado compartir a lo largo del día: la *comuni3n entre semejantes*.

«Dos días duraba la procesi3n , y nada m3s (...) los diarios la anunciaban con cuatro l3neas en su cr3nica religiosa (...)» (249).

La fiesta multitudinaria vivida con tanto bullicio, que hab3a paralizado calles enteras del centro de la capital, s3lo merec3a una l3nea. Como si se hubiera realizado en otra ciudad. A decir verdad, en cierta forma hab3a ocurrido as3: para los notables, la procesi3n no hab3a tenido lugar.

Pronto esa actitud cambiar3a, ante el «desborde religioso» que los notables -patrones y padrinos- optaron por aceptar... y hacerse «su lugar».

El joven Juan Croniqueur, entonces redactor del diario La Prensa, escribir3a en 1914 una versi3n bastante distinta de la Procesi3n del Se~or de los Milagros. Nuevamente, no interesa la falta de «objetividad» en el recuento de los hechos. En esta cr3nica, m3s que en la anterior, es importante aquello que ve el observador.

La procesi3n tradicional, se titula el art3culo. ¿De cu3l tradi-ci3n? :

«Es la procesi3n del Se~or de los Milagros uno de los 3ltimos rezagos del pasado tradicional. *La m3s t3pica tal vez de las manifestaciones de ese risue~o, fastuoso y alegre criollismo que se extingue*. En ella palpita el alma de la Lima colonial, el alma de nuestro pueblo de criollos perezosos y juerguistas, m3sticos y sensuales (...)» (1991: vol.1, 181). [La cursiva es nuestra]

mente ruidosas fiestas con bailes y m3sica que motivaban las quejas del vecindario» (1992: 150).

Sorprendentemente, de pronto para *Croniqueur* el Señor de los Milagros se convertía en una suerte de Patrono del criollismo desde tiempos de la colonia⁶⁸. Amnesia? Más bien el intento -consciente o no- de dar a la comunidad citadina (hasta comienzos de siglo una referencia colectiva menos relevante que la pertenencia barrial o étnica) una festividad de celebración y, detrás de ello, la ritualización del orden social dentro de la misma.

La gente de «hábitos morados» discurría por las calles. No hay mención a su pertenencia social ni racial. Sólo posteriormente describe unas personas en concreto:

«Ha desfilado delante de nosotros como una romería interminable. Devotas aristócratas y elegantes, sahumadoras vestidas de tosco hábito, morenos sudorosos, monaguillos adolescentes (...)» (182).

El orden no es casual: primero las aristócratas (no sabemos si iban acompañados de sus maridos o acaso este contacto popular religioso se reservaba a las mujeres, como fue ocurriendo paulatinamente con los actos caritativos); luego las sahumadoras, las mujeres de pueblo más cercanas al Señor, usualmente de raza negra o mulatas. aunque no lo mencione el autor; y después los «morenos sudorosos» y «monaguillos adolescentes», la multitud negra y los menores de edad, a un mismo nivel. Una imagen totalmente jerarquizada, una visión patriarcal de la procesión.

«Y es así como lo que antes fuera peregrinación de negros y de plebeyos es hoy suntuosa romería que realzan, devotos, las damas más aristocráticas y gentiles» (181).

68 Unos años antes (1908), encontramos en *Varietades* (octubre 24, no34) una nota donde se hacen alusiones similares: «La procesión citada no tiene ya la importancia que tuvo en la antigua Lima, pero no obstante conserva su carácter popular (...) (Su) tradición se haya ligada al recuerdo del sibaritismo de los antiguos limeños (...)» (p.1092, 1095).

El joven Mariátegui celebra lo que él ve como un cambio en la composición social de los devotos. No quiere decir que no hayan más «plebeyos» en la procesión, sino que las «aristócratas» y «gentiles» habían pasado no sólo a realzar, sino a convertir ese ritual celebratorio de una *communitas* religiosa también en una ceremonia de reforzamiento jerárquico social. Allí se encontraban los grupos sociales usualmente separados; pero, a la vez, ese encuentro estaba marcado por la distinción. El Señor de los Milagros, entonces, mostraba estas dos imágenes: comunión y estructuración, usual en los ritos religiosos, donde se juntan el momento de comunión semejante al carnaval con el de la diferenciación (Da Matta, 1983: 51).

La jerarquía eclesial, tímidamente, también se iba haciendo presente.

«Y ha seguido así el desfile, solemne y rumoroso, de iglesia en iglesia. En alguna en que el `anda' penetrara, ha sonado el dulce coro de las voces femeninas de las monjas. Sus siluetas vagas se agrupaban tras el enrejado inaccesible. Y hemos adivinado manos blancas que se juntaban y se alzaban en un ademán angustioso de plegaria (...)» (183).

El joven Mariátegui imagina -quiere imaginar- a una monjas con manos blancas. Religiosidad oficial y «blancura»: no sólo el autor sino también los otros, los negros y ciertos devotos populares harían seguramente esta vinculación. Pues bien, esas manos blancas saludaban al Señor «tras el enrejado inaccesible»; es decir, desde un espacio cerrado del poder eclesial.

El acercamiento del poder (religioso y político) en el ritual popular se iría acentuando hasta llegar a Leguía, quien en los años 20, llevado por una orientación populista, trataría de integrar como culto nacional (con lo limitado que eso significaba entonces) al Señor Morado, del mismo modo que institucionalizó el carnaval, y, años atrás, apadrinara al equipo de fútbol que luego se convertiría

en el Alianza Lima. Un año antes, en 1920, el arzobispo de Lima, monseñor Emilio Lissón, salió del Palacio Arzobispal para unirse a la Procesión, oficializándolo así en el rito católico.

En los años 10, este «apadrinamiento» político aún no se daba. Pero sí, en el plano social: como dijimos, aparecieron personas de nivel medio y superior, desde finales de la primera década de este siglo. Como es mirado por Croniqueur, se sumaron para encabezar la festividad. Igual que en el fútbol, fueron probablemente los nuevos padrinos de la vida social limeña -es decir, nuevos ricos- quienes más se acercaron a las organizaciones masivas que los miembros de la encumbrada oligarquía.

3. LAS FIESTAS PATRIAS

Seguimos con los relatos detallados de Carrera. Según recuerda el autor, 1902 marcó un momento crucial en la historia de las celebraciones de Fiestas Patrias: aproximadamente a partir de esa fecha, los Parques de la Exposición fueron ganando protagonismo, a expensas de la Plaza de Armas y sus calles aledañas. Analizaremos brevemente sus implicancias.

El 27 de julio era una suerte de día de campo en la Plaza de Armas. Las numerosas vivanderas peleaban con anticipación los lugares a ocupar, pues la fiesta atraía a una multitud de limeños que llegaban con sus familias, dispuestos a pasar parte del día, a la espera de los fuegos artificiales de media noche, en conmemoración al nacimiento de la república.

Algunas personas alquilaban sillas de esterilla y así tertuliaban con más comodidad. De 8 a 12, escribe el cronista, la alegría invadía la Plaza y calles adyacentes.

Los actos solemnes de ese día eran matizados, «suavizados» en constantes quiebres de protocolo: ante la marcha de unos militares por el Jirón de la Unión, grupos de jóvenes «de las distintas clases sociales» formaron sus propios grupos y marcharon también, hacia

la Plaza de Armas. Aunque en ese acto cívico espontáneo las diferencias no se dejan de señalar: tal como parece indicar el relato, en efecto marcharon personas de diferente extracción social; sí, pero cada uno se agrupó de acuerdo a su posición o profesión. Así, nos cuenta Carrera que, por ejemplo, unos jóvenes intelectuales (se entiende, estudiantes de San Marcos) hicieron un grupo particular.

En la Plaza, las vivanderas avivaban los fuegos de sus puestos de comida. Mientras, sonaban las retretas militares de las bandas del ejército.

Al final, a la media noche, venían los fuegos artificiales, para deleite de todo el público. En esta parte, por primera vez son mencionados personajes de esa comunidad popular tan vinculada con la pirotecnia: los chinos.

«Después de los fuegos, las familias instaladas en las sillas de la pila y demás asientos se repartían por distintos lugares, en busca de otra clase de esparcimientos, visitando los bares y cantinas (...) donde se amanecían, en pleno refocilamiento copológico, oyendo música de valsos, polcas y mazurcas, sin bailes (...) Pero los que se quedaban en la Plaza gozaban mejor que nadie, sin lugar a dudas. Eso era el desborde de criollismo y democracia. Invasión completa a las mesas de las vivanderas (...) y las tamaleras y humiteras que olían a puro chanco y a puro manjarblanco. Todo acompañado con pisco y [chichas] de diferentes clases (...)» (118).

Una vez acabados los fuegos, el esparcimiento se relaja aún más. Los que permanecen en la Plaza, gozaban del «desborde de criollismo y democracia»: es al acabar la jornada celebratoria cuando el ambiente se torna más popular (recordemos que las expresiones musicales criollas entonces eran sinónimo de popular urbano) y más «democrático», esto último, suponemos, entendido como comunión entre ciudadanos iguales.

Esta fiesta, llamada *noche buena*, se extendía y trasladaba a la

población a diferentes lugares de Lima. En 1901 *El Comercio* (28/08) nos cuenta de una muchedumbre alegre que «desde las primeras horas de (la víspera) recorría el jirón de la Unión y los portales de Escribanos y Botoneros (...).» A las 8 y media de la noche salían de Santa Catalina las bandas de música de los cuerpos del ejército. «Iba entre las hileras de soldados que conducían hachones; de manera que ofrecía aquello el aspecto de una procesión nocturna (...).» En la Plaza de Armas hubo gente que se les unió en su ruta por Desamparados, hasta los balcones de Palacio, donde tocaron diana al Presidente. Después marcharon por el jirón de la Unión, dando vivas al gobierno. Entonces la procesión se había engrosado en no menos de 5,000 personas, según el diario. A las 10 y media se quemaba el castillo en la Puerta de la Exposición. «A las doce de la noche el girón de la Unión estaba aún bastante animado.»

Entonces la procesión pasaba de la Plaza de Armas a la Exposición, para que, una vez acabado el evento previsto, la muchedumbre regresara al Centro, a divertirse a su libre albedrío. Para ello había establecimientos abiertos y ambulantes dispuestos a atenderlos. El momento de más libertad es el de más *comunitarismo*: era en el Centro donde ello se hacía posible.

Al día siguiente la ceremonia se tornaba un tanto más solemne. El 28 de julio era el día de la lectura de discursos, Jura de la Independencia, de los desfiles militares y escolares, las bandas del ejército, la salva de 21 cañonazos. La gente se volvía más espectadora, estática; los personajes centrales del desfile eran los militares -guardianes del orden-, no la «procesión» de uniformados sobrepasados por el gentío, como en la víspera. De los otros que desfilaran, los colegiales, su comportamiento era (y es) de imitación a los soldados, ejemplo del disciplinamiento a seguir.

Los mensajes solían estar llenos de lugares comunes, palabras aglutinadoras de la población (o a los que entonces podían considerarse sus ciudadanos) en las mismas aspiraciones y preocupaciones.

Estas jornadas de Julio apuntaban a centrarse en la integración en torno al poder, tanto de modo solemne como festivo. En efecto, había ciertos espacios para la quiebra del protocolo, luego, para la participación espontánea, para la vivencia de *communitas* en torno a esa fecha nacional. Y no sólo quiebra de protocolo; en la víspera sobre todo, como hemos visto, se reforzaba esa vivencia comunitaria, pues la fiesta alcanzaba a transformar por unas horas al centro simbólico de la autoridad (la Plaza de Armas) en espacio de descentramiento, de «puro criollismo y democracia».

Después de 1902, sin embargo, las Fiestas Patrias fueron adquiriendo un sentido distinto.

La Plaza de Armas venía sufriendo desde 1898 una serie de transformaciones destinadas a «modernizarla», esto quiere decir, a racionalizar su espacio. La modernización que se entendía entonces implicaba despopularizar el Centro, reforzar su carácter simbólico de poder. La Plaza como eventual lugar de esparcimiento (o mercado) y de fiesta debía ser eliminado. Así, el alcalde Echenique mandó «descuartizar» sus ficus «entre gallos y media noche (Carrera, op. cit.: 169). En 1901, el burgomaestre Elguera los reemplazaría por palmeras y «arbolitos con la mar de bombo, por una comisión de expertos de modernismo» (idem. 178). Los árboles nuevos pasaron a integrar una lógica más decorativa.

Si seguimos a *El Comercio*, el cambio en el ambiente se dio sobre todo entre 1903 y 1905. Por un lado, el ritual oficial del poder se mantuvo en el Centro: la marcha del presidente al Congreso, el desfile, el *Te Deum*; sin embargo, se trató de «armar» la fiesta en los Parques de la Exposición, organizados por la élite social de Lima.

En 1903, *El Comercio* (30/08) apuntaba que «el entusiasmo del pueblo no ha decrecido un solo instante». El 'Club Union Cricket' organizó una «hermosa y brillante fiesta, que despertó de antemano, no sólo el interés del pueblo, sino también el de las clases más altas de nuestra sociedad (...).» Según sus conteos, unas

15,000 personas se distribuyeron entre el Campo de Santa Beatriz y la plazuela de la Exposición.

En 1904, la situación empezó a cambiar.

«*Alguna animación* empezó a notarse desde las últimas horas de la tarde de ayer en las calles centrales de la ciudad, especialmente en el girón de la Unión y los portales (...) El público, en bastante número, afluyó a la plazuela de la Exposición, á pie, en coches y tranvías (...) En la plazuela de la Exposición se veía profusión de mesitas de noche buena y hacia el lado de la estación del eléctrico un castillo, que fue quemado á las diez, ante la *espectación* de algunos miles de personas. La procesión militar y de antorcha se suspendió á última hora y solo la banda de artillería tocó retreta (...) Se ha notado *mucha menos animación* que en otros años.» [La cursiva es nuestra] (28/08).

Según el redactor del diario, sólo «alguna animación» pudo encontrar en el Centro. La *espectación* (más que algarabía) encontramos ante las actividades en la Exposición. Al día siguiente (29/08), se reporta que «las últimas horas de la tarde de ayer se deslizaron sin gran entusiasmo». Es decir, se confirma la impresión de este descenso en el ánimo ciudadano. ahora bien, probablemente podríamos pensar que este cambio se hubiera debido a que las fiestas patrias de 1904 estuvieron marcadas por un proceso electoral. Aunque no negamos esa posibilidad, en 1905 y 1906 el mismo diario reporta un cambio sustancial con respecto a 1903 hacia atrás: la fiesta callejera en el Centro fue perdiendo su importancia en la prensa, para dar paso a espectáculos organizados por las autoridades (por ejemplo, el más resaltado periódicamente en 1906 fue el de los «ejercicios de flexibilidad» de los colegios fiscales de Lima y Callao en Santa Beatriz) y la *kermesse* de las «damas de la sociedad», en los Parques de la Exposición.

Las espontáneas reuniones populares en los lugares públicos del Centro fueron perdiendo la atención de la prensa y la

relevancia de antes. No es casual que para mediados de la década del 10, un escritor como Enrique Carrillo las califique -junto a la celebración oficial en el Centro- de huachafas (1915: 276).

En cambio, las autoridades políticas y locales organizaron eventos donde el papel de la multitud únicamente era el de espectadores. La élite apoyada por la prensa asumía la organización de una *kermesse* con puestos ambulantes, en una imitación bien montada de la fiesta en el Centro. Lógicamente, no estaba hecha para la nocturnidad, sino que acababa decentemente con la luz del día. Las fiestas patrias, entonces, ganaron en el aspecto estructurante y perdieron en esa espontaneidad callejera que promovía la integración horizontal. El Centro, paulatinamente, fue quedando como el espacio de las ceremonias oficiales de las fechas, donde el público asistía no para una fiesta larga, sino para una ceremonia concreta a esperar.

Tenemos, en suma, distintas fiestas nacionales en las que gente de diversa extracción social de alguna manera se congregaba. Posiblemente, en las Fiestas Patrias una persona de la élite no comía en la mesa de una vivandera, ni se sumaría a la multitud «morena» en la Procesión del Señor de los Milagros, pero algunos sí buscaban el modo de hacerse presentes, sea desde el balcón de una casa particular o de un club, o desde un carruaje descubierto. Maneras, por cierto, de estar presente marcando distancia.

De modo distinto y de intensidad diversa, de acuerdo a los tiempos establecidos para cada evento, había en esas fiestas tendencias jerarquizantes. Distintas esferas del poder tomaban ubicación simbólicamente, afirmando sus posiciones de prominencia: los bancos cercanos al altar, en la misa; la espectación desde los balcones; etc. También los gestos y expresiones marcaban las jerarquías: la ofrenda del Presidente desde el balcón presidencial, su propio discurso a la Nación, la mirada distante desde un carruaje, al igual que las propias vestimentas o accesorios (los uniformes en el desfile militar).

Pero también estas fiestas brindaban elementos de comunión social, con rasgos festivos.

En suma, a diferencia de la rutina diaria, estos ritos brindan la posibilidad de encuentros colectivos con una carga simbólica más fuerte, compleja y cargada en varias direcciones.

**La Dinámica electoral:
las expresiones ciudadanas
y la prensa electoral**

Hemos tratado de explicar las prácticas sociales cotidianas en diversos espacios que, conjuntadas, daban al sistema político restringido una cierta estabilidad. Los capítulos 2, 3 y 4 estaban dedicados justamente a dar cuenta de esa cotidianidad.

Ahora nos toca mostrar la dinámica del momento propiamente político: las elecciones. Dentro de ellas nos centrarnos en la estrategia electoral. Es decir, tanto en la organización de los clubes políticos y en la labor intermediadora de los capituleros, como en los mítines y las movilizaciones públicas. Y paralelamente la otra campaña, la librada entre los periódicos. En este último caso no nos interesa tanto cómo siguen las jornadas electorales, sino qué visión expresan de los ciudadanos; es decir, al margen de sus posiciones, cuánto se apegan o no a la lógica de la democracia restringida, cuán disruptores o conservadores son respecto del orden político.

1. EL SISTEMA ELECTORAL.

Entre 1899 y 1903, el partido Civil fue desplazando a su socio, el partido demócrata de Piérola. Lo más importante, quizás, fue el control de las Juntas Electorales, con lo cual hasta 1912 se

aseguraron las victorias en las elecciones presidenciales y amplias mayorías en las cámaras legislativas.

De acuerdo con la ley electoral de 1896, dichas Juntas reemplazaban al poder legislativo en la facultad de calificar las credenciales de los ciudadanos. Además, les correspondía la verificación de los escrutinios y la proclamación de los elegidos (Basadre, 1980).

La intención de Piérola, al promover una nueva ley electoral, fue la de dejar las elecciones en manos de profesionales, lo más alejadas posible de la injerencia partidaria. De hecho, a él se debe el ordenamiento del Estado peruano en aspectos tan diversos como la emisión de moneda y la formación militar. Sin embargo, en cuanto a la regulación de las elecciones no logró impedir que el partido Civil manipulara las Juntas a su favor.

Hay que aclarar, sin embargo, que el porcentaje de votantes se vio considerablemente aumentado a partir de dicha reforma, pues dio paso al voto directo⁶⁹. Las cifras del censo de 1908 nos dan los siguientes resultados:

Total población ciudad de Lima:	140,884
Población electoral habilitada para votar:	18,731

La cifra de ciudadanos, de hecho, es más elevada que la segunda cifra. Esta no se refiere a la cantidad total de ciudadanos, sino a los «habilitados» para votar. Es decir, que ese 13.3% de electores estaban aptos para ejercer su derecho en las urnas, previa

69 La Constitución de 1823 establecía un elector por cada 200 personas, «cualquiera que sea el censo parroquial» (artículo 33). La de 1828 establece 1 elector para cada 200 personas pertenecientes a una misma parroquia (art. 13). El elector debía cumplir una serie de requisitos, entre ellos ser alfabeto y tener una propiedad raíz o un capital que proporcione una renta anual de 300 pesos, o ser maestro de arte u oficio o profesor de alguna de las ciencias (Miró Quesada, 1959: 71).

inscripción en el Padrón de sufragio antes de cada elección. Ocurría, entonces, que esta inscripción era ocasión de «descartes» y fraude. Según el censo del final de ese período⁷⁰ (1920), eran electores en la provincia de Lima casi la quinta parte de la población (19%). En el distrito, el 21%:

Total población censada prov. Lima: 223 807 estimada: 228,740
Total población censada distrito Lima [ciudad]: 173,007

Población electoral provincia: 43,435
Pob. elect. dist.Lima [ciudad]: 36,519

Este informe no da cuenta, como en el censo de 1908, si las cifras se refieren la población electoral total o la habilitada en las últimas elecciones (1919).

De todos modos, Estas los porcentajes de votantes se reducían considerablemente a nivel nacional: del 1% al inicio del período, se incrementó sólo hasta el 3% en 1919, según algunos autores. Otros estiman para esa fecha hasta un 5% De todos modos, poco significativo.

Lo cierto es que por lo menos en Lima y en las principales ciudades se hacía ineludible la propaganda política ya no sólo a nivel exclusivamente interelitario. Aunque se inventaran electores ya muertos (Capelo, 1895), o las Juntas borrarán a algunos vivos, y a pesar del control del poder electoral por parte del partido Civil, no se podía eludir la comunicación con esa «masa electoral», a la que debía convencerse de la necesaria continuidad del civilismo (por lo menos en las campañas de 1904 y 1912, donde Piérola y Billinghamurst representaron una seria amenaza).

En los «clubs», mediante promesas diversas y obsequios inmediatos (butifarra, pisco, etc) se preparaba al elector a votar a favor de determinado señor.

70 *Censo de Lima y Callao 1920*, Ministerio de Fomento. Lima, 1921.

2. EL «NEGOCIO» POLITICO.

La visión «comercial» de la política fue una característica del sistema mismo. Como hemos visto en el capítulo 4, la lealtad política se basaba en favores individuales; la «opción electoral» en parte dependía, entonces, de la generosidad del candidato. Y la ley no solía representar un límite para estos acuerdos. Así lo muestra el Acuerdo Preelectoral para la Candidatura de Rafael Larco Herrera (Huamachuco, 1911). En él los firmantes se comprometen a luchar a favor de la candidatura del referido postulante. Según el documento, en el punto 6 «los *Presidentes de las Mesas Receptoras de Sufragio, se comprometen a hacer triunfar la causa, por todos los medios posibles que estén á su alcance.*»⁷¹ Es decir, tenía asegurada la parcialidad de los presidentes de mesa.

Este trato, seguramente firmado entre los notables de esa ciudad, era el comienzo de una cadena de compromisos que se extendía hacia abajo. De hecho, en ese mismo documento se acordó nombrar una Junta Directiva y Comisiones «para que se encargaran de conseguir en los cinco cuarteles de la población, á todos los inscritos para que puedan votar»: por un lado, aumentaban los partidarios con misiones específicas, de diferente nivel de responsabilidad -que seguramente, en esa misma proporción, luego serían reconocidas-; por otro lado, el «conseguir» a los inscritos era, obviamente, para asegurar sus votos, lo cual generaba otros compromisos.

Se trataba de la misma cadena vertical de donantes/protectores que, en muchos casos, comenzaba en la presidencia de la República. Así, el Presidente era el gran Patrón Político, y en Palacio eran recibidos los más humildes clientes (Stein, 1986: 76). La Beneficencia Pública se encontraba acaparada por la élite de nota-

71 Colección Raúl Porras Barrenechea, *Acuerdos tomados por los partidarios políticos del Sr. Rafael Larco Herrera, para llevar adelante su campaña eleccionaria.* Huamachuco, 18/05/1911.

bles: ellos debían dirigir la caridad; de otro modo, el espectro político se ampliaría a otros patrones.

Ahora bien, no se trataba únicamente del simple pago por el voto. Como hemos dicho, las ofertas que confirmaban la lealtad política (como otras de diverso tipo) no sólo eran monetarias: lo más importante era la concesión de favores y la protección en una vida social marcada por la irregularidad, el privilegio. Para ello, se expedía una suerte de cheque en blanco, un compromiso de lealtad a futuro. De ganar el candidato, la lealtad debía ser renovada mediante la concesión de nuevos favores o la confirmación de la promesa de protección.

Esta cadena de compromisos que vinculaban verticalmente a los pobladores de Lima, de alguna manera cumplirían una función similar -sobre todo para fines electorales- en el resto del país. Estaría conformada piramidalmente (y de modo desigual) desde cada pueblo del país hasta la capital⁷².

Probablemente, conforme salíamos del medio rural al urbano, la relación cara a cara entre los miembros de los diferentes grupos sociales se hacía menos frecuente, incluso extraña. En las ciudades la distancia social se reforzaba de modo más claro. Entonces la labor de los intermediarios cobraba más relevancia. Los hombres

72 Por ejemplo, para el caso Hualgayoc Lewis Taylor (1990) habla de la segmentación vertical del pueblo: «(...)En la mayoría de los casos la población (de Hualgayoc) decidió sus preferencias políticas a través de lazos personales o la conveniencia social (...)La sociedad hualgayoquista era segmentada verticalmente en lo que se refiere a cuestiones 'políticas'. Cada pueblo o distrito tendía a la división en dos, a veces tres bandos rivales, y todo grupo político era una amalgama informal y policlasista (...) A nivel departamental y provincial los dirigentes de las facciones eran normalmente los hacendados, mineros o comerciantes más pudientes del lugar(...) Los lazos de clientelaje al interior de una facción no eran consolidados (...) (El resultado de las luchas entre facciones) podría afectar el bienestar económico, la estabilidad familiar, y en no pocas ocasiones, la supervivencia física» (p.220-223). Ya Mariátegui encontraba detrás del gamonal, «una larga jerarquía de funcionarios, intermediarios, agente, parásitos, etc.» que aseguraban el poder político en sus zonas rurales de influencia (1973: 37n).

que trabajaban específicamente en esa misión durante el período electoral fueron los capituleros. Y, a falta de locales partidarios donde departiesen los diferentes sectores sociales de la ciudad, semanas antes de las fechas de sufragio se creaban espacios electorales de encuentro entre patrones y clientes: los clubes políticos.

Los capituleros.

Capitulero es sinónimo de cabildero. Se decía que alguien «cabildeaba» cuando gestionaba con maña para ganarse la voluntad de los miembros de alguna institución.

La historia de los capituleros como «trabajadores» políticos es tan antigua como la república. Probablemente, luego de la reforma electoral de 1899, el papel de los capituleros se hizo más importante debido a la ampliación del voto directo. Los capituleros reforzaron el vínculo entre el cuerpo cerrado de los partidos (más bien los candidatos), sobre todo del partido Civil, y el común de los electores. Obviamente, más que las ideas importaba la consecución inmediata de los votos, a como diera lugar. Las promesas y los hechos estaban condicionados a ello.

Son pocas las referencias que tenemos de los capituleros. Gamarra escribe:

«Suele ser un hombre que tiene roce con el pueblo, que no tiene embarazo para tomar con él una copa en la pulpería y que no carece de padrino para sacar de la comisaría al que es llevado por proselitista, ni para conseguir favores menudos semejantes: por lo general, suele ser compadre de este o el otro personaje (...)» (1921: 10)

Gamarra ubica a los capituleros como propiamente intermediarios: iban a tomar copas a las pulperías y, además, no eran necesariamente del pueblo, aunque debían tener «roce» con él. Debían tener siempre un padrino que le brindara influencias y un

compadre que le pudiera hacer «favores menudos». El capitulero, entonces, *ponía en función la red de relaciones interpersonales en la vida política.*

¿Qué otras características tenía la labor de capitulero? En las olvidadas crónicas chichlayanas de León Barandiarán y Paredes, *A golpe de arpa* (1935), también se los describe⁷³. Según los autores de este texto, una característica de dichos sujetos era el servilismo. Algunos tenían ambiciones políticas, otros esperaban también, aparte del dinero, los favores de diversos tipos que concede el poder.

«En vísperas de elecciones se le ve detenerse en todas las chicherías y esquinas, gritando y gesticulando, con un buen garrote de palo de chonta en la mano derecha y con la otra señalando a las estrellas (...)» (131)

Chicherías (picanterías)/ calle-mesa/ clubes políticos/ chicherías/ calle-mesa electoral: una ruta de los capituleros en las elecciones. Recorría esos espacios no sólo como un hampón que amedrenta al bando contrario. Parte de su labor era la demagogia. Era el que hacía la propaganda en los espacios generales (o populares). Según los mismos autores:

«En los días de elecciones se le ve correteando, de las mesas a la casa política, y de estos a las cantinas, para volver a la casa política, donde los correligionarios tienen cerveza barata, butifarras de carne mechada, pisco democrático y chicha eleccionaria, todo a discreción, y de la cual salen los amigos políticos votantes, totalmente inconscientes o borrachos.»

73 Si bien estas crónicas tratan de las costumbres en la costa norte a principios de siglo, nos parece que las características generales de estos personajes pueden ser trasladados a Lima. Dentro del texto de León Barandiarán, la crónica que empleamos como fuente es «Nosotros somos capituleros».

El alcohol corría obligado -por eso la importancia de que el «comercio» se realizara en chicherías y picanterías- y los capituleros tenían una ardua labor aquellos días de elecciones, llevando y trayendo gente adepta o agrediendo a contrarios.

Los capituleros eran pagados, pero nunca directamente por el candidato. Usualmente eran fieles a un patrón político y, a diferencia de la élite, que se mezclaba en los salones y clubes, aunque fueran de bandos irreconciliables, los cabilderos tal vez tomaran la política más en «serio»: según la crónica de León Barandiarán y Paredes, en las chicherías dejaban su sueldo invitando a los amigos, necesariamente correligionarios. En una crónica de Clemente Palma, el capitulero Corrales debía firmar un compromiso ante su patrón político de no verse con su compadre hasta que terminaran las elecciones: si existían lazos contrarios a la opción política, debían ponerse en paréntesis en el período electoral. Esta exigencia a los capituleros resultaba comprensible: eran ellos los encargados de recabar los compromisos, las fidelidades partidistas, de convencer y sumar los clientes para la causa a la que habían sido contratados. Los notables (salvo, tal vez, los líderes más representativos) podían reunirse al margen de sus diferencias. El trabajo de consecución masiva de votos no dependía de ellos.

Sin embargo, las versiones sobre la fidelidad de los capituleros varían. Para el propio Palma, era simplemente un comerciante sin ninguna contemplación de otro tipo. De modo similar lo describía Abelardo Gamarra. Lo que queda claro, en todo caso, es que se trataba de una *lealtad condicionada*; ahora bien, si como nosotros afirmamos las relaciones de padrinzago y compadrazgo eran importantes en todas las esferas sociales, resultaba difícil pensar que todos los capituleros, sin descuidar sus intereses, no mantuvieran esa fidelidad mínima, al menos mientras estaban a las órdenes de un padrino. Al parecer, los capituleros fueron formando una suerte de «profesión electoral». La tendencia en este sentido, paralela al rechazo de la joven generación de notables a esas prácticas «premodernas» (cuando en realidad no era sino la

institucionalización racional de un modo de acción política), habría debilitado esos lazos de lealtad, con lo que, como veremos al final, uno de los vínculos fundamental para este sistema político restringido se quebró.

Capituleros limeños, famosos de la época, son citados por algunos autores. Carlos Miro Quesada (1959: 98) refiriéndose a las elecciones de 1912, refiere:

«El aspillaguismo (candidato civilista) también tuvo beligerancia y recurrió a los capituleros, llamados Mariluz, Riverito, Capaezzi, Pianna o Santa Cruz».

Según veremos enseguida, los partidos no parecieron tener en Lima más recurso que estos personajes para entrar a los espacios menos exclusivos, junto con los clubes políticos inaugurados semanas antes de las elecciones.

Los clubes políticos.

Estos se creaban antes de cada elección y dejaban de ser financiados al final de la misma. Se solía buscar para presidente de dichas instituciones a un personaje destacado de la vecindad. Su labor, además de constituir la base de los mítines políticos, era también, al igual que los capituleros, la de conseguir comprometer la mayor cantidad de votos en cada barrio. Para ello funcionaban las relaciones de compadrazgo. Arriba de los compadres, el compadre mayor: el Padrino o Patrón, que solía ser el candidato, el que pagaba el club y prometía empleos y retribuciones de diversa índole, si ganaba (Stein, 1980: 125-126).

Clemente Palma, en sus *Crónicas doméstico-político-aurinas*, critica la corrupción del orden civilista. Siguiendo las crónicas, vemos que su personaje, Juan Apapucio Corrales, es llamado para organizar un club aspillagista (1912) entre «los jóvenes vecinos de Abajo el Puente». Dicho club debió tener entre 200 o 300

adherentes. Corrales, convertido en capitulero, pidió una remuneración, la que debía ser no sólo para él, sino para todos los convocados. La suma era pactada finalmente, aparte de la cerveza, el pisco y las butifarras para cada sesión. Los miembros de los clubes, entonces, debían ser pagados.

El club en sí mismo era sobrio. Debía tener, eso sí, un retrato-mejorado- del candidato (en este caso, Aspíllaga); en la secretaria, seguramente un sujeto de fama delictuosa (en la crónica menciona a Tirifilo, famoso hampón de la época que muriera en una lucha de puñales años más tarde). El «respeto» mediante la violencia era un componente a asegurar. A la entrada de las sesiones se les entregaba a los asistentes «tarjetas-vale» de consumo. Los diálogos de la crónica reafirman el carácter mercenario de los votantes.

En una crónica que continúa la anterior, Palma narra cómo los ciudadanos convocados para ese club («Unión y ñeque») traicionan a su patrón para terminar alistándose en las filas de Billingham, el que aparentemente mostraba mejores posibilidades de triunfo. Con ello, nos parece que se confirma el hecho de no tratarse simplemente de la compra de votos. El año 12 fue una fecha electoral especial, donde el populismo de Billingham quebró momentáneamente ciertas fidelidades civilistas. Era un nuevo padrino en escena, más cercano a los sectores populares y que no dejaba de ofrecer el mismo tipo de apoyo propio de su status. El hecho que un empleado de la mafia cambie de padrino no significa que puede hacerlo indefinidamente, y que no deba demostrar fidelidad para el jefe actual, pero es obvio que busca estar del lado del que más beneficio le propicie, es decir, el ganador. Algo similar (sin querer decir que el sistema político sea igual a la mafia, aunque existe un contexto común⁷⁴) ocurría con los electo-

74 Donde el orden público no es eficaz, las leyes suelen ser desestimadas. Como consecuencia el poder tiende a concentrarse, con lo que se extiende la rela-

res, obligados a «olfatear» las mejores opciones dentro de un sistema que se movía en función de los favores.

Los clubes políticos, así descritos, daban más la idea de una conjura en la oscuridad de la noche que espacios deliberativos. Allí se escuchaba al candidato o emisario, sin otra posibilidad que vitorearlo, siempre y cuando no hablara demasiado; en caso contrario, la gente podía exasperarse. Allí se preparaban los garrotes, de madrugada, para tomar las mesas electorales dispuestas en algunas calles. (El trabajo «sucio» marcaba una distancia entre la política «legal» y la «subterránea»). Los diarios dieron cuenta de esos enfrentamientos callejeros, parte del trabajo electoral. Por ejemplo, *El Comercio* (30/08/1904) nos informa sobre uno de los tantos enfrentamientos callejeros en las elecciones. En su versión los agredidos fueron civilistas:

«A las 7 y 30 de la noche de ayer don Eusebio Carlín y dos amigos más, de filiación civilista que se encontraban en la pulpería de la calle San Isidro (...) fueron atacados por un grupo de diez demócratas que á la voz de 'Viva Piérola' les arrojaron una ondanada de piedras (...) Los inspectores de policía Yáñez número 40 y Sánchez, número 41 (...) acudieron a contener el desorden, siendo recibidos con pedradas por los pierolistas. Sánchez cayó al suelo derribado por una pedrada en la cabeza y allí pretendieron ultimarlos (...) En este momento avanzaba al trote el oficial Salas y tres inspectores (...) á cuya aproximación los agresores huyeron, internándose al callejón número 50 de la plazuela de las Mercedarias siendo imposible capturarlos.»

Aparentemente, las barreras entre la política formal y la informal se basaban en implícitos, ya que en algún momento los notables tenían que pisar los espacios públicos generales. Más aún, se-

ción paternalista clientelística. Este contexto es también común a la mafia (Hobsbawn, 1968: 51-52).

guramente les correspondía ser Presidentes de Mesa y, en todo caso, acudir a votar. Siguiendo la misma crónica de Palma, vemos que en un segundo contrato ficcional, supuestamente firmado entre Corrales y Leguía (1919), se dejaba claro que al primero le estaba prohibido «ejecutar su puntería» sobre Aspillaga. Con respecto a su hermano Ramón, quien trabajaba en dicha campaña, sólo estaba permitido «zamparle» un susto, pero no con arma de fuego. De todos modos, en la realidad estos acuerdos no siempre se seguían al pie de la letra. Al calor de la lucha electoral, las balas no distinguían a los notables del «pueblo». Ir a votar casi implicaba sacar el revólver. Así lo demuestra la Carta de Manuel Pardo a El Comercio (26/05/1912):

«Las turbas ciegas de pasión dominaron la plazuela (...) me exigieron que les entregara los documentos de la comisión de sufragio, a lo que yo me negué resueltamente. Esta negativa dio lugar a un momento de indecisión, que yo pude aprovechar para decirle a mis atacantes que si yo no me había defendido con la fuerza ni había hecho uso de mi arma era por no disparar sobre el pueblo inconsciente (...) Mis palabras no dominaron el tumulto; un tiro de revólver arrojado a mi sombrero y otro disparo a boca de jarro, me marcó un fognazo y la multitud consumó todos los cobardes atropellos sobre mi persona (...).»

Ese mismo día, La Prensa aclara que «el señor Manuel Prado y Ugarteche que resultó lesionado, solo presenta algunos golpes de palo, sin contar heridas de consideración.»

Los capituleros y los clubes estaban para apoyar la política formal de los notables, no para mezclarse en ella. Salvo cuando estos se les cruzaban en su camino. Quienes marchaban por las calles eran aquellos; los notables tomaban sus precauciones para ir a votar, pero raramente dirigían esas multitudes. A los primeros les tocaba la violencia y las prebendas; a los segundos, la deliberación.

En los días previos a las elecciones, era de regla convocar a un gran mitin en el centro de la ciudad. Antes, más que ahora - donde los medios de comunicación disminuyen la relevancia del centro físico, al introducir en los hogares mismos los mensajes políticos- el corazón de la ciudad resultaba simbólicamente importante: debía ser «copado». Cada fuerza debía demostrar públicamente, atravesando las calles, debajo de los balcones, no sólo sus consignas, sino también su fuerza. Cómo hacerlo, dependía de la lógica de acción política de cada grupo.

Para detallar el estilo de las campañas, queremos analizar la del año 12, cuando Billinghamur logró quebrar momentáneamente el régimen Civilista. Como antecedente, presentamos previamente la campaña pierolista de 1904.

3. LA CAMPAÑA DE 1904.

Piérola, el «Califa», presidente por segunda vez en 1895, había terminado con el segundo militarismo (1884-1895). Su gobierno se caracterizó por promover de la modernización de las instituciones del país. A diferencia de Pardo y los líderes civilistas, a pesar de pertenecer a una familia de la aristocracia arequipeña, supo ser un caudillo con arraigo popular. Pardo, hijo del fundador de su partido, no tenía ni pretendía ese contacto.

En la campaña que ambos dieron ese año, podemos ver las diferencias estratégicas.

Piérola, por un lado se enorgullecía de tener a importantes representantes de la oligarquía en su entorno; por otro, buscaba «el calor de las masas». Según Belaúnde (1961), en torno a él se congregaban importantes apellidos de la «aristocracia colonial»⁷⁵, a diferencia de Pardo, cuyos principales seguidores eran sobre todo per-

75 Los Ortiz de Zevallos, Puente, Bustamante y Salazar, Echenique, Tristán, etc.

tenecientes a la «neoplutocracia» (aunque, como dijimos, se autodenominaran aristócratas). Siguiendo a estos últimos, «su inmensa clientela de empleados y favoritos», así como la burocracia «por influencia gubernativa» y un sector de la clase media. A Piérola, además de los citados, le acompañaban importantes intelectuales, un amplio sector de la clase media y la mayoría popular. Y es que, como apunta Basadre, Piérola fue el líder prepopulista del Perú⁷⁶. Por ese acercamiento a la masas organizó una marcha desde los Descalzos, ubicado en el ya populoso barrio de Abajo el Puente, hasta el Paseo Colón, atravesando el centro de la ciudad. «Era una masa compacta, un formidable oleaje humano que pretendía llevar en vilo al propio caudillo», refiere Belaunde (1967: 390). Es decir, buscaba una marcha articuladora tanto del barrio popular como del centro, lugar que, sin dejar de ser sus calles «espacios generales», era el más afín a los notables.

En el lado civilista fue nombrado secretario de la Junta Provincial del partido civil, Germán Arenas. Este mismo cuenta en sus memorias que se encargó principalmente de organizar a los clubes políticos. En *El Comercio* (29/08/1904) aparece una lista de los poco más de 50 clubes políticos de los partidos aliados (Civil, Constitucional y Unión Cívica).

Sin embargo, según Belaunde, para la manifestación central Pardo y sus organizadores pretendieron imponer la «calidad» a la «cantidad»:

«La manifestación de Pardo tuvo un sentido netamente oligárquico (...) Se empeñaron los organizadores en presentar

76 De él escribe Basadre: «Fue el primer político que se atrevió a atacar a los ricos y a llamar contra ellos a la ciudadanía. Nunca antes en la política peruana se había utilizado tan claramente las diferencias sociales y económicas como bandera (...) Sin un programa de reformas sociales, ajeno a las grandes inquietudes igualitarias (...), el pierolismo no fue, en realidad, un movimiento populista. Sin embargo, su entereza y continuidad en lo económico (...) así como su lucha armada desde abajo contra el militarismo en 1894 y 1895, lo hacen acreedor al título de prepopulismo» (1978: 379-80, 385).

un ejército de señores de chistera y levita que en orden casi militar deberían desfilan desde la Plaza de Armas hasta la Exposición. Pretendían oponer la supuesta calidad a la cantidad. En el fondo la manifestación destacó un inconveniente alarde de orden económico.» (200)

Como vemos, se trató de un desfile donde los actores fueron los notables, mostrándose por los espacios públicos más familiares a éstos. (Aunque Arenas dice que también marcharon «muchos artesanos honorables»). Carlos Miró Quesada, defensor del Civilismo, cuenta:

«(...) El pueblo seguía siendo pierolista pero la élite estaba en otra parte. El reducto popular más firme del pierolismo fue la calle Malambo, Abajo del Puente (...) Los manifestantes pardistas eran de otro olor, color y sabor. Los desfiles de sus huestes, sino fueron abrumadores fueron selectos. Salían a las calles de leva y sombrero de pelo, mientras que en (Puente de Piedra) se agolpaban los zambos y mulatos en mangas de camisa. La aristarquía (...) ganaba las batallas por el peso muy poderoso de una tradición política» (1954: 79).

Queda una pregunta: ¿por qué entonces formar tantos clubes políticos en los diferentes barrios de la ciudad? Sin descartar que varios de ellos hayan marchado efectivamente en la manifestación mencionada, su misión sería principalmente otra: como hemos visto antes, conseguir votos y luchar en las calles tanto por la presencia preelectoral como en el mismo día de la votación.

«Piérola era un hombre; el partido Civil un partido. ¿No había dicho el Califa: `No se puede gobernar sin los civilistas'?»: Más allá de esta afirmación de Carlos Miró Quesada, Piérola no pudo revertir la situación, no tanto por no poder ganar a la «tradición política» del civilismo, sino por la situación sumamente desfavorable para él en las Juntas Electorales. El civilismo había logrado controlar el sistema electoral. Por eso Piérola presentó su renuncia días antes de

las elecciones. Este control de las Juntas aseguró el monopolio del poder; desmantelarlo legalmente no parecía ser factible.

4. LAS ELECCIONES DE 1912.

En 1912, Billinghurst compitió contra el candidato civilista Antero Aspíllaga. Desde semanas antes de las elecciones los desfiles diurnos de apoyo a los candidatos se hicieron cada vez más frecuentes. Así también, y sobre todo durante la noche, los enfrentamientos callejeros entre «agentes políticos» y simpatizantes de cada bando.

Los intermediarios billinghurstistas tenían perfiles diversos: dirigentes obreros, estudiantes y ex-montoneros, así como capituleros «tradicionales». Una serie de espectativas nacionalistas y populares se juntaron para dar fuerza a este movimiento. Como señala Luis Torrejón (1995), la revolución 1895 y el posterior ascenso del civilismo era una «herida abierta»; también lo fue el litigio por Tacna y Arica: no hay que olvidar que la familia Aspíllaga era de origen chileno, mientras Billinghurst un tarapaqueño que luchó por la causa peruana en la Guerra del Pacífico. Ambas espectativas pueden representarse en la figura de Martha Reyes, cantinera y ex montonera del 95:

«Martha Reyes (fue una) legendaria cantinera del 95 que se batió a tiros por Piérola (...) (Se encontraba) en 1912 presidiendo el Club Vanguardia Billinghurstista n^o 2 y (participaba) de las jornadas populares llevando una gran bandera peruana y ostentando una flor en la cabeza juntó a otras cantineras. Igualmente, tendremos a ex montoneros y miembros del Partido Demócrata trabajando por la candidatura de Billinghurst.» (Torrejón: 335)

Luis E. Valcárcel, quien durante su juventud trabajara por la candidatura de Billinghurst, escribe en sus *Memorias*:

«De aquella oportunidad recuerdo también a un obrero de apellido Pujazón, uno de los cabecillas de la candidatura de Billinghamurst, experto en movilizar a las masas partidarias y organizador de conferencias en diversos centros gremiales e institucionales. Era un hombre de carácter fuerte y paternalista. Fue quien nos llevó a Abel Angulo, Abraham Valdelomar y a mí a dar nuestras primeras conferencias ante público obrero. Me tocó hacerlo frente a unas 300 personas en un salón de Barrios Altos.» (168)

Sectores obreros y jóvenes estudiantes que no pertenecían a las familias de notables buscaron en el bando de Billinghamurst un espacio de acción.

Los clubes se conformaron bajo dos criterios principalmente: la pertenencia barrial y la profesional. Así los estudiantes afines a Billinghamurst proclamaron la conformación de un club político. Para ello se reunieron en San Marcos, comunicaron su decisión al caudillo y lo invitaron a tomar champaña en el Parque Zoológico (La Exposición). Los obreros, dice *La Prensa*, se aunaron a los estudiantes, pero obviamente fuera: se amontonaron en la calle, contemplando la escena, esperando que los jóvenes universitarios salieran del restaurante. Sólo entonces se juntaron para realizar un desfile. Pero de forma particular, cada grupo social en «su lugar».

El liderazgo del caudillo se afirmaba también con los actos violentos. Así, por ejemplo, nos cuenta Luis Torrejón:

«Hacia mediodía (del día de las elecciones) se persiguió a dos soplones por la calle Veracruz y Matarilela lo que lograron refugiarse en la casa de la columna. Luego de un intenso tiroteo, el agente Amado Carbajal (a) `Changa' fue capturado y (...) `la turba los amarró y vejándolo y maltratándolo fue llevado en triunfo' a la casa política de la calle Gallinazos, donde Billinghamurst lo libero⁷⁷.» (324)

77 La cita interna corresponde a La Opinión Nacional 27/05/1912.

Un evento similar cuenta Valdelomar: al final, la víctima es llevada ante la presencia de Billinghurst; este muestra su magnanimidad y rechazo ante los actos violentos salvando la vida de su enemigo. Pero, por sobre todo, esa circunstancia nos muestra la distancia que se reclamaba entre la política formal y la «subterránea»: al ser llevado el soplón ante la casa de Billinghurst, este «horrorizado, gritaba suplicando que no lo matasen; que se lo llevaran a la policía, a la calle, a otro lugar donde un crimen no manchase su vista (...) Un hombre de la casa tuvo una idea: hacerlo entrar (...) Alguien que no sé quién fue, salió a decir al pueblo: 'El candidato os suplica que perdonéis la vida de este miserable. El pueblo es generoso (...) No manchéis con un crimen las puertas de este hogar inmaculado!...'» (Valdelomar, 1980: 827).

Los mítines centrales

Llegado el domingo 19 de abril de 1912, a una semana de las elecciones, ambos contendientes decidieron efectuar sus desfiles a lo largo de la ciudad.

Billinghurst, como lo hiciera el fundador de su partido, desfiló desde la Alameda de los Descalzos hasta el centro de la ciudad. Había fundado previamente un Comité de Salud Pública, dirigido por un obrero, Justo Casaretto. Dentro de los estudiantes, el vocero del movimiento era Abraham Valdelomar, quien en un momento de la movilización pronunciara un ferviente discurso. El mitin se inició en Los Descalzos, donde dieron de comer sencillas butifarras a los seguidores y tomaron diversos licores. La comida y las bebidas, por más comprometida que estuviera la gente, 'no podían faltar. Un modo inevitable de retribución. De allí partieron hacia el Centro. Según estimaciones de la revista *Varietades*, *La Prensa* e incluso *El Comercio*, en la movilización central asistieron unas 20,000 personas. En ella, cuenta Sanchez, personajes de la vida popular, como una ex-montonera de la revolución del 95, Marta La Cantinera, movieron a la gente. Ello indicaría que, aunque los rela-

tos no descartan que se haya pagado a capituleros, hubo una acción espontánea de la población. El propio Carlos Miró Quesada, autor de ascendencia civilista, relata:

«Las huestes populares se apoderaron de la urbe. En lentas 'victorias', tiradas por caballos, circulaban por el Jirón de la Unión, obligado escenario de todas las trifulcas políticas. Como la ciudad era aún muy pequeña, controlar las cinco cuadras que van desde la Plaza de Armas a la entonces Plaza de la Micheo (hoy San Martín), era ser dueño de Lima. Desde las «victorias» se disparaban tiros de revólver y se vivaba al candidato desafecto al gobierno» (1958: 98).

Además de describirnos la fuerza (y violencia) de esta manifestación, Miró Quesada nos da una idea de la dimensión espacial de la acción política: la Plaza de Armas y media decena de cuadras a la redonda eran el centro donde todo giraba alrededor.

En ese desfile que culminó en la Exposición, los líderes principales iban en automóviles. Algo usual, más aún teniendo en cuenta el símbolo de modernidad que estas máquinas eran entonces. Sin embargo, adelante iban también «grupos de caballeros cabalgados en potros criollos». Como sabemos, el caballo es un signo de distinción premoderno; el diario reafirma esto llamándolos «caballeros» (*La Prensa*, 20/05). De hecho, a lo largo de las noticias que van narrando los acontecimientos, aparece tanto en *La Prensa* como en *El Comercio* esa constante de distinguir cuáles, entre los ciudadanos, eran los caballeros.

De todos modos, junto a los señores en cabalgadura o en auto, había una muchedumbre organizada en clubes, formados de acuerdo al barrio o la profesión, y simpatizantes en general que contribuyeron en la estrategia de mostrar ese apoyo masivo que Billinghamst quería exhibir.

En contraste con el esfuerzo de copar ese centro, llamando a las mayorías a participar, Aspíllaga, «aristocráticamente ofreció un ágape en el restaurant del Parque Zoológico y emprendió el corte-

sano desfile. Ningún contraste peor» (Sánchez, 1934). La gente invitada fue de chaqué y el almuerzo costó media libra por persona, que entonces constituía aproximadamente medio sueldo de un obrero. Su recorrido, de modo similar al de Pardo en 1904, fue una marcha de principales, en busca de la aceptación del coro de las mayorías. Por las estimaciones de la revista *Varietades*, ese día Aspíllaga no habría convocado ni a 2,000 adherentes. Aparentemente, si seguimos la descripción de *El Comercio*, Aspíllaga no se hizo acompañar por gente de los clubes en el camino de su casa a la Exposición. El candidato llegó media hora después de que los clubes estaban dispuestos en la plaza, seguido de una selecta comitiva civilista. Entonces, luego de la lectura de los discursos, comenzó el desfile. Para ese momento, la gente «común» se habría dispersado en su mayoría y el desfile se caracterizó por la demostración de «calidad».

A fin de cuentas, Billinghamst sólo pudo hacerse del poder boicoteando las elecciones: convocó a una huelga general y, de este modo, logró ser consagrado en el Congreso, con el apoyo de Leguía, presidente civilista pero ya entonces enemistado con sus líderes. No logró, sin embargo, terminar su mandato.

La descripción de las dos elecciones nos muestran un partido Civil y sus respectivos líderes -los más encumbrados representantes de la oligarquía- con marcada indiferencia hacia las movilizaciones masivas, hacia la política como suele ser vivida en los espacios propiamente generales, donde la gente camina una al lado de la otra, inevitablemente mezclada.

Los civilistas buscaron preservar un estilo político de exclusión, privatizando en sus mítines los espacios más públicos. Ignorando aquellas zonas más bien populares (como Abajo el Puente) y evitando a esas mayorías aún cuando se las tuviera enfrente. Podemos reafirmar esto con otro pasaje, relatado por Sánchez en sus *Memorias*. El año 14, cuando el golpe contra Billinghamst, el autor recuerda sus primeras impresiones políticas:

«Aprendí entonces, en la calle, en la plaza pública, el significado primordial de nuestras revoluciones» (1974: 107)

Manifestantes vinculados al civilista Javier Prado, enrumbaban a la casa de su líder. Tocaban música y pasaban por el Palais Concert, el café más concurrido de la época, cuyo segundo piso era casa de Roberto Leguía, entonces vicepresidente. Tiros y trifulcas. Javier Prado pronunció un discurso idealista. Pero lo que nos parece más interesante es el relato del descubrimiento de la vida política por parte del joven Sánchez, un muchacho de clase media acomodada. Y, por contraste, la profunda indiferencia en la casa de Bentín, un compañero de colegio, y en la de otros niños del barrio, los Pardo. Ello no sorprendería si los Pardo no hubieran sido los líderes del civilismo; más aún, José Pardo el siguiente presidente del país, con lo que su partido retornaba, por última vez, al poder (1914-1919). Para ellos la política no tenía nada que ver con esas manifestaciones callejeras de la «plebe», aún cuando les apoyaran. La política la hacían ellos.

Por otro lado, los caudillajes opositores (Billinghurst y antes Piérola), si bien lograron una articulación mayor entre notables y pueblo, al menos en las elecciones, no conllevaron una organización permanente capaz de consolidar esa precaria articulación. Su fuerza caudillista fue también la causa de su final, al morir Piérola en 1912 y ser exiliado Billinghurst en 1914.

Prensa y orden político.

Dentro de la presentación de los espacios públicos, incluimos de modo *sui generis* a la prensa. Se trata de un espacio simbólico que discurre en el tiempo, distinto a los anteriores. De todos modos, es un factor importante al momento de analizar el comportamiento político.

Siguiendo con el caso de las elecciones de 1912, hemos realizado un análisis discursivo de los dos principales diarios: *El Co-*

mercio (civilista) y *La Prensa* (que apoyó el movimiento billinghurstista). Hacerlo tenía un fin distinto que el repetir lo ya dicho sobre esas fechas. Nos interesó examinar el discurso sobre los discursos; es decir, la interpretación de los diarios sobre los actores políticos, sus acciones y enunciaciones. En suma, nos preguntamos por el papel que cumplían los medios de prensa: ¿su divulgación de los hechos tendía a la disrupción o a la reproducción del orden político?. En el Anexo presentamos el análisis discursivo de modo detallado.

En los dos diarios se da una constante en cuanto a la apreciación que tienen de los líderes: en ambos, Aspíllaga y Billinghurst, se les suele conceder el uso pleno de la palabra, o, al menos, se les resume sus discursos (en un sólo caso, el de Aspíllaga en *La Prensa*).

El tono de ambos candidatos es distinto, y en ello también coinciden los diarios. En el discurso de Billinghurst predomina el acto de habla imperativo y regulativo (ver anexo): da órdenes, reclama, explica según su punto de vista lo que debe ser y lo que no debe ser en la vida del país. Su polémica es solidaria: para atacar a su adversario, el partido civil, lo hace en nombre de ese mismo Estado que es acaparado por dicho partido.

El Presidente de la República -civilista- no es tocado, ni agredido verbalmente, ya que representa a la nación. Su actuación como político y como civilista es un tema tabú. Sus correligionarios sí son atacados, en nombre de la Patria, la Nación, etc.

En el uso de esta última referencia se diferencia del candidato Aspíllaga. Este utiliza más bien un tono consensual: apela a los mismos valores, sin atacar directamente a nadie, reclamando para su partido la capacidad de aglutinar a todos los ciudadanos, a todos los peruanos. Su discurso es más general, por ello, más vacío. No compromete, no arriesga temas que puedan dividir a los electores.

La Prensa, como hemos dicho, trata de escamotear la palabra de Aspíllaga, aunque no puede evitar que esté presente. Sus recur-

sos son múltiples, siendo la ironía el más usado. Además, este periódico reivindica su propia palabra como la verdadera, a fin de descalificar a las otras versiones de los hechos. Por casi dos décadas, la «verdad» política había sido acaparada por el partido Civil; aparentemente esta facción minoritaria de la élite, representada por *La Prensa*, cree que debe resaltar sobremanera su propia verdad para que pueda ser creíble ante la opinión pública, frente a la verdad social y políticamente establecida.

El Comercio es más mesurado en sus apreciaciones, acaso porque se sabe más creíble, por ser el diario más antiguo del país, o por representar, de alguna manera, la «verdad oficial» del civilismo, sin oposición relevante hasta entonces. El estilo de este diario es la sobriedad de adjetivos, sin escandalosos silencios en sus noticias. No oculta, por ejemplo, que en el día de las grandes marchas, la de Billinghamurst fue la más numerosa, y que el mismo Presidente así lo reconoció. Y es que, como hemos podido ver, este diario no considera el recurso de la cantidad como el más importante para consagrar a un candidato. Apela a la «calidad» de los líderes civilistas. Por eso, a diferencia de *La Prensa*, que nombra a los «caballeros» en las dos comitivas, *El Comercio* sólo llama así a los allegados de Aspíllaga. Para este diario, los de Billinghamurst son sólo, «amigos políticos». Tanto en un diario como en otro, existen «caballeros», los que constituirían algo así como los ciudadanos de primer orden. Ocurre, sin embargo, que el primero no identifica a los líderes de la oposición anti-civilista como tales.

En cambio, esa oposición -miembros de segundo orden de la élite política y social- apela al «pueblo» para reivindicar ante el civilismo su espacio en el juego político. Por eso, en *La Prensa* la referencia a la cantidad, a «la gente», «al pueblo» mismo.

De hecho, la coyuntura de 1912 significó la entrada a la escena política de la masa urbana. El populismo billunghurista permitió ese cambio. Pero, como hemos dicho, no es que propusiera un sistema democrático alternativo. Persiste en el criterio caballeros/ otros ciudadanos, incompatible con una idea moderna de demo-

cracia. Reproduce y mantiene la idea misma de la *república aristocrática*: mezclar los ideales jerárquicos de nobleza con los democráticos modernos, de tal forma que se constituya un estado nacional de ciudadanos, pero de diversa «calidad». En *La Prensa* encontramos más ciudadanos ejerciendo el uso de la palabra: obreros, dirigentes estudiantiles, secretarios de clubes (billinghamuristas), etc. Sin embargo, sus discursos están marcados por otro tono: en ellos predomina la acto expresivo. Es decir, manifiestan sus deseos, ya sea por el triunfo de su candidato, o por ciertos cambios en el país. Dicen querer y dan sus razones. Su voz política, creemos, se reduce entonces a hacer de «coro» al líder, de manifestar el apoyo al político, no de ser ellos mismos políticos, sujetos que dan sus opiniones más allá de la de respaldo, que plantean sus exigencias particulares, etc. Por lo menos, así lo muestra *La Prensa*. Por ejemplo, en más de un artículo de ese diario se hace referencia a asambleas de clubs políticos. Sin embargo, en ellas aparentemente lo único que se discute son los argumentos de apoyo y formas de ayuda a la candidatura del caudillo. Al final de esas reuniones, a veces se suele escribir un manifiesto a favor de Billinghamurst, el cual es comunicado a los medios de prensa. Y nada más.

Incluso en el habla de estos sujetos más que la polémica predomina el acto ilocutivo representativo. Esto quiere decir que su voz no está tanto orientada a la discusión, al debate, como a la afirmación de una posición, que asumen como propia (ya que es la única que, por cierto, les ha dado la oportunidad de participar, aunque sea de esa discreta manera). Una actitud, en cierto sentido, existencial más que política.

Sin embargo, hay algún par de casos en el que la polémica sí tiene fuerza, de modo reivindicativo. Es decir, van contra el adversario -que ellos suelen considerar enemigos de la nación peruana-. Estos serían los sujetos más políticos del «coro».

En cuanto a *El Comercio*, ni cita ni resume palabras de sujetos que no sean los líderes de ambas facciones (que, por supuesto, son todos miembros de la élite, los «notables») o el presidente u

otra autoridad del Estado. Apenas simplemente refiere actos de sujetos como los capituleros, simpatizantes de los candidatos, diputados civilistas y miembros de clubes políticos. Es decir, la voz de estos sujetos está más que recortada, apenas referida. Esto se hace más patente en los días de la huelga, cuando no hace alusión a la causa de sus acciones -descritas como vandálicas-. Sólo nos podemos enterar de esas razones por medio de los discursos de Billinghamurst. «Excitación» es la palabra que predomina en sus titulares: un modo de «arrojar» a esos sujetos al otro lado de la frontera de la locura, es decir, de descalificarlos (Foucault). En *El Comercio* estos sujetos no existen como políticos, en *El Comercio*.

Pero el populismo de Billinghamurst, nos demuestra *La Prensa*, dio voz -aunque fuera de «coro», pero voz al fin- a nuevos sujetos sociales.

En ambos, de todos modos, como hemos visto, los ciudadanos no son considerados de un sólo «grado». El principio de desigualdad pares/pueblo de la república de notables, se halla entonces más o menos reproducido en ambos medios de prensa. Solamente que la participación del «coro», tal como está divulgado, da una posibilidad que a la larga contribuyó a la disrupción.

Epilogo.
El *spleen* de la Belle Epoque

Entre el año 12 y el 14, cambios sustanciales empezaron a sentirse en el sociedad capitalina y en el país en general. En lo económico, la Primera Guerra Mundial trajo desajustes: grandes ganancias a los exportadores, pero escasez también de los productos de primera necesidad. La economía exportadora se benefició con esa coyuntura pero, paralelamente, se agudizaba el problema de las viviendas populares. Para 1920, el 42.5% de las familias limeñas vivían en un solo cuarto; el 24.9%, en dos habitaciones. Es decir, más de la 3/5 parte de la población vivía en condiciones de extremo hacinamiento (Pareja, 1978). Peor aún, la especulación sobre los alquileres los elevaba cada vez más.

Asimismo, desde 1913 regía en el Muelle y Dársena del Callao la jornada de 8 horas, y cada vez más sindicatos exigían lo mismo para sus trabajadores. Ese año, durante de gobierno populista de Billinghurst, muchas expectativas se habían mostrado a la luz por primera vez o se habían hecho más evidentes. Así, después de 5 días de lucha, la empresa aceptó las exigencias de los obreros del puerto y ese mismo día se promulgaba la resolución legalizando la nueva jornada para estos trabajadores.

Además, el gobierno del «Pan Grande» no sólo permitió sino que promovió el encuentro de delegados obreros de Perú y Chile. Obviamente, esto también fue visto con recelo por parte de los sectores conservadores del país, no sólo por alentar una comunica-

ción internacional del proletariado, sino porque cualquier acercamiento con Chile era visto con desconfianza. Más aún si tenemos en cuenta que Billingham acababa de dar una salida momentánea al problema pendiente con ese país, resolución que le trajo oposición al interior del Perú.

Volviendo al movimiento sindical, lo que resultó más controvertido para la mayoría de los actores de la política formal fue la promulgación de la primera reglamentación de huelgas en dicho gobierno. Las críticas, sin embargo, también vinieron de los anarcosindicalistas. Lo cierto es que en esa ley se admitía la representación obrera en la mesa de negociaciones; esto significaba promover la relación contractual y no la imposición vertical de la patronal, que sólo acepta «concesiones» y no «derechos». Un trabajador sentado frente a un emisario de la empresa, posiblemente discutiendo frente a un árbitro, quebraba esa lógica. Si dos personas se sientan a negociar, hablar de «favores» deja de tener sentido.

Paralelamente a estos cambios desde el gobierno, en las fábricas el movimiento sindical se afianzaba en el anarquismo. Este, como se sabe, proclamaba una lucha total contra el Estado, negándose a cualquier alianza con los partidos o a constituir uno de carácter obrero. En este sentido, constituyó dentro de los obreros un elemento ideológico disruptor del marco tradicional de vínculo político. O, al menos, condicionó en algunos las viejas lealtades a la consecución de nuevos derechos.

Desde 1916, los mítines pro abaratamiento de las subsistencias se sucedieron en la capital. Por un lado, tenemos la coyuntura económica, particularmente grave para las mayorías; por otro, nuevas ideologías (anarquismo, socialismo) que promovían la organización de modo autónomo a esa población.

Para enero de 1919, se consumó una huelga general que paralizó a Lima y otras ciudades del país. La exigencia de la jornada de 8 horas se aunó a la del abaratamiento de los productos de primera necesidad y medios de transporte popular. Se obtuvo lo primero, pero la segunda causa, no atendida, llevó a un nuevo paro

en el mes de mayo. Hubo saqueos e incendios y el ejército ejecutó una represión sangrienta. Sólo en el Callao se calcularon 40 muertos y más de 70 heridos.

Todo ello terminaba de mellar la legitimidad no sólo del gobierno de Pardo, sino del civilismo. Nunca antes en la ciudad de Lima se habían visto represiones contra obreros de tal envergadura.

En la universidad de San Marcos el descontento se extendía. Las contradicciones al interior de los estudiantes se hicieron patentes cuando en 1917 se eligió «Maestro de la juventud» al rector de la universidad y presidente del país, José Pardo. Ello no tenía nada de extraordinario, de no haber ocupado el segundo puesto en la elección Manuel González Prada, intelectual anarquista y crítico ácido de la cultura académica y el orden político. Esto daba cuenta de la correlación de fuerzas. Para 1919 se proclamaba «Maestro de la juventud» al candidato Augusto B. Leguía, quien nunca había pisado las aulas de la universidad y representaba la opción anticivilista.

Para ese mismo año dirigentes universitarios, entre los cuales se encontraban Víctor Raúl Haya de la Torre y Raúl Porras, promovieron la solidaridad con la lucha obrera y se aunaron al Comité de huelga pro-abaratamiento.

Para entonces, Mariátegui, Falcón y otros *colónidas* empezaban a madurar nuevas ideas políticas dentro del grupo. Sacaron a la luz la revista *Nuestra Epoca*, de orientación socialista. Valdelomar ya no era el líder del grupo; sus jóvenes amigos lo habían sobrepasado en propuestas, no les resultaba suficiente el juego de los escándalos en el *Palais*. Mariátegui dejaba de ser *Juan Croniqueur* y renegaba de sus escritos pasados.

Acosados por esos hechos cuestionadores a fines de la década del 10, el civilismo y la república de notables no sobrevivieron a la dictadura de Leguía (1919-1930).

Estos datos históricos pesaron, efectivamente, en la caída del

civilismo. La cooperación, la organización racional tanto de los obreros como de estudiantes constituyeron un factor fundamental, de la mano con la crisis económica. Esto último disminuyó la capacidad del orden de seguir repartiendo favores desde lo alto de la pirámide. Pero las motivaciones no fueron sólo de carácter material. La naciente clase media instruida, la que iba a la universidad o frecuentaba los cafés o simplemente empezaba a adquirir posición a fuerza de su trabajo, sentía otras motivaciones: el deseo de reconocimiento en una sociedad que no contemplaba «términos medios.»

Este trabajo no intenta introducirse de modo exhaustivo en las causas de la caída de este orden, sino explicar su funcionamiento. De todos modos, en lo que sigue puntualizaremos algunos elementos en ese sentido -más allá de los aspectos racional cooperativos y económicos arriba señalados-.

1. LA CONCIENCIA DEL TEDIO

En 1911 Valdelomar publicó su novela *La ciudad de los típicos*, un texto más bien retórico, tempranero. Sin embargo en el argumento -un enfermo que va a parar a un sanatorio en la sierra de un país incierto- se figura la alegoría de una realidad mezquina, agobiante, que encierra hasta sofocar el alma del artista.

Al año siguiente escribiría en una carta una explícita denuncia de ese mundo limeño:

«La vida en Lima ya es imposible. Una suprema estupidez lo invade todo, desde la política, último refugio de los que aquí vivimos, hasta la Universidad, eterna consagradora de nulidades (...) Cada día me conozco más de la falta de cultura y de talento de nuestros contemporáneos (...) Nadie escribe, nadie lee, nadie piensa. Todo está perdido» (1980: 824-25).

Antes del año 12 ó 13, para un hombre culto que no pertenecía a la élite los espacios de socialidad primaria se le hacían muy restringidos: Valdelomar, por ejemplo, no gustaba de las chicherías o picanterías; pero tampoco podía entrar en los clubes restringidos, aunque lo deseara.

Espacios exclusivos más o menos abiertos -dependiendo del criterio de los dueños- eran los salones. Sin embargo, antes del reinado de los cafés, ya habían caído en franca decadencia. También la juventud de la élite deseaba nuevos rumbos, encandilada con los aires de modernidad que los extranjeros traían de Europa o Estados Unidos, o a partir de su propia experiencia: la del 900 fue una generación cuya formación empezó a incluir de modo más frecuente los viajes a la «civilización».

El novelista Enrique Carrillo escribió *Cartas de una turista*. En esta obra da cuenta, por 1905, de la misma sensación de tedio:

«Toda la fina cuna de la sociedad extranjera ha puesto empeño en obsequiarse con animadas fiestas formando contraste con la aristocracia criolla, que consideraría de mal tono apartarse de su majestuoso aburrimiento y que bosteza, hasta dislocarse la quijada, en sus vastos salones enmohecidos» (Ortega, 1986: 166).

Para comienzos de los años 20, Gálvez señalará, con nostalgia, el final del ritual de las obligadas tertulias familiares y las protocolares invitaciones entre los notables. Así, se resquebrajaba un espacio de reproducción de relaciones para el orden de la república «aristocrática». Esto, obviamente, no quiere decir que las tendencias de exclusión dentro de la sociedad limeña se eliminaran. Exclusión/inclusión son tendencias propias de cualquier sociedad; como hemos dicho al inicio de este trabajo, lo que importa es saber bajo qué condiciones y en qué medida se dan en cada comunidad. El que las formas de exclusión de ese orden cayeran en decadencia habla de la crisis en la reproducción del mismo; pero

ello da lugar al surgimiento de otras formas de diferenciación y otros espacios exclusivos, no a una utópica eliminación definitiva.

Esta conciencia del tedio aparece en el contraste: la *Belle époque* fue una época de cambios, de mirar el presente con desdén. La diversión de antes no alcanzaba, resultaba monótona frente a los ofrecimientos de esa modernidad que empezaba a pasearse por las calles de Lima, tal vez más aparente que real. La fascinación modernista fue la otra cara del tedio por las costumbres tradicionales.

La vida cotidiana, por ejemplo, podía vivirse de modo más acelerado. El automóvil creaba una idea distinta del espacio. Brindaba un nuevo anonimato que constituía un anexo de la privacidad en medio de las calles multitudinarias; en el transporte público, ese anonimato adquiriría una dimensión más bien avasallante.

Podemos imaginar el Jirón de la Unión recorrido por las nuevas máquinas, sorprendentes a los ojos de sus antiguos paseantes. Fascinación y tedio eran sentimientos complementarios de los jóvenes. Los viejos, tal vez, sólo miraban con preocupación todos esos cambios. No sin razón: las novedades, aparentemente frívolas, y el alejamiento de las costumbres, iban de la mano con cambios más profundos.

2. LA REBELION DE LOS CAFES.

La *belle époque* tocó de alguna manera en todo el mundo. Fue la locura, la frivolidad de los jóvenes de élite y clase media, el inconformismo ante aquella sociedad que se les presentaba tediosa, esclereótica, sin emociones.

En la década del 10 los automóviles, los cafés, una vida nocturna más prolongada -desde que se instauró la luz eléctrica-, y los vicios nuevos también, como el de los fumaderos de opio en el barrio chino, dieron a Lima una nueva apariencia.

El *Palais Concert* abrió sus puertas en 1913. El más grande y lujoso café de la época, de amplios espejos biselados y pomposas arañas colgando de los techos y una orquesta de señoritas, fue desde su inauguración el centro de la vida social limeña. La tradicional Plaza de Armas, como vimos en el capítulo 1, había perdido su estelaridad frente al espacio menos restringido del Jirón de la Unión con sus cafés, confiterías, tiendas a la moda, automóviles, imprentas y librerías. Y, dentro de esa arteria, el *Palais* era el lugar privilegiado. Ello dio pie a que Abraham Valdelomar, el escritor consagrado por ese entonces, dictaminara su célebre frase: «El Perú es Lima; Lima es el Jirón de la Unión; el Jirón de la Unión es el Palais Concert; luego, el Perú es el Palais Concert». Daba cuenta, primero, del fuerte centralismo («el Perú es Lima»), pero también del cambio de centralidad, pues ya no se trata de la Plaza de Armas ni del Club Nacional. Obviamente, este viraje es reivindicado por un personaje que no tenía cabida en los clubes más exclusivos ni en la dirigencia civilista que podría ser invitada a Palacio.

Valdelomar era el personaje del *Palais*. Provocaba algunas miradas nada más entrar a los cafés, por su figura alta empavonada, a pesar de su tez oscura de zambo iqueño. Sus lentes sin montura fizgaban, risueños, irreverentes, a través de la sala. Se sentaba en una mesa, frecuentemente con su joven amigo *Juan Croniqueur*. Juntos se reían de los «gordos», es decir, los burgueses sin sentido estético, sin «alma aristocrática». El café era su reino. No había logrado terminar la Universidad en San Marcos, tampoco hacerse elegir presidente del Consejo Universitario; no tenía fortuna, y era un provinciano con rasgos amulatados. Sin posición social, con una insinuada (y tantas veces negada) homosexualidad, fama de opiómano y otras «desviaciones», resultaba un personaje indigno para la mayoría de los salones de los notables.

Pero en el café la entrada es en principio libre; más aún, es el espacio de exhibición intelectual.

El café no requiere presentaciones y sólo la mínima exigencia es solicitada: pagar el consumo y acatar ciertas normas básicas de

comportamiento. Por lo demás, se puede uno sentar donde desee y entablar conversación con cualquiera que esté dispuesto a hacerlo. Se da la *apariencia de igualdad*. La entrada de miembros prominentes de la élite social no obliga a levantarse de los asientos para saludar. El café entonces nivela categorías sociales y crea, mediante la conversación, nuevas formas de integración (Coser, 1968). Allí, la opinión semejante crea nuevas solidaridades por encima de las condiciones diversas. Y en ese espacio del diálogo el intelectual gana centralidad.

Que el café es un espacio nivelador e igualador -al menos en comunidades donde el encuentro social está fuertemente jerarquizado- lo muestra la variedad de público que concurría y tomaba contacto entre sí en los cafés limeños del 10: universitarios, intelectuales, extranjeros, bohemios, limeños y provincianos, notables y clase media.

Para los antiguos notables esos lugares significaban también un peligro. Su juventud podía abrir los ojos a otras realidades, más allá del encierro dorado que se les hacía cada vez más aburrido. Este temor está expresado en el comentario de Antero Aspíllaga, candidato civilista en 1912 y 1919:

«Lo que siento es que no haya un internado severo, para que en vez de estar prematuramente desarrollándose en las calles y en el *Palais Concert*, estén estudiando con más tranquilidad en los claustros del Colegio, como acontecía antes y de donde salían inteligencias más nutridas y menos frívolas» (Flores Galindo, 1984b: 96).

El café significaba ese contacto peligroso con otros mundos, capaz de quitar la seriedad a los jóvenes, de llevarlos por las rutas de la frivolidad. De hecho, el café fue el contacto hacia otros espacios: los populares criollos, los paraísos artificiales del barrio chino, los burdeles.

Pero saliendo del café, gente como Valdelomar volvía a ocupar el lugar determinado por su sociedad: la de un provinciano,

aunque ingenioso, sin fortuna. Como veremos, ello le significó una gran angustia. Es la angustia del individuo que cree poseer los merecimientos para ser reconocido, pero no tiene cabida en el orden que le toca vivir⁷⁸.

3. TOROS Y CABALLOS: ESPECTACULOS MASIVOS.

Tanto en las corridas de toros como en las carreras de caballos -espectáculos de asistencia masiva- como en otros rituales públicos, encontramos aspectos jerarquizantes y otros de comunión.

En la Lima de comienzos de siglo, había una diferencia marcada: para los "modernos" las corridas de toros eran consideradas espectáculos «pintorescos, coloristas» (El Turf 69), es decir, tradicionales. Momentos donde la gente limeña se podía encontrar, como en el mercado de la Plaza de Armas. Se daban en las tardes de verano, en un «coliseo» ubicado en el corazón de un barrio popular: la Plaza de Acho.

Las carreras de caballos, propias de las tardes de invierno, se realizaban en el hipódromo de Santa Beatriz, en uno de los límites de la ciudad. Como dijimos, espacio de «emigración» de los notables. A imitación inglesa, se pensaba un espectáculo aristocrático y moderno. Claves del ideal de los jóvenes notables. Velocidad y linealidad, opuestos a las circularidades tanto espacial como ritual de la corrida de toros.

Esas características eran las que asociaban las carreras de caballos con la emoción que producían los automóviles o los aviones. El caballo Revoltoso, personaje de Valdelomar, «escribiría» las siguientes líneas para El Turf: «En nosotros (los caballos de carrera)

78 Sánchez escribiría: «(...)Con todo, sólo era un provinciano, nada más que un provinciano, y serlo significaba tener cerradas muchas puertas (...) Los Valdelomar, además, eran amulatados. Inútil halagar las blancas y regordetas manos de los marqueses, condes, señores de la capital (...)» (1969: 86).

la velocidad es noble progreso, como lo es en el aeroplano, como lo es en el vapor (...) (1980: 878).

Santa Beatriz y Acho fueron lugares públicos característicos en sus ambivalencias jerárquico-comunitarias. De hecho, no es casual que cronistas como Valdelomar y Mariátegui se interesaran por ellos. Pero -y esta es una diferencia en la publicidad de ambas- en los hipódromos resultaba más común la posibilidad que estos periodistas, además de escribir las notas, se fotografiaran en los pasadizos, acompañados de la gente de la élite local y personajes extranjeros. Y es que Santa Beatriz, un nuevo espacio, abierto, de corredores amplios para multitudes, era la negación del centro cerrado de los notables. Tampoco constituía un lugar de celebraciones marcadas por la tradición. Era «moderno», y no podía evitarse su carácter masivo. Personas como Mariátegui podían, como periodistas, perpetuarse junto a una Norka Ruskaya. Algo inconcebible en el interior de un club social como el de la Unión o Nacional. Si allí entraba un fotógrafo o redactor -llamados para perpetuar un evento especial- lo hacían para crear la noticia con los concurrentes notables, no para incluirse en el grupo, menos para tomarse una foto con ellos. En cambio, en las carreras el periodista entraba en escena. El también se hacía sujeto público.

Esta diversión, tratada de enmarcar como aristocrática, como hemos dicho, también tenía los componentes de un espectáculo masivo. Leguía gustaba mucho de las carreras de caballos y adquiriría congruencia en su figura pública de hombre moderno que no le incomodaban las multitudes. Al contrario, las buscó (pero no siempre complació) para la conformación de un orden distinto, de tinte populista.

4. METAFORA DEL SPLEEN: MUERTE DE DOS MAYORDOMOS

Como otros jóvenes en su situación, Valdelomar trató infructuosamente de ser reconocido en los espacios consagrados de Lima. Su justificación interna de ese merecimiento -siendo amulatado y sin fortuna- fue la «nobleza» espiritual:

«Las almas tienen raza: hay almas aristocráticas y hay almas zambas (tomado de Sánchez, 1969: 378).

En estas *Neuronas*, a la manera de la *Greguerías* de Gómez de la Serna, expresa una oposición que lo incluiría entre los «nobles de alma». Por eso odiaba sobre todo a los burgueses, a los que llamaba «gente gorda». Es decir, vulgar, lejano a los placeres estéticos, brutalmente carnal. Eran asimismo los «cholos», los mestizos intermedios entre el pueblo indio, negro, mulato, etc. y los blancos que supuestamente conformaban la élite.

«Yo sé muy bien que estos cholos no me quieren. Tienen razón: Yo no puedo tratar con esos cholos. Mi arte es para los limpios de corazón; para los sanos de espíritu (...) Mas hay cholos que tienen el corazón en forma de sapo, la lengua en forma de víbora (...) (Sánchez, 1969: 307).

Ciertamente, podemos ver ese racismo de quien, sin serlo, pretende identificarse con los de «arriba» dando calificativos peyorativos (aunque sólo sea en la esfera espiritual) a las etnias y mestizajes de «abajo», incluyendo el suyo. UNO ya no pertenece al NOSOTROS (zambos, cholos), sino que se coloca entre ELLOS.

El alma de Valdelomar, ya que no podía negar su físico, tenía otra raza, la aristocrática. Por eso se consideraba obligado a cuidar su honor y, en una ocasión, estuvo a punto de llegar a enfrentarse en un duelo. Esto sólo se evitó al recibir las satisfacciones necesarias.

La muerte de Valdelomar nos dejó esta imagen contradictoria, a medio camino entre dos épocas.

El joven José Carlos Mariátegui, el cronista de sociedad, pasó por una gradual transformación ideológica. Entre el *snob* y el revolucionario, *Juan Croniqueur* sufrió un período de *spleen*, de profunda insatisfacción vital y rebeldía escéptica, pasiva.

En 1916, un año y medio más tarde de la publicación de su artículo acerca del Señor de los Milagros, escribía en su sección *Glosario de las cosas cotidianas* una crónica policial algo singular:

«Hoy las crónicas de policía cuentan un suceso hondamente doloroso y cruel. Dos pobres mozos de hotel se han envenenado. Eran hombres sencillos, vulgares, buenos. Y pues eran buenos, eran también pobres diablos» (1991: vol. 3, .72).

Dos mozos de un hotel se habrían envenenado. Después de una serie de adjetivos, los califica finalmente como «pobres diablos». Aquí empieza a especular una situación trágica, a partir de la condición social de los empleados.

Lo primero que nos cuenta al respecto es la calidad de migrante de estos sujetos.

«Quién sabe cuándo vinieron de sus tierras lejanas y rústicas. Quién sabe cuándo disfrazaron su natural zafio y primitivo con el tímido embozo de civilización de los campesinos que empiezan a tratar hombres pulcros y mujeres elegantes. Quién sabe cuántas ambiciones les trajeron a la ciudad grande, tentadora, prosaica, monótona (...) Quién sabe si les sedujo e ilusionó el medio desconocido» (op. cit.: 72).

La migración resulta trágica de por sí, pues en ella hay varias migraciones. Las oposiciones resultan abismales: campesinos/ hombres pulcros, mujeres elegantes; civilización/ ¿sociedad primitiva?; tierras rústicas/ ciudad grande y monótona. Otras oposiciones se

siguen en el texto: dejan el charqui para, tal vez, pobrar el *paté*; la chicha, por la *ice cream soda*, etc.

La seducción del migrante (de muchas migraciones) parece ser el nudo de la tragedia. Salen de un mundo pero son ignorados en el otro. Simplemente, están allí.

«Y así vivían, ignorados, modestos, insignificantes. Sus esperanzas de cada día eran la propina del nuevo huésped o la sonrisa de amor de una nodriza o fregona. Y tal vez algún día la dama elegante, plácida, voluptuosa que vestía con gasas sutiles, encajes inverosímiles, sedas mímosas o pieles acariciadoras y que ponía en la estancia del hotel el paréntesis luminoso de su paso, dejó en sus almas y en sus carnes una desconocida impresión de malestar y de placer. A hurtadillas palparían la tibieza perfumada del lecho recién abandonado por las carnes tentadoras, mórbidas y lechosas» (73).

Pero, detrás de sus gestos educados, amables a veces, se ocultaría en ellos una mezcla mórbida de malestar y placer frente a ese mundo que sólo pueden rozar, que se les presenta a sus ojos, tentador, pero del cual no pueden y no deben disfrutar. Como en las tragedias clásicas, la muerte de los protagonistas parece ser la consecuencia de esa trasgresión:

«Y, asimilados a la costumbre de estas gentes, bebieron cerveza durante su almuerzo. Poco rato después estaban envenenados. Uno de ellos moría. El otro agonizaba»

Y, de modo similar a las tragedias clásicas, este final puede dar lugar a dos versiones: una, la que lee en ellas una visión fatalista de la vida; otra, la que resalta el «atrevimiento» de los héroes, a pesar de los infortunios que ello probablemente les depare.

El cronista se pregunta, consternado, si al final no hubiera sido mejor quedarse en su terruño, miserable, a encontrar la muerte de esa manera, intoxicado por «un vaso de cerveza rubia y traidora como una mujer».

Una pregunta que él mismo parecería decir sí. Lo novedoso en esta crónica está en esa postura trágica, dejando atrás al *snob* conformista. El, al igual que los mayordomos, es migrante; ha probado un poco de los placeres de los notables, se ha instruido tanto o más que la mayoría de ellos pero, tal vez, de modo similar a los mayordomos, habría sentido el malestar y el placer ante la presencia de esas damas elegantes e imposibles a su condición.

Unos meses atrás, el mismo Mariátegui habla del «Mal del siglo» en una crónica más conocida:

«Los suicidios se suceden día a día, escribiendo en sus trágicas estadísticas una amarga impresión de desengaño, desesperanza y lacería (...) El dolor de vivir invade los espíritus y despierta en ella el deseo de buscar en la muerte la consola- ción ansiada (...) Es el mal del siglo. El cansancio de la vida, las neurosis que hacen abominar de cuanto rodea y que sume las almas en una lacerante melancolía (...)» (1991: II, 235).

Esta suerte de cansancio existencial también queda expresado en una carta dejada por un suicida de Chorrillos, en el primer año de este siglo: «No estoy loco, ni borracho, *me mato porque me da la gana*» (El Comercio).

¿Cuáles son para Mariátegui las causas del «Mal del siglo»?

Por un lado, el trastocamiento de los tiempos y espacios que, en pocos años, transforma la vida en la ciudad:

«(...) La vorágine de esta vida febril que nos enferma, la elec- tricidad que sensibiliza nuestros nervios gradualmente, el telé- fono que genera (...) trastornos mentales, la mareante confu- sión de los automóviles que pasan raudos con el grito ululante de sus bocinas, todo va siendo germen fecundo de la neurastenia (...) Un neurasténico fue el suicida de anteayer. Un neurasténico vulgar (...)» (idem, 236).

La vida se acelera, los espacios convergen, las presencias se multiplican, se acercan y se aíslan a la vez; en suma, el hombre limeño entra en la vorágine moderna, la misma que experimentara más de un siglo antes Saint-Preux, el héroe de *La nueva Eloísa*. Y, luego de él, toda una larga lista de personajes modernos.

Pero hay otras motivaciones:

«El desencanto del progreso, la dura ley de los poderosos, el clamor de la miseria de los que sufren, cuanto deja en los espíritus la convicción de que la injusticia es una norma inexorable» (236)

Nuevamente, esta visión trágica de la vida social. Una visión que prefigura la rebelión de un sector de ciudadanos, partícipes de esa modernidad pero excluidos por las normas tradicionales. Los rebeldes de café, los que se «cuelan» en los clubes, los universitarios, la vanguardia obrera, el lector de los diarios.

Cuando el sentimiento de injusticia se generaliza, un orden empieza a perder legitimidad. Las condiciones de exclusión/ inclusión se ponen en cuestión... y se redefinen. Pero no siempre las crisis generan rupturas radicales: según nuestro modo de ver, en la historia del siglo XX en el Perú existen muchas continuidades en los tipos de relación política y los términos de exclusión e inclusión dentro de la vida pública del país. En todo caso, rastrear las permanencias es labor de otro trabajo.

Reflexiones finales

*Y lo que hemos pensado ya lo habían pensado hace tiempo:
Nuestras opiniones no son opiniones en el error
Sino opiniones tenidas mucho tiempo.
Hemos cogido una canasta de agua.*

Pound, Canto XXV

No se trata de magnificar el sentido común de la gente. Pero hay ideas expuestas en este libro acerca del «cómo se hace» la política que vienen de nuestro saber ordinario. Aparentemente, estas prácticas persisten.

Primero, hemos tratado de dar una propuesta de orden para estudiar eso aparentemente difícil de asir, cuando se lo quiere trabajar con vistas a lo «macro»: las relaciones informales. Por eso, nuestro primer esfuerzo estuvo en dar una clasificación de los espacios públicos de una ciudad a comienzos de siglo. A partir de cada uno de ellos, buscamos estudiar las relaciones que, de alguna manera, podían tener efectos en la constitución del orden. Esta entrada también obedece a la intención señalada en la introducción: la de buscar explicar la política a partir de la experiencia cotidiana de los ciudadanos, descentrando el análisis del poder estatal y las élites partidarias. O, como dirían los estudiosos de redes sociales, volver a la estructura social.

Para ello intentamos construir un marco de análisis que, en primer lugar, ordenara las prácticas sociales y, en segundo lugar, permitiera la comparación con otros casos. Es así que vinculamos prácticas con espacios públicos, para lo cual era necesario distinguir y clasificar estos últimos. ¿Por qué trabajar con espacios públicos? Por el hecho de centrarnos en las prácticas ciudadanas, las cuales están estrechamente ligadas con la idea de lo público, con los encuentros sociales, la discusión, la búsqueda de consenso. A diferencia de autores como Habermas, que ubican como espacios públicos de la época burguesa los salones y cafés preferentemente -lugares de posible discusión racional, «seria» y mesurada- postulamos la necesaria inclusión de otros centros de encuentro: chicherías, callejones, picanterías, etc. Y de momentos festivos como la jarana o las fiestas populares, teniendo en cuenta sus efectos en la vida política y social. La seriedad (usando un término de Arendt) como actitud ciudadana es una ideal: su actuación pública -y buena parte de su acción política- depende también de identidades y vínculos sociales que se forman de modo complejo.

En segundo lugar, podemos decir algunas cosas acerca del orden oligárquico y la Lima del 900. Ni la ideología -entendida como «alienación del saber por la existencia de las clases sociales⁷⁹»- ni la violencia, ni la capacidad de las élites, ni las leyes jurídicas pueden explicar de modo suficiente aquella estabilidad social y política en la capital. Ciertamente, se suele apuntar que también contribuían a sostener el orden las «relaciones patrimoniales y clientelísticas», haciendo referencia, sobre todo, al mundo rural. De las ciudades -que era (y es) donde se toman las decisiones políticas- poco se ha trabajado. Sin embargo, como sostenemos en este estudio, en ellas también resultaban fundamentales esos vínculos extendidos de modo informal. Ese tramado de compromisos, ubi-

79 Jean Duvignaud, *La sociología. Guía alfabética*. Barcelona, ed. Anagrama, 1972. 208.

cados en diferentes esferas de la vida social, daban una cierta legitimidad o al menos tolerancia frente al orden.

Básicamente, subrayamos dos formas de relación interpersonal: padrinzago y compadrazgo. Desde los callejones hasta los salones y Palacio de Gobierno -a pesar de la restricción para las mayorías a participar en la política oficial- la sociedad estaba integrada. Existían «vasos comunicantes» a través de relaciones no fortuitas. Estos vínculos era asumidos como necesarios dentro de una vida social marcada no principalmente por las leyes sino por los privilegios y relaciones personales. O sea, «las relaciones».

El que no tiene padrino está en desventaja. Pero el que carece de compadre es casi un paria.

Durante las elecciones, había que confirmar o asegurar nuevos compromisos electorales. Este trabajo lo cumplían diversos intermediarios, los denominados capituleros. Ellos ponían en función la red de relaciones interpersonales en el momento electoral. Por eso la exigencia de «seriedad», es decir, de llevar su lealtad política en sus propias esferas privadas, al menos mientras duraba su trabajo.

Ciertamente, en cualquier democracia se deben construir compromisos diversos, sea por intermedio de los partidos o no. Por lo general, las vías se entrecruzan, así como las razones de fidelidad (pueden ser personales, de carácter ideológico, partidarias, étnico, clasistas, etc.) En la Lima del 900, en las relaciones verticales aparentemente predominaron las de carácter personal.

Dentro de la élite, los criterios de exclusividad mantenían casi al margen del poder central a los hacendados de la sierra y las nuevas fortunas de la selva, producto del *boom* del caucho⁸⁰. Como señala el mismo Basadre, «la aristocracia subsistía como norma de vida y como mito de estilo social» (1963: 463). No bastaba el dinero, había que nacer aristócrata: tal era el mensaje. Sin em-

80 Ver Basadre *La aristocracia y las clases medias...*, 1964: 464.

bargo, la realidad mostraba que el dinero sí influía y que, detrás de esos criterios aristocráticos había una intención que hemos denominado de exclusión hacia adentro. Uno de sus soportes era la idea de superioridad cultural. En un país de mayoría no hispanoblante o que tenía el castellano como su segunda lengua, poco dominada, el saber universitario reforzaba esa selectividad. Buena parte de los políticos de la élite civilista, por ejemplo, consideraron como primer escalón de su carrera pública el enseñar en la Universidad de San Marcos. El hecho que, durante la década del 10, jóvenes provincianos de clase media pasaran por la universidad o se instruyeran por su cuenta, menguó ese soporte.

Precisamente acerca del debilitamiento del orden trata el último capítulo. No pretendemos ser sistemáticos en explicar las causas de la crisis; simplemente, apuntamos algunas ideas, algunas rutas de reflexión.

Anexo

**Ciudadanos en el discurso
de la prensa civilista y liberal:
La coyuntura electoral de 1912 en Lima.**

1. PRESENTACIÓN METODOLÓGICA.

Los dos periódicos que hemos elegido son *El Comercio* y *La Prensa*. El primero, el diario más antiguo del país, pertenece a una familia cuyos miembros, abuelos, padres e hijos, eran parte de la élite civilista. Su perspectiva, entonces, puede suponerse, en primera instancia, era la más cercana a un punto de vista oficialista. El segundo diario perteneció al líder del partido liberal, Alberto Ulloa. Su dirigencia puede considerarse perteneciente también a la élite política del país, aunque como socios menores del civilismo. En la coyuntura de 1912, apoyaron el populismo billinghursta.

Hubiéramos querido realizar un seguimiento a través de otros diarios alternativos, pero ello no ha sido posible. Debemos señalar, sólo para dejar constancia, que en boletines como *La Protesta*, de orientación anarquista, hubo marcada una tercera opción: oposición a cualquiera de los candidatos de la élite política, aceptando sólo una postura obrero sindical. (No nos pareció equilibrado ampliar nuestro análisis a este medio que tenía una periodicidad, público y cobertura muy distinto a los dos anteriores. Hubiera significado ampliar el análisis más allá del objetivo pensado para el anexo).

Las fechas que hemos elegido van del 18/05 al 26/05. En el domingo 19 se dio la principal manifestación de las distintas fuer-

zas electorales. Un momento privilegiado para observar quiénes son los sujetos considerados activos en política y qué relevancia y sentido se les da a sus acciones. A partir del 25 se iban a realizar las elecciones; sin embargo, el Paro nacional decretado por la oposición logró boicotearlas. La anulación de las mismas fue anunciada el 26, con lo que al día siguiente se dio por terminado el paro; a partir de entonces, la tensión pública fue disminuyendo gradualmente.

Hemos escogido 4 artículos de *El Comercio* y 6 de *La Prensa*. Esta desproporción de debió a que en el segundo diario hay más cobertura de los hechos que en el primero, en términos de cantidad de artículos. Sin embargo, cada nota del primer diario puede suele ser mas extensa (a veces más de la mitad del periódico: 3 hojas). Entonces, justificamos la «desigualdad» con estas dos razones.

Tratamos de que las fechas coincidieran, de tal modo que tuviéramos las dos versiones sobre acontecimientos de un mismo día, pero no nos pareció lo mejor para todos los casos, ya que, salvo los días claves (19 y 24, cubiertos en los diarios del 20 y 25, respectivamente), las demás jornadas fueron seguidas de modo disímil.

En un primer momento, hicimos un análisis puntual de cada artículo a fin de reconocer y determinar los sujetos políticos y la relevancia que cada medio les daba a su discurso y a sus acciones.

El habla está íntimamente relacionada con la política. Convenir, ordenar, argumentar: son actos de habla implícitos en el actuar políticamente. Entonces, los sujetos de habla, aquellos a los que se les reconoce el derecho a la palabra, son, para nosotros, los sujetos políticos. Pero hay varias maneras de reconocer la palabra ajena: a. transcribiéndola; b. contándola de manera resumida; c. haciendo referencia de ella. Esta última puede ser de muchos tipos, con burla, ironía o realzando las palabras. De un modo u otro, implica, de entrada, reconocer a ese hablante. (En la segunda parte

veremos con más detalle sobre los modos específicos de referencia).

A los que no se les escucha, se les puede describir en sus acciones «mudas». Es difícil, sin embargo, encontrar el relato de una acción que no tenga alguna referencia al habla del sujeto. Aunque, teóricamente, nos parece planteable como cuarta opción. De todos modos, no es igual al rango inferior reservado a los últimos en la jerarquía ciudadana: el de los condenados al silencio absoluto, a ser ignorados en los medios de prensa. En la parte de conclusiones veremos si han habido estos silencios.

De este modo, a través del nivel de reconocimiento del habla, hemos construido 4 acepciones:

- a. Sujetos políticos a los que se les transcribe su palabra;
- b. Se resume su palabra;
- c. Se refiere su palabra;
- d. Se refieren sus acciones sin palabras.

Obviamente, no nos fue posible citar todos los discursos ni acciones. Cuando el texto era muy extenso, tuvimos que priorizar.

En un segundo momento, escogimos los principales discursos en cada artículo, a fin de analizar el tipo de acto de habla que predomina. Para ello nos ayudamos de Searle y Haidar.

Acto de habla *predominante*:

- a. A. imperativo -órdenes.
- b. A. constatativo -descripción.
- c. A. regulativo -valores.
- d. A. Expresivo -deseos, sentimientos.

Como se trata de discursos políticos, hemos considerado interesante también usar las distinciones de los actos polémicos (Haidar, 1990):

- a. A.P. reivindicativo (acto polémico atacando al partido opositor: civil/movimiento billingurista)
- b. A.P. directivo (contra «el pueblo» que está con la oposición)
- c. A.P. solidario (denuncia partido opositor reivindicando el orden político y el Estado).

Han habido casos que no nos parecieron tener la aparente intención de polémica. A esos los hemos catalogado como:

- d. Consensuales, ya que buscan apelar a toda la ciudadanía, evitando recordar las divergencias.

Hemos encontrado, también, discursos que no eran ni «anti», ni tenían una estrategia consensual; parecían tener como finalidad primordial afirmar su posición, sin referencias a sus adversarios. Para esos casos, simplemente los hemos catalogado como acto ilocutivo representativo, es decir, afirmativo.

En un tercer momento, centrados en la narración de los hechos, analizamos la estrategia discursiva de los diarios. Para ello nos apoyamos principalmente en Foucault. Veremos el uso del silencio, de tabú, de la apropiación de la verdad, ubicación de la locura, etc. En lo intradiscursivo, los recursos encontrados resultaron más variados y posibles, como veremos.

2. ANÁLISIS DE LOS ARTÍCULOS.

Abreviación: *El Comercio*, E.C.; *La Prensa*, L.P.

Orden por fecha.

Como tratamos de ser fieles al orden de las líneas de los titulares, separamos con barra (/) una de otra; además, debajo de estos encabezados señalamos las palabras más resaltadas en los mismos (por tamaño y, a veces, también por tonalidad de la tinta).

Comprobaremos que no resulta un detalle irrelevante.

A. L.P., 18/05, pág. 1. Edición de la mañana.

Titular:

Las manifestaciones/ políticas de ayer/ El club juventud universitaria/ proclama la candidatura del señor/ Billinghamurst/El desfile de la tarde/ Los clubs políticos durante la noche/ Los aspillaguistas/ hacen disparos de revólver por las calles/Varios heridos

palabras resaltadas: manifestación, Billinghamurst, varios heridos

I. Sujetos políticos:

1. De palabra transcrita.- Luis F. Rivera, presidente del club juventud universitaria billinghamurista.
2. De palabra resumida.- No hallado.
3. De palabra referida.- Grupos de asalariados (que al grito de Viva Aspíllaga' recorrían la ciudad).
Miembros del club universitario (que aclamaron a su candidato).
Obreros (que se sumaron a dicho club en aclamación a Billinghamurst).
Abraham Valdelomar (quien también pronunció un discurso).
Billinghamurst (improvisó unas palabras en respuesta).
4. De acciones referidas.-En otros pasajes, los mismos universitarios.

II. Actos de habla predominantes:

1. Discurso Obrero —acto expresivo: aclamación
a. consensual : a Billinghamurst como candidato nacional

2. D. Secretario
club billing. —A.regulativo : apela a valores cívicos
+ expresivo : expresa deseo que Billingham gane

III. *Estrategias extra e intradiscursivas:*

Tanto en este artículo como en los otros de *La Prensa*, se nota un uso más comprometido del lenguaje. Así, los silencios son más notorios: no se dice de la respuesta de los billinghamistas a los opositores; tampoco de la acción de los clubes aspillaguistas, ni si hicieron o no desfiles. En el titular un sólo nombre sobresale: «Billingham» y la acción «manifestación».

Dentro del discurso, se hace uso de exagerados adjetivos para relatar los aplausos a Billingham. El uso de «candidato nacional» para referirse a este es un recurso de acuerdo argumentativo (Perelman) también frecuente más adelante.

- B. L.P., 19/05, pág. 1. Mañana.
Titular: -

**El día político/Manifestaciones al señor Billingham/ /
Fracaso de una reunión aspillaguista/
Balazos por todas partes/ El pueblo desarma a los aspillaguistas/ El itinerario de los desfiles/ Otras informaciones**

Palabra sobresaltadas: día político, el pueblo desarma...

I. *Sujetos políticos:*

1. Intendente de policía (circular)
2. No.
3. Grupos de trabajadores y jóvenes vivaron a Billingham.
También gente de la calle, balcones, niños.

4. «Pretendido» club universitario (pro Aspíllaga) que «hicieron como que constituían un club».
Aspillaguistas agreden a billinghurstistas. Estos responden.

II. *Actos de habla predominantes:*

1. Discurso trabajadores
y jóvenes en calle — A. expresivo: pifean
polémico
reivindicativo: contra aspillaguistas

III. *Estrategias extra e interdiscursivas:*

El mismo silencio partidario de *La Prensa*.

En el titular y dentro del discurso, se hace uso eufemístico de la palabra «pueblo», el cual habría desarmado a los aspillaguistas: este es, además, el mensaje central del encabezado. Se nota más una división dicotómica, pueblo/ no pueblo; buenos/malos en *La Prensa* que en *El Comercio* (como veremos, a este último no le acomoda esa disyunción). Así, más abajo se hace referencia a otra distinción: obreros, trabajadores (ergo, pueblo)/ soplones. También se hace uso de la «hilaridad» de gente que aparentemente presencié el desfile aspillaguista. La utilización de la risa (aunque sólo se la mencione) es un recurso descalificador del contrario.

- C. E.C., 20/05, págs. 1-3. Mañana.
Titular:

Las manifestaciones políticas de ayer/ El desfile de ambos bandos por la ciudad/ El Sr. Aspíllaga presenta cerca de 2,000 hombres.—El Sr. Billinghurst exhibe más de 15,000/Los discursos de los candidatos - Memoriales al gobierno/ Su excelencia califica de imponente la manifestación del señor Billinghurst/Paralización del tráfico público. Lijeros inciden-

tes. Tiros y heridos/ Muerte de Portocarrero-La Asistencia Pública y la Cruz Roja.

Palabras resaltadas: las manifestaciones políticas..., El desfile de ambos bandos por la ciudad.

I. Sujetos políticos:

1. Pág. 1. Discurso de Aspíllaga en la Exposición y de regreso a su casa.

También señores E. Echecopar y L. Oyague, líderes civilistas.

Pág. 2. Discurso de Billinghamurst.

Respuesta de Leguía a petición Billinghamuristas.

Palabras de aspillaguista dándole petición al presidente.

2. No.

3. Pág. 1. J.L. Navarro, representante de un club aspillaguista, pronuncia un discurso.

Pág. 2. Sujetos vivando a Aspíllaga hacen fuego contra desfile de Billinghamurst. Valdelomar, otro universitario y dos oficiales pronuncian discursos a favor de Billinghamurst.

4. Pág. 1. Agentes políticos (capituleros) y partidarios de cada candidato cuidan sus respectivas casas.

General Canevaro (de la lista de Aspíllaga), Sr. Prado y Ugarteche, llegan a casa de Aspíllaga con gentío.

En el desfile de la Exposición, nombran la presencia de ciertos «caballeros».

Pág. 2. «Amigos políticos» de Billinghamurst lo acompañan en desfile.

Clubes también presentes. Citas de nombres de «caballeros». En un momento del desfile son atacados, por lo que responden tirando piedras.

40 Mujeres se incorporaron al desfile.

Ministro y general presencian el desfile desde Palacio de gobierno.

Pág. 3. Capituleros, uno de cada bando, mueren en luchas callejeras.

Grupo de billinghurstas roba un carruaje lleno de cerveza.

Candidatos Aspíllaga y Billinghurst corren con los gastos de sepelio de sus capituleros. También ponen movilidad para sus votantes.

II. *Actos de habla predominantes:*

1. Discurso Aspíllaga —A. imperativo: «exigencia nacional
+ regulativo : «programa de bien...»

A. consensual: apela a todos los ciudadanos, no enfatiza discrepancias
2. D. L.Oyague
(líder civilista) —A. expresivo: expresa deseo de que gane su candidato
A. reivindicativo: afirma posición
3. D. Billinghurst — A. imperativo: «la coacción de la autoridad en tanto más condenable...»
+ regulativo : «La república es la creación de la voluntad popular...»
A. solidario :Reivindica el orden democrático y Estado peruano y agrade a civilistas (menos

al presidente emblema de dicho estado)

III. *Estrategias extra e interdiscursivas:*

El gran silencio en este artículo es sobre las aclamaciones por la nulidad de las elecciones. La referencia existe sólo dentro del discurso de Billinghamurst.

Asume una estrategia discursiva equilibrada, como se puede ver en su titular, mencionando ambos desfiles, tratando de presentar los dos sucesos de manera sobria en cuanto a adjetivos (aunque a favor de la causa civilista, lo demuestro de modo más sutil). Las cifras, incluso, les desfavorece. Y es que, en vez del argumento de cantidad, apelan al de la calidad: en primera página se relata detalladamente los hechos en el mitin aspíllaguista. El dato, reiterado, de los discursos del candidato y allegados montados en automóviles, da un sentido moderno (tipo elecciones norteamericanas) a la vez que de respeto a dichos sujetos. También describen los trajes de Aspíllaga y del primer vice-presidente. Cuando relata el mitin de Billinghamurst, sólo de él se menciona cómo fue vestido. No lo hace con sus «amigos políticos». (A los civilistas cercanos a Aspíllaga se les mencionó como «caballeros»). Se resalta, en cambio, la cantidad, el tumulto que conforman los clubes.

D. L.P., 20/05, págs. 1-2. Mañana.

Titular:

La gran jornada cívica de ayer/ Manifestación en pró de la nulidad/ del proceso electoral/ El gran triunfo electoral/ Ovación al señor Billinghamurst/ El fracaso de la candidatura Aspíllaga/ 20,000 ciudadanos contra 2,000/ durante los desfiles/ corrección de las autoridades y de la fuerza pública/ Homenaje a «LA PRENSA «/ Interesantes detalles

Palabras resaltadas: Gran jornada, Ovación al señor Billinghamurst.

I. Sujetos políticos:

1. Pág. 1. Discurso de dos presidentes de club billinghamurista.
Palabras de representante de obreros billinghamuristas.
Discurso de Billinghamurst.
Pág. 2. Respuesta de Leguía a petición de billing.
2. Pág. 2. Resumen del discurso de Aspíllaga.
3. Pág. 1. Obreros y universitarios dan vivas, mientras marchan, a Billinghamurst.
Pág. 2. Discurso de un sujeto que «dijo ser obrero» en la marcha aspillaguista.
4. Pág. 2. Lista de «caballeros» que acompañaban a Billinghamurst.
Iban en primera línea, después de la banda militar.
Clubes que estuvieron en el desfile a Billinghamurst.
Actos de violencia de aspillaguistas.
Presencia desanimada de aspillaguistas en su desfile.
Piden pre-pago a sus jefes.

II. Actos de habla predominantes:

1. Discurso presidente club billinghamurista —A. expresivo: «siento viva satisfacción»
«queremos para nuestra patria...»
A. consensual: da razones de candidatura nacional de Billinghamurst
2. D. Aspíllaga —A. regulativo: sólo se transcribe justificaciones a

candidatura (le quitan tono
imperativo)

A. consensual:apela a toda la ciudadanía

III. *Extrategias extra e interdiscursivas:*

De nuevo, en el titular principal hay un silencio sobre la oposición (los civilistas).

Uso exagerado de adjetivos, a pesar de decirse, en la primera línea, que se va a dar noticia verídica de los hechos. Es decir, primero se afirma que se va a contar la verdad, luego se sigue un relato explícitamente parcializado. El tratar de legitimar un relato diciendo que es VERDAD no es un esfuerzo principalmente usado por el oficialismo en el poder (El Comercio), sino por el sector menos favorecido de la élite política. Tiene que hacer creer una verdad nueva, la suya, por eso tiene que reafirmarla constantemente. Por lo mismo que El Comercio cree en el orden establecido y supone que *así es*, aparentemente, apela menos al recurso verdad/mentira para descalificar.

E. L.P., 20/05, págs. 1-2. Tarde.

Titular:

La gran manifestación popular de hoy/ En honor del Sr. Billinghamurst/Más de 20,000 manifestantes/ en la Alameda de los Descalzos/El discurso del Sr. Billinghamurst/ Entrega de un memorial/Al presidente de la República/ Gran entusiasmo en la ciudad

Palabras resaltadas: En honor del Sr. Billinghamurst, 20,000 manifestantes, al presidente de la República

I. Sujetos políticos:

1. Pág. 1. Discurso de Billinghurst.
Palabras de billinghurstas entregando petitorio al presidente.
Transcripción del petitorio por nulidad elecciones.
Pág. 2. Entrevista del periódico al prefecto de Lima.
2. No.
3. Pág. 1. Agrupaciones de obreros, artesanos y clubes diversos dan vivas a Billing. y clase obrera.
4. Pág. 1. Club billing. muestra pan grande, en alusión a sus esperanzas de un gobierno más popular.
Pág. 2. Siguen cuidando la casa de Billing. «elementos sociales de toda clase».
El Señor Billing. los atiende «galantemente».
«Grupos del pueblo» casi linchan a un «soplón».

II. Actos de habla predominantes:

1. Discurso Billinghurst — A. imperativo: acciones
impostergables
+ regulativo : apela «valores
nacionales»
A.P. solidario: contra p. civil, para
«restaurar» el Estado

III. Estrategias extra e interdiscursivas:

Igualmente se vuelve a recurrir a los usos exagerados de adjetivos, («grandiosa manifestación», «incesante desfilar» cuando se refiere al bando billinghurstas; «fracaso completo», cuando describe la marcha aspillaguista).

En este artículo, tal vez más que en otros, queda expresado un tema tabú: el presidente de la república, a pesar de ser un civilista, luego, de haber conocido y ser partícipe de las irregularidades para nombrar a los Jurados Electorales, es tratado con todo respeto. Está prohibido hablar en contra de la figura del presidente y del sistema. Hay que mejorar a las personas del entorno, nada más.

F. L.P., 24/05, p.1. Mañana.

Titular:

El día político/Los partidos Liberal, Civil Independiente y/ Constitucional se adhieren al movimiento/ a favor de la nulidad del proceso electoral./Las manifestaciones universitarias / y obrera de anoche/ El paro general/ La candidatura del señor Billinghurst/Otras informaciones

Palabras resaltadas: día político, Paro general

I. Sujetos políticos:

1. Manifiesto de líderes de los partidos de oposición al gobierno civilista.
Volante del Comité (Billing.) llamando al Paro General.
Oficio del Ministro de Gobierno al Prefecto de Lima. Hace recordar necesidad de preservar el orden.
2. No.
3. Vivas a Billing. en manifestaciones de clubes afines. Se dirigieron a su casa para saludarlo.
4. Jefes de clubes aspillaguistas reparten palos.

II. Actos de habla predominantes:

1. Líderes partidos

Coalisionados —A. expresivo: «acuerdan manifestar su simpatía...»

A. consensual: «que el problema primordial se resuelva de conformidad con las aspiraciones de la opinión pública...»

III. Extrategias extra e interdiscursivas:

La idea central del titular es «Paro General». Al comienzo del artículo mediante recursos retóricos, refuerza la idea de que se trata de un día especial. Luego, está apoyando, creando atención sobre el hecho. Frente a la palabra, a los discursos de los billinghurstas, opone los «palos de naranjos» de los aspillaguistas.

G. E.C., 25/05, p.1. Mañana.

Titular:

La situación política/Excitación de la ciudad/Los días de elecciones serán dos solamente-La policía/ impidió anoche, el funcionamiento de los clubs políti/cos- No habrá tráfico urbano ni interurbano-Habrá luz y servicio telefónico-El señor Billinghurst en el Callao- El pueblo le hace una gran recepción/ Cambio de subprefecto en el Callao

Palabras resaltadas: Situación política, Excitación de la ciudad

I. Sujetos políticos:

1. Informe del director de la Sociedad de Beneficiencia.
Petición de artículos de primera necesidad en días de Paro.

2. No.
3. Capitulero herido exclama haberse expuesto por Aspíllaga.
4. Inspectores cierran un club político.
Diputados civilistas reunidos en privado. No trascendió lo dialogado.

II. *Actos de habla predominantes:*

No hay un discurso relevante. Predomina ampliamente la narración de los hechos.

III. *Extrategias extra e interdiscursivas:*

En lo más álgido de las jornadas del Paro, El Comercio reitera en sus titulares el término «excitación», para referirse a los hechos que se iban sucediendo. Como expresa Foucault, una forma de descalificar desde el poder es ubicar los otros discursos en los confines de la locura.

A continuación, hace un relato de las medidas adoptadas por el gobierno, las acciones tomadas por la policía; previene sobre los servicios que no habrá. etc. Sólo al final da una información política: la recepción del pueblo del Callao a Billinghamst. Es decir, ubica los hechos más políticos en el terreno de lo no-político, y como tal los describe.

H. E.C., 25/05, p.1. Tarde.

Titular:

La situación política/Las elecciones y el paro/ Viva excitación en la ciudad/ Destrucción de las mesas electorales/ Ataque a la casa política del señor Aspíllaga/Queda completamente destruido su mobiliario/Disparos y cierra puertas/ Fraca-

so de las elecciones/ Dos muertos y varios heridos/ El señor Aspíllaga pide a sus amigos se abstengan de votar/Excitación pública en el Callao/ Tampoco hay elecciones-Se destruyen las mesas-Muchos tiros-Intento de asalto a la Municipalidad.

Palabras resaltadas: Situación política, Viva excitación...

I. Sujetos políticos:

1. Editorialista: contra el paro general. Hermano de Aspíllaga se reúne con el presidente.
2. No.
3. Presidente Leguía responde a hermano de Aspíllaga. Sujeto da vivas a Aspíllaga y es agredido.
4. Billinghurstistas atacan a aspíllaguistas y gente que no acató el Paro.
Billinghurstistas destruyen mesas de sufragio.
Son muertos dos sujetos por partidarios de bandos contrarios.

II. Actos de habla predominantes:

1. Discurso Editorialista —A. regulativo: apela a valores para justificar contra Paro

III. Estrategias intra e interdiscursivas:

Nuevamente, usa el término «excitación». Aunque ya da más datos de lo que ocurre en las calles. Sin embargo, en vez de relacionarlo con la exigencia de la gente, simplemente lo cuenta como hechos policiales. Y, al comienzo, dentro de la nota supuestamente informativa, una editorial contra el Paro. Así, pretende presentar su

punto de vista como verdadero, al insertarlo dentro del artículo informativo.

Si seguimos la secuencia, podemos notar que El Comercio que, aparentemente mantenía una línea menos abiertamente partidista, más «periodística», al avanzar los días y la gravedad de los sucesos, toma el camino de la argumentación partidaria dentro de la información.

I. L.P., 25/05, p.1-2. Mañana.

Titular:

El día político/El pueblo del Callao aclama al señor Billinghurst/ El paro general.-Tiroteos en las calles/ el pueblo destroza las primeras mesas para las elecciones/El diputado Castañeda, herido/ grandes manifestaciones en Arequipa y Mollendo/ Los liberales acuerdan apoyar los trabajos del señor Billinghurst/Otras informaciones

Palabras resaltadas: El día político, El pueblo del Callao..., Paro General.-Tiroteos..., El diputado Castañeda, herido

I. *Sujetos políticos:*

1. Pág. 1. Discurso de Billinghurst.

Discurso de un obrero billing.

2. Pág. 1. Resúmen de palabras de un dirigente billing.

3. No.

4. Pág. 1. «La ciudad» hace preparativos en vistas del Paro.

Marcha de billinghuristas en Lima.

Pág. 2. Manifestaciones en el Callao en pro del Paro.

Billing. destruyen mesas electorales. Mostradas en las calles como trofeo.

Palabras resaltadas: Los sucesos de ayer, Los heridos

I. Sujetos políticos:

1. Notas de presidentes de mesa. Informan haberse retirado de las mismas. Especial atención a la de Prado y Ugarteche, líder civilista, quien protesta por el Paro.
2. No.
3. Aclamaciones a Billing. (No han agredido por no haberse encontrado con opositores, dice la nota).
4. Tomas de clubs políticos, de ambos bandos. Civilistas visitan a Aspíllaga.

II. Actos de habla predominantes:

No existe un discurso relevante. Predomina absolutamente la narración de los hechos.

III. Estrategias extra e intradiscursivas:

«Sigue el ánimo público excitado», se lee en su primer párrafo. Sin embargo, en este artículo final parece perfilarse mejor la línea del diario: aunque civilista es, ante todo, defensor del sistema. Por eso, en la misma página da cuenta de los desmanes de las fuerzas del orden en el Cusco y los denuncia. Así como denuncia la «demencia» del pueblo, al levantarse y no dejar a los políticos (caballeros) actuar y resolver los impases. Demencia e ilegalidad: dos formas de denunciar actos no correctos. (Probablemente, la demencia sea menos permitida que lo ilegal).

Bibliografía

Dentro de las fuentes manuscritas, hemos consultado los *Legajos de la Prefectura de Lima (1904-1919)*, del Archivo General de la Nación, así como documentos políticos de la Colección Raúl Porras Barrenechea, de la Biblioteca Nacional del Perú.

Libros, artículos, boletines

ADLER LOMNITZ, L. / PEREZ LIZAU, M.

1978 «The history of a mexican urban family», en *Journal of family history*. Vol. 3 nº 4.

ARENAS, Germán

1947 *Algo de una vida*. Lima.

ARGUEDAS, José María

1992 *Los ríos profundos*. Madrid, Alianza Editorial.

ARROYO, Eduardo

1994 *El Centro de Lima, uso social del espacio*. Lima, fundación Friedrich Ebert.

AZCUEZ, Augusto

1982a «Huancavelica: Barrio de machos, toreros y camales», en *VSD* 30/7.

- 1982b «En Monserrate moría la tristeza», en *VSD*, 6/8.
 1982c «Vamos a la fiesta de El Carmen», en *VSD*,
 1982d «Abancay: barrio de machos y jaraneros», en *VSD*, 3/9.

BAJTIN, Mijail

- 1971 *La cultura popular en la edad Media y el Renacimiento*.
 Barcelona, Barral eds.

BALMORI, D./VOSS, S./WORTMAN, M.

- 1990 *Las alianzas de familias y la formación del país en América Latina*. México, FCE.

BASADRE, Jorge

- 1929 *La multitud, la ciudad y el campo en la historia del Perú*. Lima.
 1963 «La aristocracia y las clases medias civiles en el Perú republicano» en *Mercurio Peruano*, n^o437-440, setiembre-diciembre. Lima.
 1968 *Historia de la república del Perú*. Lima, ed. Universo.
 1975 *La vida y la historia*. Lima, Fondo del libro del Banco industrial del Perú.
 1978 *Perú: problema y posibilidad. Algunas reconsideraciones cuarentisiete años después*. Lima, Banco Internacional del Perú.
 1979 *Sultanismo, corrupción y dependencia en el Perú republicano*. Lima, ed. Milla Batres.
 1980 *Elecciones y centralismo en el Perú*. Lima, Universidad del Pacífico.

BELAUNDE, Víctor Andrés

- 1967 *Trayectoria y destino. Memorias completas*, t.1 Lima, eds. de Ediventos.
 1961 *Mi generación en la Universidad. Memorias segunda parte*. Lima.

BENVENUTTO M., Pedro

- 1983 *Quince plazuelas, una alameda y un callejón*. Lima, Fondo del Libro Banco Industrial del Perú.

BERMAN, Marshall

- 1989 *Todo lo sólido se desvanece en el aire*. México, Siglo XXI.

BOURRICAUD, François

- 1969 «Notas acerca de la oligarquía peruana». en *La Oligarquía en el Perú*. Buenos Aires, Amorrortu eds.

BRADING, David

- 1991 *Orbe indiano. De la monarquía católica a la república criolla, 1492-1867*. México, FCE.

CAPELO, Joaquín

- 1895 *Sociología de Lima*. Lima, Biblioteca popular.
1912 *Los menguados*. Madrid, Lib. de Fernando Fé.

CARRERA, Eudocio

- 1943 *El gran doctor Copaiba. Protomédico de la Lima jaranera*. Lima, San Martín y cia., s.a.
1954 *La Lima criolla de 1900*. Lima.

CARRILLO, Enrique

- 1915 *Viendo las cosas pasar*. Lima, imp. del Estado.

CLUB DE LA UNION

- 1944 *Estatuto y reglamento del Club de la Unión*. Lima, imp. Enrique Lulli.

CLUB NACIONAL

- 1905 *Estatutos del Club Nacional de Lima*. Lima, Lib. e imprenta Gil.
1913 *Estatutos*. Lima, Imp. Sanmarti y Co.

1896-1908 *Memorias*. Lima.
1910,1913-19

COLLANTES, Aurelio

1972 *Canción criolla*. Lima, imp. La Cotera.

COSER, Lewis A.

1968 *Hombres de ideas. El punto de vista de un sociólogo*. México FCE.

CUETO, Marcos

1982 *La reforma universitaria a 1919. Universidad y estudiantes a comienzos de siglo*. Lima, Pontificia Universidad Católica (tesis).

CHAVARRIA, Jesús

1978 «Jorge Basadre and the idea of peruvian nation», en Varios, *Homenaje a Jorge Basadre: Historia, problema y posibilidad*. Lima, PUC.

DA MATTA, Roberto

1987 *A casa e a rua*, Sao Paulo.

1983 *Carnavais, malandros e heróis. Para uma Sociologia do Dilema Brasileiro*. Río de Janeiro, Zahar eds.

DE CERTEAU, Michel

1990 *L'invention du quotidien. 1. arts de faire*. París, ed. Gallimard (col. Folio).

DIEZ CANSECO, José

1942 *Coplas y guitarras*. Lima.

DIRECCION DE SALUBRIDAD PUBLICA

1915 *Censo de la provincia de Lima (26 de junio de 1908)*
Imp. de La Opinión Nacional, Lima.

DRIANT, Jean-Claude

- 1991 *Las barriadas de Lima. Historia e interpretación*. Lima, IEFA/DESCO.

EDWARDS, Alberto

- 1966 *La fronda aristocrática*. Santiago de Chile, ed. Del Pacífico.

EGUIGUREN, Luis Antonio

- 1951 *La Universidad Nacional Mayor de San Marcos. IV Centenario de la fundación de la Universidad real y pontificia y de su vigorosa continuidad histórica*. Lima, U. de San Marcos.

EISENSTADT, S.N./ RONIGER, L.

- 1991 *Patrons, clients and friends. Interpersonal relations and the structure of trust in society*. Cambridge, Cambridge University Press.

ELIAS, Norbert

- 1982 *La sociedad cortesana*. México, FCE.

ELMORE, Peter

- 1992 *La imagen de Lima en la narrativa peruana contemporánea*. Michigan, A Bell & Howell information company.

ESCALANTE, Fernando

- 1992 *Ciudadanos imaginarios*. México, El Colegio de México.

ESCOBAR, Alberto

- 1987 *Cambios en la sociedad y en el habla 'limeña'* Lima IEP.

FERNANDEZ, Pablo

- 1991 *El espíritu de la calle. Psicología política de la cultura cotidiana*. Guadalajara, Universidad de Guadalajara.

FLORES GALINDO, Alberto

1984 *Aristocracia y plebe: Lima 1760-1830*. Lima, Mosca Azul eds.

FLORES GALINDO/ BURGA, M.

1984 *Apogeo y crisis de la república aristocrática*. Lima, eds. Rikchay Perú.

FOUCAULT, Michel

1980 *El orden del discurso*. Barcelona, Tusquets eds.

FUENTES, Atanasio

1925 *Lima. Apuntes históricos, descriptivos, estadísticos y de costumbres*. Lima, Imp. E. Moreno.

GALVEZ, José

1935 *Estampas limeñas*. Lima, 1935. Enrique Bustamante y Ballivián.

1943 *Calles de Lima y meses del año*. Lima.

1945 *Una Lima que se va*. Lima, eds. Okura.

GAMARRA, Abelardo

1921 *¡¡Cien años de una vida perdularia!!*. Lima, tip. Abancay.

GARCIA, José Uriel

1973 *El nuevo indio*. Lima, ed, Universo.

GARCIA CALDERON, Francisco

1981 *El Perú Contemporáneo*. Lima, Interbanc.

GIDDENS, Anthony

1994 *Consecuencias de la modernidad*. Madrid, Alianza editorial.

GILBERT, Dennis

1981 *La oligarquía peruana: historia de tres familias*. Lima, ed. Horizonte.

GUERRA, Margarita

1984 «La república aristocrática», en *Historia General del Perú*, Lima, ed. Milla Batres.

GUILLEN, Alberto

1924 *El libro de Democracia Criolla*. Lima, Imp. 'Lux'.

GUNTHER, Juan

1986 *Planos de Lima (1613-1983)*. Lima, Municipalidad de Lima.

GONZALEZ PRADA, Manuel

1938 *Figuras y figurones*. París, Tipografía de Louis Bellenand et fils.

HABERMAS, Jürgen

1981 *Historia y crítica de la opinión pública. La transformación estructural de la vida pública*. Barcelona, ed. Gili.

Haidar, Julieta

1990 *Discurso sindical y procesos de fetichización*. México, INAH.

HOBBSBAWN, Eric

1968 *Rebeldes primitivos. Estudios sobre las formas arcaicas de los movimientos sociales en los siglos XIX y XX*. Barcelona, eds. Ariel.

HOLGUIN, Mercedes

1947 *Vivir y padecer el Amor bajo el Cielo de Lima*. Lima, Imp. Torres Aguirre.

KAPFERER, Jean-Noël

1989 *Rumeurs. Le plus vieux média du monde*. París, eds. du Seuil.

KARNO, Howard L.

- 1970 *Augusto B. Leguía: The oligarchy and the modernization of Peru, 1870-1930*. Los Angeles, U. de California.

KAUFMAN, Robert

- 1974 «The Patron-Client Concept and Macro-Politics: Prospects and Problems» en *Comparative studies in society and history* vol. 16 n^o3, Cambridge University Press.

KELLER, Suzanne

- 1979 *El vecindario urbano. Una perspectiva sociológica*. México, Siglo XXI eds.

LEON BARANDIARAN, Arturo

- 1935 *A golpe de arpa. Folk-lore lambayecano de humorismo y costumbres*. Lima.

LOAYZA, Luis

- 1990 *Sobre el 900*. Lima, Hueso Húmero eds.
1993 *El sol de Lima*. México, FCE.

LLONA, Teresa María

- 1962 *Nuestra casona era así....* Lima.

LLORENS, José Antonio

- 1983 *Música popular en Lima. Criollos y andinos*. Lima, IEP.

LLOSA, Eleana

- 1990 *Picanterías cusqueñas. Vitalidad de una tradición*. Lima, PUC (tesis).

MANNARELLI, María E.

- 1982 *Jorge Basadre: su obra y la 'República aristocrática'*. Lima, PUC (tesis).

MARIATEGUI, José Carlos

- 1973 *7 ensayos de interpretación de la realidad peruana*. Lima, Emp. editora Amauta.
- 1991 *Escritos juveniles. La edad de piedra*. Lima, ed. Amauta. vol. 2-3.

MARTINEZ, Pedro Pablo

- 1965 *El club de la Unión a través de la historia*. Lima.

MEDARD, Jean-François

- 1976 «Le rapport de clientèle. Du phénomène social á l'analyse politique», en *Revue française de science politique* vol 26, n°1.

MIDDENDORF, Ernst

- 1973 «Mercados de Lima», en *El Perú visto por viajeros*, t.I. Lima, Biblioteca Peruana.

MILLER, Rory

- 1982 «The coastal elite and peruvian politics, 1895-1919», en *Journal of Latin American Studies*, Cambridge University Press, n°14. pp.97-120.

MINISTERIO DE FOMENTO

- 1907 *Boletín del Ministerio de Fomento, Fascículo de la Dirección de Salubridad Pública*, mayo.
- 1921 *Censo de Lima y Callao 1920*. Lima.

MIRO QUESADA, Carlos

- 1959 *Radiografía de la política peruana*. Lima, eds. Páginas peruana.

NUGENT, José Guillermo

- 1991 *El conflicto de las sensibilidades*. Lima, Inst. Bartolomé de las Casas.

OLIART, Patricia

- 1995 «Temidos y despreciados: Raza y género en las representaciones de las clases populares limeñas en la literatura del siglo XIX», en *Otras pieles. Género, Historia y cultura*, Barrig, M./ Hernández, N. comps. Lima, PUC.

OSMA, Felipe de

Reseña histórica del Club Nacional (1855-1965). Lima.

ORTEGA, Julio

- 1986 *Cultura y modernización en la Lima del 900*. Lima, CEDEP.

OTERO, Gustavo Adolfo

- 1926 *El Perú que yo he visto*. La Paz, imp. Artística.

PALMA, Clemente

- 1938 *Crónicas político-doméstico-aurinas*. Lima, Comp. de impresiones y publicaciones.

PALMA, Ricardo

- 1899 *La bohemia de mi tiempo*. Lima.

PAREJA, Piedad

- 1978 *Anarquismo y sindicalismo en el Perú*. Lima, eds. Rikchay Perú.

PARIS, Robert

- 1981 *La formación ideológica de José Carlos Mariátegui*. México, FCE.

PARKER, David

- 1995 «Los pobres de la clase media: estilo de vida, consumo e identidad en una ciudad tradicional», en *Mundos interiores: Lima 1850-1950*. Panfichi/Portocarrero eds. Lima, Universidad del Pacífico.

PECHEUX, Michel

- 1978 *Hacia un análisis automático del discurso*. Madrid, Biblioteca románica hispánica.

PORTAL, Ismael

- 1912 *Lima de ayer y hoy*. Lima, Imp. Comercial de Horacio La Rosa & Co.
1919 *Cosas limeñas. Historias y costumbres*. Lima, emp. Unión.

PRADIER-FODERE, Camille

- 1897 *Lima et ses environs. Tableaux de mœurs péruviennes*. París, A. Pedone.

RADIGUET, Max

- 1971 *Lima y la sociedad peruana*. Lima, Biblioteca Nacional del Perú.

RODRIGUEZ, Humberto

- 1995 «La calle del Capón, el callejón de Otaiza y el Barrio Chino», en *Mundos Interiores*, Lima, Universidad del Pacífico.

ROMERO, José Luis

- 1976 *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*. México, ed. Siglo XXI.

ROSTOROWSKI, María

- 1992 *Pachacamac y el Señor de los Milagros. Una trayectoria milenaria*. Lima, IEP.

RUIZ ZEVALLOS, Augusto

- 1994 *Del diálogo con la 'sin razón' a la nueva modernidad*, Lima, Mineo.

SABATO, Hilda

- 1992 *Ciudadanía, participación política y la formación de una esfera pública en Buenos Aires, 1850-1880*. Buenos Aires, mimeo.

SALAZAR, Carlos

1935 *La acción del partido Civil en el Perú*. Lima, PUC (tesis).

SALAZAR BONDY, Sebastián

1977 *Lima la horrible*. México, eds. Era.

SANBORN, Cynthia

1995 «Los obreros textiles de Lima: redes sociales y organización laboral, 1900-1930», en *Mundos interiores: Lima 1850-1950*, Panfichi/Portocarrero eds. Lima, Universidad del Pacífico.

SANCHEZ, Luis Alberto

1934 *Raúl Haya de la Torre o el político*. Santiago de Chile, ed. Ercilla.

1969 *Valdelomar o la belle époque*. México, FCE.

1974 *Testimonio personal*, t. I. Lima, eds. Villarán.

1988 *Los señores*. Lima, ed. Mosca azul.

SARTIGES, Eugenio de

1973 «Visión de Arequipa», en *El Perú visto por los viajeros* t.I. Lima, Ed. PEISA, Biblioteca Peruana.

SCHMITT, Uwe

1994 «Una nación por tres días. Sonido y delirio en Woodstock», en *La fiesta. De las Saturnales a Woodstock*, Uwe Schultz, Madrid: Alianza Cien, 1994.

SEGURA, Manuel Asencio

1972 *Artículos de costumbres*. Lima, ed. Universo.

SENNETT, Richard

1978 *El declive del hombre público*. Barcelona, ed. Península.

1990 *The conscience of the eye. The design and social life of cities*. Nueva York, W.W.Norton & Co.

SCHAMA, Simon

1990 *Ciudadanos. Crónica de la revolución francesa*. Buenos Aires, Javier Vergara.

SCHUTZ, Alfred

1994 «El forastero. Ensayo de psicología social» en *Estudios sobre teoría social*. Buenos Aires, Amorrortu.

SEARLE, John

1980 *Actos de habla*. Madrid, eds. Cátedra.

SILVA, Armando

1992 *Imaginario urbano. Bogotá y Sao Paulo: Cultura y comunicación urbana en América Latina*. Bogotá, Tercer Mundo eds.

STEIN, Steve

1980 *Populism in Peru. The emergence of the masses and the politics of social control*. Wisconsin, University of Wisconsin.

1986 *Lima obrera 1990-1930* t.I. Lima, eds. El Virrey.

STOKES, Susan

1986 «Etnicidad y clase social: los afroperuanos de Lima, 1900-1930», en *Lima obrera* t.II. Stein (comp). Lima, eds. El Virrey.

TAMAYO, José

1978 *Historia social del Cuzco republicano*. Lima.

TAYLOR, Lewis

1990 «Los orígenes del bandolerismo en Hualgayoc, 1870-1900», en *Bandolerismo, abigeos y montoneros. Criminalidad y violencia en el Perú, siglo XVIII-XX*. Lima, Pasado & Presente.

TEJADA, Luis

- 1995 «Malambo», en *Mundos interiores*. Panfichi/Portocarrero eds. Lima, U. del Pacífico.

THORNDIKE, Guillermo

- 1978 «Manguera», en *El revés de morir*. Lima, Mosca Azul eds.

THORP, R./ Bertram, G.

- 1978 *Peru 1890-1977. Growth and policy in an open economy*. Londres, The MacMillan Press Ltd.

TIZON I BUENO, Ricardo

- 1916 *El plano de Lima. Apuntaciones históricas i estadísticas*. Lima, imp. del Centro Editorial.

TORREJON, Luis

- 1995 «Lima 1912: el caso de un motín popular urbano», en *Mundos interiores*, Lima, Universidad del Pacifico.

TRISTAN, Flora

- 1976 *Peregrinaciones de una paria*. La Habana, Casa de las Américas.

TURNER, Víctor

- 1988 *El proceso ritual*. Madrid, ed. Taurus.

VALCARCEL, Luis E.

- 1981 *Memorias*. Lima, IEP.

VALDELOMAR, Abraham

- 1980 *Obras, textos y dibujos*. Lima, Pizarro.

Diarios y Revistas de la época.

ACTUALIDADES Revista. Lima.

EL AMIGO DEL PUEBLO (1892). Semanario. Lima.

EL COMERCIO. Diario. Lima.

EL TIEMPO (1901, 1903). Diario. Lima.

EL TURF (1916-17). Revista. Lima.

LA PRENSA (1912). Diario. Lima.

PRISMA (1906). Revista. Lima.

VARIIDADES. Revista. Lima.

CALLEJONES Y MANSIONES

Este libro se terminó de imprimir en el mes
de julio de 1997, en los talleres de Editorial
e Imprenta DESA S.A. (Reg. Ind. 16521)
General Varela 1577, Lima 5, Perú.

PUBLICACIONES RECIENTES

JUAN CARLOS CORTAZAR

Secularización, cambio y continuidad en el catolicismo peruano. 1997. 125 p.

ALAN FAIRLIE

Las relaciones Grupo Andino-Mercosur. 1997. 166 p.

NORMA J. FULLER OSORES

Identidades masculinas. Varones de clase media en el Perú. 1997. 196 p.

TEODORO HARMSSEN y PAOLA MAYORCA

Diseño de estructuras de concreto armado. 1997. 607 p.

ROGELIO LLERENA

Código de ética judicial. 1997. 108 p.

NELSON MANRIQUE

La sociedad virtual y otros ensayos. 1997. 282 p.

JORGE MARCONE

La oralidad escrita. Sobre la reivindicación y reinscripción del discurso oral.
1997. 294 p.

CARLOS RAMOS NUÑEZ

El código napoleónico. 1997. 408 p.

MARCIAL RUBIO CORREA

Ley de partidos políticos. Las reglas que nadie quiso aprobar. 1997. 312 p.
(Biblioteca de Derecho Político, Vol. I).

DE PROXIMA APARICION

RICHARD BURGER

*La ocupación prehistórica de Chavín
de Huántar*

GISELLA CANEPA KOCH

*Máscaras, transformación e identidad
en los Andes*

AMAYA FERNANDEZ FERNANDEZ,
MARGARITA GUERRA MARTINIERE,
LOURDES LEIVA VIACAVA y LIDIA
MARTINEZ ALCALDE

*La mujer en la conquista y la evangeli-
zación en el Perú (Lima 1550-1650)*

PIERRE FOY

Derecho y ambiente

HARALD O. SKAR

El pueblo del valle caliente

TOMAS SOBREVILLA

El proceso concursal peruano

ANA VELAZCO LOZADA y RICARDO
LEON

*Índice analítico del Código Civil y Ley
de Arbitraje*

FONDO EDITORIAL

Av. Universitaria, cuadra 18,
San Miguel.

Apartado 1761. Lima, Perú

Tlfs. 462-2540 (anexo 220) y 462-6390

